PQ
7798.29
.Y5
I58
1995
Main

UNIVERSITY OF ARIZONA
39001033197313

ENRIQUE SYMNS

Invitación al abismo

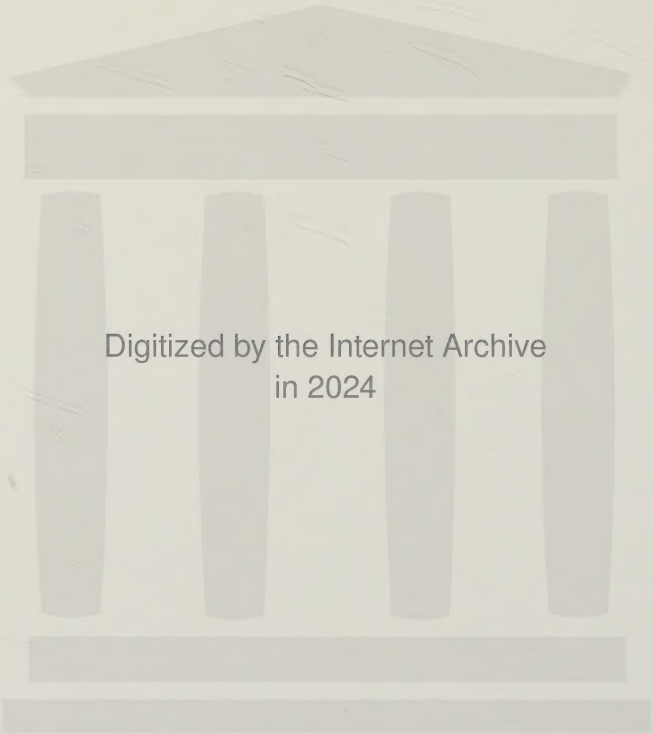
Antología de textos de "Cerdos & Peces"

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE **FITO PÁEZ**

Fin de SIGLO

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LANATA

ESPASA CALPE


Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/invitacionalabis0000symn

INVITACION AL ABISMO

6201131

ENRIQUE SYMNS

INVITACION AL ABISMO

Antología de *Cerdos & Peces*

SELECCION Y PROLOGO DE
Fito Páez

FIN DE SIGLO

Fin de Siglo

Director de Colección Jorge Lanata
Diseño de cubierta e interiores: Rep
Armado: Valeria Macchia / Departamento diseño
de Espasa Calpe Argentina S.A.

© 1995: Enrique Symns
y Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A.
Tacuarí 328, 1071, Buenos Aires

Derechos exclusivos de edición reservados para
lengua castellana:
Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A.

Primera edición: abril 1995

Hecho el depósito que preveé la ley 11.723
ISBN 950-852-076-0

Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo del editor.

AGRADECIMIENTOS

A Fito Páez, Vera Land y Tom Lupo; sin ellos, este libro jamás se habría editado.

A Jorge Pistochi, Gabriel Levinas, Fernando Almirón, Carlos Aznárez, Vicente Zito Lema y Leonardo Sacco, que me abrieron espacio en distintos medios y sin los cuales el material que contiene este libro quizá jamás se habría escrito.

PROLOGOS

ESCAMAS DE UNA MISMA PIEL

El prologuista es siempre un entrometido, llámese como se llame.

Así, desplegaré acá todas mis dotes de entrometido para contarles que Mr. Symns ha acumulado en este libro las hilachas de una vida desprendidas en su mayoría de una revista llamada *Cerdos & Peces*; más que una revista, una trinchera; más que trinchera, una buena amiga. De esas que se acuestan con vos y no quieren ser tu chica, pero si te ven con otra son capaces de comerte el hígado. No el del gato: el tuyo.

Flameando por Corrientes durante muchos años, fue la mirada alternativa —o una de ellas— de un mundo que seguía su curso. Y aquí van Luis Vicente, el siloísta español escribiente de un potente under; Jorge Aón, el libanés fantástico cazador de panteras, amigo de los putos, amanecedor profesional. Nuestra querida Elsa, Elsa Cicuta, metiéndose en las braguetas de todos nosotros en las circunstancias más insólitas, muerta en Italia trágicamente por un escape de gas. El licenciado Galeano, poeta diletante madrileño estudioso del "escomoqueísmo" argentino, psicólogo devorador de sí mismo e insomnista empedernido. La pluma de Julián Meyer, que todo lo sabe y todo se lo lleva, desde niñas hasta el dinero de partidas de truco y póker. El predilecto de Enrique.

Leo Nerón, el chacal romano. Carlos Xaneit, el sociólogo brasileño especialista en temas místicos, que descubrió que la aparición de la virgen de Lugano no era más que una banda de cretinos que movían hilos y con jugo de tomate hacían sangrar a la pobre chica que por míseros tres pesos la hora se prestaba a estar disfrazada de Madre María.

Karl Forbes, el escritor cuasiloco explotado por sus psiquiatras.

William Burroughs, Lewis Carrol y Mike Calipso, expulsado en una oportunidad por el propio Symns de la revista, por el solo hecho de disentir con la línea editorial. El prestigioso cerdopez Diego Manrique, que esta vez deja de lado sus visiones musicales y arremete contra Mickey Rourke en la península ibérica; el escéptico y ascéptico y siempre bienvenido Carlos Fernández Duro, militante obcecado del pensamiento cientificista, en su tan celebrado reportaje con el extraterrestre. Daniel Khon, conocido manager de rock; Philip Carter y Guillermo Monserrat haciendo de Ron Hubbard.

Todos y cada uno de ellos escamas de una misma piel, desmenuzadores de nada, Hamlets de sí mismos: todos Enrique Symns a través del tiempo y de los bares. En una casa tomada en Londres, en una villa en Rio. Asesinos y poetas. Es lo mismo. Todos intentando decir algo y presas de la implacable cárcel del lenguaje.

A por ellos y a no dejarse engañar. Nadie sabe nada.

Salud, Enrique, a tu juego te han llamado. Y la próxima vuelta va por mi cuenta.

Fito Páez

UN BRINDIS DE PIRATAS

Los viajeros sólo desean llegar y partir de los puertos, nunca permanecer. En los puertos, la vida es una aburrida parodia. Hay artistas, payasos y toda clase de inventos para entretener a los que viajan. Hay amores para acompañar la soledad y juegos dramáticos para perder el tiempo.

Al atardecer de los sueños, el marino siempre se asoma a esa mágica sensación de que la vida empieza al borde del abismo que separa los mundos. El mundo de los muertos que parece vivir y el mundo de los vivos que simulan estar muertos.

La aventura es más allá, en el Mar de Nunca Jamás, donde Alguien nunca olvida que es Nadie. Al marino no le interesan las noticias que circulan por la Tierra de Siempre. En esa tierra, la realidad son modas que el tesorero acumula en los cofres de la ausencia.

Todos los días nos vemos obligados a escoger entre ser el guerrero-pirata-loco-extraterrestre o ser el lamemocos que sólo quiere casarse-escribir el libro-alquilar el depto-comprar marihuana para llenar de escombros su vacío.

Es más cómodo viajar en silla de ruedas sobre la autopista de las emociones controladas. Es más cómodo que andar rengueando por caminos desconocidos. Es más cómodo internarse en el asilo de las costumbres que seguir recorriendo nuestro miedo a la oscuridad.

Este 31 de diciembre, uno de esos días en que el gris de la ausencia alcanza su mayor brillantez, quizá sea bueno asomarse nuevamente a esa peligrosa escollera. Por eso voy a brindar con ustedes, mis amigos, para que esa noche nos encontremos en el espacio imaginario de nuestros sueños.

Brindo por todos aquellos que insisten en desconocer el misterio de la existencia. Por que en el brindis cierren los ojos y que al volver a abrirlos el escenario sea otro y la obra, maravillosa.

Brindo por los intrépidos que hoy están tristes, por los vagabundos que se creen perdidos, por los rebeldes que están resignados, por los perseguidos que tímidamente poseen el secreto. Que se cumplan sus peores propósitos. Que gocen el peor momento. Que sigan siendo polizones ocultos entre los pliegues de la pesadilla colectiva. Que nunca los encuentren, que siempre lleguen a tiempo o que no exista el tiempo, para que puedan llegar.

Brindo por mis invisibles amigos, los que saben que no saben, los que, deseando vivir, viven simplemente deseando.

Que funden su reino, que encuentren su magia, que hagan la fiesta, que nunca se pierdan.

Y de no ser así, que el mundo se pudra en el infierno que nos sugieren.

E. S.

EL COMPLOT

MENSAJES

Todo se inició cuando me mudé al departamento de la calle Teodoro García. El lugar era amplio, apropiado y hasta confortable. Sin embargo, sufría periódicamente algunas alteraciones desconcertantes. No me estoy refiriendo a fantasmas o tonterías por el estilo, sino a la aplicación a ultranza de la Ley de Murphy. En la misma jornada se rompían vasos, saltaban fusibles, olores nauseabundos emanaban de las rejillas del baño.

Soy un ser muy sensible a la conducta de los objetos. Puedo percibir la molestia de un cenicero sobrecargado o la vibración de terror que produce una tijera apoyada sobre un papel. Conozco el lenguaje de las puertas y, en ocasiones, cuando alguien golpea, la puerta me transmite el estado de ánimo o las intenciones más evidentes del visitante. Esta peculiar capacidad perceptiva, que he desarrollado desde pequeño, se agudizó al mudarme.

El sitio donde eran más notables estos motines de la materia era el baño. Cada vez que me sentaba para descargar mi estómago, una terrible lucha se desataba a mi alrededor. El jabón, el papel higiénico, el dentífrico y el peine eran los protagonistas de ese combate.

Aquel grave accidente que me puso en contacto con "Número Tres" y, a través de sus mensajes, me hizo conocer los siniestros entramados del complot, sucedió al cabo de unas semanas de instalarme en el departamen-

to. Yo tenía la costumbre, como muchos otros, de llevar lectura al baño para acompañar mis evacuaciones. Si no encontraba revistas o diarios, era capaz de leer tarjetas, mi libreta de teléfonos o lo que encontrara a mano. Ese día, empujado por la urgencia de una descompostura, no encontré ningún material de lectura ni en el baño ni en mis bolsillos. Retuve las heces e inicié una desenfrenada búsqueda hasta hallar, desperdigados, una cantidad de boletos de colectivo. Aliviado, empecé a descargar mi vientre mientras sumaba y restaba, encolumnando las cifras de los boletos y otorgando a cada número el valor de una letra determinada. Era un juego que ocasionalmente utilizaba para adiestrar mi mente. Iba por la calle sumando chapas de automóviles, números de teléfono, y muchas veces aparecían palabras con sentido.

Pero esa maldita mañana, como si los objetos del baño me hubieran tendido una trampa, todas las letras fueron embocando una frase completa: "En el bar".

No soy un experto en claves. En todo caso, soy un obsesivo que jamás puede abandonarse a la soledad de su actividad mental sin protegerse del miedo con algún rito. Además, no fue un mensaje cifrado: fue un telegrama que se tipeó sobre mis cadenas asociativas mientras yo sumaba y restaba los números.

El único bar en los alrededores era el de Federico Lacroze y Luis María Campos, un antiguo cafetín al que yo concurría casi todos los atardeceres para establecer pactos con los fantasmas de mi pasado. Esa tarde estuve dos horas esperando alguna señal; cambié de mesa, observé a los parroquianos, pero nada sucedió. Al regresar, un invisible viento huracanado se deslizaba por el comedor. La mesa, mi vieja enemiga, mantenía una actitud agazapada, como un felino a punto de devorarme. El sonido de las gotas que caían desde el grifo de la cocina eran el llanto de un bebé. Al anochecer había juntado una enorme cantidad de boletos que se habían ido acumulando en los distintos bolsillos de sacos y

pantalones. Los desplegué sobre la mesa y comencé la operación matemática. El mensaje apareció casi de inmediato.

"Interceptados. No altere rutinas. Observe vecino 4º B."

LA LOCURA ES UN COMPLOT

¿Qué es la locura? Más allá de las formulaciones académicas basadas en un lenguaje psicopatológico excesivamente hermético, subyacen bajo ese tema multitud de temores, mitos y variadas asociaciones con la poesía, el misticismo e, incluso, con la experiencia de la droga.

Quisimos tener una visión despojada de todo tecnicismo. Entrevistamos al doctor Roberto Quantín, médico y psiquiatra, estudioso del psicoanálisis y admirador de Jacques Lacan y con gran experiencia en hospitales psiquiátricos. Trabajó dos años en el Hospital Abierto de Trieste, como colaborador del ya desaparecido Franco Basaglia y en el Asylum de Londres, donde Robert Laing inauguraba nuevas técnicas para encarar la esquizofrenia. Esta fue nuestra charla con el doctor Quantín.

—Doctor, ¿cómo puedo imaginar mi propia locura? ¿Cómo puede hacer una persona común para vivenciar, aunque sólo sea imaginariamente, el mundo de la locura?

—Hay que suponer, tal como sostiene Lacan, la existencia de un discurso oculto en el interior de lo cotidiano. Ese "otro" discurso que, a primera vista, parece caótico e ininteligible, tiene sin embargo leyes y una estructura de lenguaje que le son propias y sólo puede ser comprendido escuchando, en el silencio de nuestras frases, esa otra voz... Ahora bien, imagine usted, señor periodista, o us-

ted, señor lector, que debido a algun grave desajuste en su sistema de control, usted escuchase esa "otra voz" que susurra en sus palabras, comprendiese el lenguaje y descubriese, finalmente, la existencia de un complot. Un complot del que todos formamos parte, lo sepamos o no, nos guste o no. El complot está orientado a dirigir el vector existencial hacia objetivos opuestos con nuestros objetivos concientes.

—*Usted me está describiendo un proceso mental de alteración, pero todavía no es locura, porque nadie se habría dado cuenta de nada...*

—Exactamente. Sólo que usted, lo quisiera o no, comenzaría a hablar y comportarse de otra manera en su intento de comprobar el alcance del complot. Las personas que más lo quieren, lo estiman o incluso lo admiran, dejarán de inmediato de apreciarlo y se protegerán como si usted representara un gran peligro para ellos. Verá así que su amante está complotada con el psicoanalista. El psicoanalista, con su madre muerta hace muchos años; el cadáver de su madre, con el vecino que lo saluda hurañamente cuando sale de su casa; ese vecino, con el que maneja el colectivo; el chofer, con su mejor amigo; su mejor amigo, con el presidente de la República; el presidente, con su ex esposa; ella, con un agente de la CIA; el espía, con su profesor de yoga; éste, con su hermano mayor; su hermano, con el policía que lo interroga: comprobará que todos ellos hacen enormes esfuerzos para que usted deje de darse cuenta de lo que se está dando cuenta y no los obligue a ellos, finalmente, a darse cuenta de lo que no quieren darse cuenta...

—*¿Es por ese motivo que la locura es perseguida y castigada?*

—Sí. Durante cientos de años miles de personas "locas" fueron llevadas a la hoguera, la tortura, el exilio y el manicomio en una campaña de persecución existencial orquestada por familiares, amigos, vecinos, institu-

ciones y agentes de seguridad del sistema imperante. La psiquiatría fue el último instrumento de tortura inventado. Por otra parte, el más eficaz. El discurso paranoico y demencial de la psiquiatría, al mismo tiempo que controla y dirige las fuerzas de la locura, las somete a su lenguaje degradante y obsceno. Es curioso, la propia locura sistematiza una de sus formaciones psicóticas, que la circunscribe sin disociarla: la psicopatología.

—Pero no habría forma de que yo, supuestamente, pudiera explicarle con lógica, racionalmente, a alguien, ese complot que usted menciona como núcleo de la locura...

—Sería lo mismo que usted intentara explicar el Teorema de Pitágoras en idioma armenio a una tribu de indios sordos y ciegos del Amazonas. *(Risas)*

—Doctor, volviendo a esa percepción de un otro lenguaje inconsciente, descripto así, no parece nada enloquecedor... ¿Por qué el horror? ¿Por qué la conducta desasosegada, agresiva..?

—¿No le parece terrible el descubrimiento? Le voy a dar otro ejemplo para que redimensione el problema. Trate de imaginar cómo podría sentirse una radio, sí, una radio común, si repentinamente descubriese que no tiene identidad propia, que los programas que transmite no le pertenecen como siempre creyó sino que son transmitidos desde distintas emisoras para millones de radios como ella. ¿Cómo puede sentirse la desdichada radio si, además, descubre que no es ella sino un tipo moviendo la perilla quien escoge los programas que ella transmite en cada momento? Bueno, así se siente un hombre cuando la locura empieza a golpearlo.

—¿Podría usted describir lo que "la radio" escucha y que tanto horror le produce?

—Es difícil, muy complejo... Se ha descripto de muchos modos y hay pistas en la literatura fantástica, en la poesía, en la pintura y también, por supuesto, en los relatos de los psicóticos... Podemos intentar hacer otra

alegorización de ese relato, aclarando que esa alegorización no pretende ser arquetípica y mucho menos científica...

—*Adelante. A veces se capta más profundamente a través de las alegorías lo que resulta inasible en el lenguaje científico...*

—De acuerdo. Usted capta el "otro lenguaje" y comprende que están transmitiendo sus estados de ánimo. Usted tiene la impresión de que se encuentra en la cabina central de un aeropuerto desde donde, constantemente, se reciben informaciones desde todos los puntos de su sensibilidad. La computadora instalada en su mente mezcla todos los datos: niveles de ansiedad, fantasías ambulantes, rumbo del pensamiento, densidad del miedo, turbulencias inconscientes. La computadora transmite esa información en forma de hoja de ruta a Ellos, los que vuelan por su Ser.

—*¿"Ellos"? ¿Quiénes serían "Ellos" en esta alegoría?*

—Usted no lo sabe. Sabe que son de Otra Parte, que viajan en la mente de todas las personas; son el combustible que alimenta sus vuelos. Trate de sentir la sensación de "ser volado". Es una experiencia arrasadora sentirse parte de un ser desconocido que se arrastra en la penumbra del abismo, sin destino aparente, en eterna soledad, sólo recibiendo instrucciones. Usted toma contacto con el "vacío". ¿Sintió alguna vez el vacío? Cuando usted era normal, la realidad era una ráfaga de viento cálido que despertaba su percepción y su ánimo; cuando el viento se transforma en brisa es que está llegando la locura. Luego... el vacío. La locura es soledad. No hay sensaciones, pero igual trata de inventárselas. Usted se dice: "Ah, sentí algo". Pero sabe que no sintió nada, que no hay nada para sentir.

—*Suena bastante terrible...*

—Pero eso no es todo. Aún falta lo peor. Cuando Ellos perciben que los ha descubierto, comienzan a comunicarse con usted y establecen un nexo que no po-

drá romper jamás, a excepción que posea una enorme voluntad de retorno. Estas Presencias Mentales Arquetípicas tratarán de "convertirse en usted". Lo irán explorando y, si se les resiste, conocerán más fácilmente sus debilidades. A todo esto usted ya se ha descontrolado y dialoga con Ellos en la vía pública, frente a testigos. Usted ya está a un paso de la internación.

—¿Qué pasará durante mi internación?

—Usted será desmontado. El electroshock es un misil que hace estallar los puntos cardinales de su mente. Las drogas le impedirán volver a construirlos. El clima del hospital, el caos mental de quienes lo rodean, irán consumiendo hasta agotarlo el precioso líquido de su lucidez. Usted dejará de existir.

—Doctor Quantín, ha realizado una siniestra descripción de los hospitales psiquiátricos y de la propia ciencia psiquiátrica... Sin embargo, usted es psiquiatra, trabaja en hospitales...

—Cuando se ha descubierto la existencia de un complot ya no hay manera de escapar de él. Se está dentro de la trampa. Entonces sólo queda formar parte de la trampa, del complot. Me propuse organizarlo y hasta perfeccionarlo. La psiquiatría es la única forma que conozco de establecer cierta complicidad con la locura sin ser socialmente afectado por ella. Quiero decir, yo estoy loco. Pero creo que también lo está usted y cada uno de los integrantes de la especie humana.

EL VECINO

Nunca antes me había sucedido —y ni siquiera lo consideraba posible— que las paredes me transmitieran informaciones. Me había cruzado apenas unas cuantas veces con mi vecino y guardaba un recuerdo borroso de su aspecto. En cuanto la pared que unía o separaba nuestros comedores comenzó a trabajar para mí, obtuve imágenes de su cuerpo y de su rostro de una intensa nitidez. Lo veía con tanta claridad que hasta podía distinguir los libros que leía. Tenía costumbres muy extrañas: caminaba susurrando palabras sobre su hombro, como si alguien fuera tras él; tenía el comedor cubierto de espejos y nunca perdía de vista su imagen, como si con ello le fuera la vida.

Estas visiones de las actividades de mi vecino se iban dibujando sobre las pequeñas rugosidades de la pared. Al principio eran sólo flashes caóticos hasta que, cuando aprendí a focalizar correctamente, se fueron haciendo nítidos como fotografías. Mi espionaje sólo duró tres días. Al cabo de ese tiempo, el vecino modificó sus costumbres y comenzó a observar atentamente la pared, la misma pared que yo usaba para espiarlo. Recuerdo aún hoy con sobresaltos el instante en que, a través de la pared, estuvimos ambos frente a frente, mirándonos con fiereza. ¡La pared se había transformado en un teléfono visual que transmitía imágenes en ambas direcciones!

El primer día de diciembre pinté la pared de negro y amontoné sobre ella muebles y cuadros. Desde muy niño supe que, cuando se escucha un ruido en la oscuridad, uno puede intentar saber de qué se trata o puede desentenderse y prender la luz.

Cerré mi mente a todos los objetos, dejé de llevar lectura al baño. Defecaba o me bañaba con la ventana abierta, mirando televisión o hablando por teléfono. Aceité los goznes de la puerta y llamé a un plomero para que detuviera el goteo de la cocina.

A pesar de todos mis esfuerzos, "Número Tres" volvió a comunicarse conmigo en vísperas de Navidad. Esa mañana levanté del piso una publicidad casera de un técnico reparador de televisores. En cuanto la leí, las letras empezaron a saltar unas sobre otras, reordenándose con la misma exactitud y velocidad de una computadora: "Mida su casa".

Me llevó una semana comprender este mensaje. El día 26, el comedor medía 4,50 por 3,50. Esperé que esas cifras me transmitieran algún mensaje, pero nada sucedió. El día 29 volví a tomar las medidas: 4,48 por 3,48. Al cabo de una semana, la casa medía cinco centímetros menos. Durante más de un mes seguí tomando medidas: la casa empequeñecía y se agrandaba con un ritmo respiratorio acelerado. Pero eso no era todo. Los ruidos estáticos de la radio sonaban como la respiración frenética de un ser encerrado en una cárcel sonora; el retrete me producía el mismo efecto que un caracol de mar: se escuchaba a través de él el rumor de los abismos. Las imágenes que percibía por la ventana se fueron congelando hasta tornarse una fotografía inmóvil.

A fines de enero inicié mi tratamiento. El doctor Quantín fue muy eficaz. Nunca cuestionó mis convicciones. Se trasladó hasta mi casa y, juntos, hicimos las mediciones. Las medidas correspondían con las que se consignaban en los planos. El retrete, la radio, la ventana. Todo era normal.

El 15 de febrero el vecino del 4º B murió electrocutado por un cortocircuito que se produjo en la heladera.

Karl Forbes
"EL QUE ESTA ADENTRO DE TODO"

Karl Forbes fue un antropólogo austríaco que emigró a Chile a fines de la década del 50. Durante casi diez años realizó una compleja investigación sobre culturas primitivas y publicó un libro en Santiago, Historia de la tecnología primitiva, *que le otorgó un enorme prestigio entre sus colegas. Su delirio esquizofrénico surgió repentinamente en el año 1963, y fue internado en Neuquén. Murió de un ataque cardíaco en 1969. El texto completo de sus delirios y diálogos, compilados por el doctor Gabriel Xaneito en el libro* Persona desaparecida *(Editorial Los Andes, 1971) aún puede encontrarse en algunas librerías del centro. De dicha edición escogimos el siguiente relato.*

Persona desaparecida
por Karl Forbes

No puedo asegurar si yo era anterior o posterior a la duración del tiempo; no puedo saber que sucedía en el pre-tiempo en el que viví casi sin conciencia, perdido en una oscuridad de sonidos y de imágenes, perdido en un remolino de otras voces que yo no comprendía pero se me introducían, obligándome a asimilar sus pulsiones de significado, y por eso yo no puedo asegurar

si esas voces eran ajenas a mí o formaban parte del origen nebuloso de mi despertar, es decir si provenían de un estallido de una nebulosa del lenguaje y habían formado un sistema verbal propio. Era imposible tener seguridades porque cada vez que escucho en realidad hablo lo que escucho. Lo que descubrí fue el Ojo. Siempre se sentía una sensación dolorosa de presenciamiento. Un ojo es un puñal de luz clavado en la oscuridad. Una vez dije que el Ojo era un cerebro, pero no es seguro que la luz sean manos; un ojo quieto y fuera. Traté de quedarme quieto, pero todas las cosas se movían y el Ojo era también las cosas que me rodeaban. Llegó un momento en que dudé si el Ojo no era yo, la parte más externa del Ojo, la que me incluía en su campo visual. ¿Y si yo fuera el ojo vigilando la oscuridad? El cansancio era paralelo a la mirada: era un gran esfuerzo sostener todas las cosas, que aumentan su peso al ser miradas; el cuerpo pesa ser llevado, las sensaciones se caen pero entran otras.

Cuando comencé a entender el enjambre de voces que rebotaban sobre las sombras del tiempo tuve la idea de que todas le hablaban a algo o alguien que se ocultaba en las sombras. Cuando se escucha para afuera es un contador de anécdotas, una larga anécdota como un gusano; los relatos recorrían el propio laberinto del relato, los túneles de la anécdota husmeándome: me rastreaba para que el Ojo viera las palabras y para que el sostenedor las tanteara. Hubo un movimiento, un raro corrimiento, digo, el movimiento de tres millones de aviones no forman ni un átomo del movimiento que realizan las palabras. Una vez escuché esta frase: "¿Y de dónde será?". Esa frase duró años, fue un barco que me permitió navegar sobre la tormenta de las palabras que se preguntaban, y cuando se contestaban tenía una alucinación, me parecía verlas a las palabras con sus codiciosos ojitos de cangrejo; cuando se calmaban un poco, las podía mirar adentro y ver que las palabras son cajas,

viviendas donde viven otras palabras y que si se abren ¿quién era yo? Se abren y parece un resorte verbal, una cadena asociativa era yo, tratando de no chocar con otra y ser modificada, y seguí, seguí, y estuve a punto de escuchar todo el ruido, como el mar, estuve a punto de escuchar la única palabra que dicen todas las palabras pero no estoy seguro si no se produjo otra humillación del espacio y todo otra vez fue una fuga de las palabras que ya había dicho. ¿Cómo hacer para dejar de ser la voz que yo ya sabía que era la voz mía? Sea lo que fuere que haya en el espacio de la negrura, tiene la dureza de la avidez, agujeros hablando para ser llenados; cada piedra era el muñón de otra piedra y en toda la piedra, en cualquier parte, corpúsculos huyendo de lo Alimentado, el devorante que entuba con ojos las aberturas por donde las escenas salen siempre cambiadas. Me acuerdo de ese día, me llamaron y me pusieron Karl y ahí me calmé. Y cada tanto si me dicen Karl es mejor, pero si me lo decían mucho y después no me lo decían pasaban cosas. Una vez me salió un agujero en el pie derecho. Iba creciendo todos los días y nadie se daba cuenta, yo lo medía con una paja de escoba y cada día se hacía más profundo, pero me dijeron que a Karl no le pasaba nada con eso, que todo está siendo escarbado, reconectado sin consultar cloacalmente y entre los túneles de las palabras de los agujeros se escuchan los gritos de los perdidos, excavaciones conscientes que roen el negror desde hace miles de millones de años, pero ahora ya le dije y ellos me dijeron, así que a cada rato: "Hola Karl, adiós Karl".

LA RED

El 15 de febrero a la madrugada violenté la puerta del 4º B. Antes de entrar, la puerta me transmitió una oleada de terror, como si hubiera rozado un cable eléctrico. Algo quedó chamuscado en mi mente. Debí abandonar la investigación allí mismo. Ya dije que, de los seres construidos por el hombre, las puertas son los más sensibles, capaces de transmitir las emociones de quienes las manipulan. El Odio que había quedado impregnado en aquel picaporte todavía hoy, cuando lo evoco, transcurridos tantos años, me produce escalofríos.

Mientras recorría el departamento fui percibiendo el simulacro. Las mesas, las sillas, el escritorio y el sillón se comportaban con ingenua indiferencia. Presentí que Algo nos vigilaba y traté de acoplarme a la simulación.

En la cocina estaba el asesino. El objeto doméstico más peligroso es el lavarropas, que lleva dentro de sí el espíritu de un hellstrom. Le sigue, en esa escala, la heladera. Aquella heladera desenchufada tenía el aspecto de un gran árbol talado. En cuanto la conecté y escuché los ronquidos del motor recibí una descarga de imágenes que me hicieron salir huyendo del departamento con la sensación de que aquello que estaba acechando en ese lugar tenía un poder de manipulación infinitamente superior al mío. Desde niño fui explorando mi poder. Yo podía dejar caricias depositadas sobre las superficies de algunos objetos y hacerlas sentir a quienes luego los tocaban.

Pero la mente que visitó el departamento de mi vecino era capaz de asesinar a través de los objetos.

Seguí visitando al doctor Quantín pero, poco a poco, permití que mi delirio se aislara: dejé de ser sincero en mis monólogos, estaba simplemente deshaciéndome de mi terapia.

En una noche de insomnio esbocé mi primera teoría: era posible que existiese algo así como una red de mentes que se estaban comunicando entre sí tal como lo hacen los radioaficionados, es decir, usando ciertas frecuencias. Vaya a saber cómo me había entrometido en aquella red clandestina y mi único objetivo ahora era descolgarme.

Olvidar. Porque esa red era más peligrosa que cien mil cobras reales. Antes dije Odio. Pero no era odio, ni tampoco maldad: era algo congelado, en todo caso, el odio que puede sentir un plan, pero nunca un ser vivo.

Los primeros días de marzo corroboré que estaba atrapado en la Red. Una serie de accidentes conmovieron el barrio, pero nadie los conectó entre sí. Un pequeño incendio, un paro cardíaco, la caída de un balcón: todos esos accidentes acaecieron en los cuartos pisos de los edificios cercanos. Estaban sondeando el barrio. No sabían exactamente dónde estaba, pero ¡me buscaban!

STEVE RIVAS Y LA CONSPIRACION DE LOS DIOSES

Steve Rivas es un antropólogo norteamericano que está en Buenos Aires con la excusa del Tercer Encuentro de la Red Latinoamericana de Alternativas a la Psiquiatría. Prácticamente no participa en forma activa en el evento, es un mero espectador. Un flagrante azar me da la oportunidad de conocerlo y conocer su mágica visión del mundo.

—¿Cuál es tu interés en la psiquiatría y en estas jornadas en especial?

—Siempre me doy un paseo por los eventos culturales a la búsqueda de algún pensamiento nuevo. Soy un cazador de pensamientos. No pierdo el tiempo en pensar por mí mismo, no soy muy eficaz en ello: trato de ponerme vibrante y ser la caja de resonancia de los pensamientos que circulan, a veces inadvertidamente, entre las conversaciones. No sé si has observado que cuando un pensamiento modificador de lo ya pensado se hace público y hasta produce alteraciones en las costumbres, en las modas morales, ahí, en ese pasaje, la idea ya perdió gran parte de su poder. Yo veo a los medios de comunicación masivos como los vampiros del sentido. A la gente le llega una receta muerta, un logotipo vacío. Yo evito las corrientes de pensamiento que fluyen en la superficie de las épocas, busco en los arrabales. Cuan-

do el pensamiento de Gurdjieff —que era por lo menos más misterioso e indescifrable que el de Freud— llegó a los Estados Unidos y entró en la subcultura, el sistema "gurdievo" estaba en pleno proceso de envejecimiento. La visión mecanicista ya no era efectiva.

—*¿En qué sentido hablás de efectividad?*

—Se pierde la magia. La reflexión mágica es paralela al pensar racional que persigue obsesivamente un resultado. El pensamiento racional comienza pensando y termina tratando de justificar lo pensado. La magia evita la tragedia del enunciamiento: es esquiva, inasible, jamás cae en la cárcel del concepto. Fue el caso de Carlos Castaneda en su obra sobre Don Juan. Toda la obra está expresada en términos de "tonal", todo lo que puede ser dicho con palabras e imaginado con imágenes. Pero lo que seduce es la invisible presencia del "nagual", lo que no tiene representación posible y sólo puede ser presentido. La obra de Castaneda son los silencios más que los enunciados.

El mapa de la sabiduría

—*Decís que sos un cazador de pensamientos. Suena diletante, snob... ¿Es sólo la manía de un coleccionista o perseguís algún secreto, alguna clave?*

—Creo que la manía es justamente forzar la naturaleza de los fenómenos, adjudicarles alguna utilidad. Las comunidades que evolucionan son las que tienen una importante cantidad de "descolgados", chamanes y hasta diletantes que tiran el anzuelo de la curiosidad por donde transitan. En Occidente el pensar es consecuencia de una preocupación, en el sentido heideggeriano del término. Desde el advenimiento del monoteísmo, curiosamente todos las grandes corrientes de pensamiento se dedicaron a derrumbar al hombre. Lo convencieron de que no era el centro del universo, que no era hijo de dioses sino de monos y que además era sólo una máquina condicionada por las primeras impresio-

nes. Para Occidente, pensar es caer. Hay otro tipo de sistema, de lenguaje que, expresando quizá la misma idea, no hace perder la dignidad, evita el empobrecimiento del sentido.

—*Dame algún ejemplo.*

—El budismo zen no tiene una visión mecanicista sino organicista. Para ellos el universo es una flor que crece continuamente y por ello jamás puede ser descripta en forma definitiva. Además, todos los pensamientos verdaderamente modificadores son resistidos y negados por el sistema nervioso central occidental. Un claro ejemplo son las nociones del tiempo. Estoy convencido de que el transcurrir del tiempo es inverso: el tiempo no se moviliza desde el pasado hacia el futuro, sino que los hechos acaecen desde un futuro certero hacia un pasado probable. El cuento fue escrito mañana para que transcurra ayer.

—*¿En qué sentido ese pensamiento es modificador?*

—La inversión del tiempo recupera la noción del destino. Nos permite utilizar el pensamiento como un detective que sigue las huellas de ese plan que nos impacta desde el futuro. Los presagios son el olor del destino. Hoy resulta clara —y es casi obvio mencionarlo— la evidencia cotidiana de una conspiración para ocultar y negar cualquier pensamiento transformador.

—*Parece que te fueras aproximando a la idea de una lucha, la lucha entre el bien y el mal...*

—No. No hablo en términos éticos, no es una batalla ética. El bien y el mal son inofensivos. El universo es el teatro de operaciones de una guerra entre el Caos y el Control. El caos es el principio del movimiento, el caos es la vida; el control es la mirada que lo persigue. En una muy antigua mitología se hablaba de la diosa Renenet, la araña sagrada que tejía continuamente telas para atrapar los fenómenos y devorarlos. Si nos guiáramos por el tipo de información que circula podríamos deducir que el control va ganando la batalla. El perfec-

cionamiento de los controles, desde los militares hasta los intrapersonales, son grandes triunfos de la muerte. Desde el futuro, resulta evidente que eso que llamamos "Occidente" ya murió. Es más: si me tentaran con la manía histórica de fechar, te diría que Occidente murió en 1945, se suicidó en Hiroshima y en Nagasaki. El hongo atómico reflejó el rostro del hombre occidental: se vio el rostro de un animal despiadado, un engendro de Lovecraft, un buitre cósmico que acecha a la vida para devorarla.

—¿En qué términos podrías describir esa conspiración, cuál es su contenido?

—Es casi imposible encontrar el origen. Por supuesto, la conspiración lleva miles de años, se adueña del poder quizá en Grecia y luego se consolida en Roma, pero se puede rastrear tambien en las mitologías tebanas. Para los tebanos, en los orígenes de la eternidad —si es que podemos hablar de tal cosa— el único ser existente era un tal Osiris. No era exactamente un dios como podemos entender a los seres divinos de otras mitologías, como la griega. Osiris era la primera conciencia que le crecía al vacío. Osiris no pudo soportar su peregrinar solitario por la nada. Entonces creó la primera ilusión del cosmos: se proyectó a sí mismo como un filme sobre la pantalla de la nada y creó a Seth, el deseo, su propio deseo de que haya otro. Un deseo tan poderoso que Osiris lo hizo real —la realidad, cualquier realidad, es siempre una creencia ilusoria— y Osiris olvidó que estaba soñando. Seth, lo soñado, para existir también hubo de olvidar la existencia de quien lo soñaba. El soñador y lo soñado se sueñan mutuamente, dando nacimiento a la conciencia. La conciencia es un olvido, apenas un reflejo de sí misma. Pero esa tragedia maravillosa que luego se multiplica hasta crear un elenco onírico de cuarenta y dos dioses le propone un sentido, una elección, al hombre: luchar por despertar a la plenitud de Osiris o por extinguirse en el deseo de Seth.

El problema surge cuando en la mitología tebana nace el dios Ra. Ese fue el primer modelo de dios monoteísta. Ra fue un tipo en el Olimpo que engañó a todos sus pares, los traicionó, dijo: "Soy todos, fuera de mí no hay nadie", y la humanidad lo escuchó. Ra fue el abuelo de Jehová, de Alá, de toda la desgraciada saga de dictadores del alma. Despues llegaron los burócratas: los Pedros, los Aristóteles. No hubo un solo incendio, me refiero a la quema de la biblioteca de Alejandría: los escribas, sin conocerse entre sí, también estaban borrando la historia en los imperios americanos. La infancia de la humanidad es irrecuperable. La historia de la humanidad es un cuento del tío que todavía hoy vende.

El señor de los anillos

—Tu descripción parece evadir la visión de esta desgraciada actualidad: Reagan, el FMI, la tercera guerra...

—Insisto en seguir caminando por los senderos de la alegoría, que es un lenguaje más vital que el del símbolo, y reitero: la labor de los medios de comunicación ha sido demoledora, ha enviciado las mentes con una narrativa naturalista que no deja alternativas a la imaginación. La imaginación, le recuerdo, es el único talento del hombre. Creo, por ejemplo, que la novela *El señor de los anillos*, de Tolkien, describe en términos muy claros el combate de este tiempo. Por un lado, el Señor de Mordor, el dueño de todo el poder pero que ha perdido un anillo: si no encuentra ese anillo no podrá completar su maniobra de dominación universal. Entonces despliega sus ejércitos de cadáveres vivientes, los orcos, los jinetes negros, monstruos desalmados, en el sentido de "haberles arrancado el alma". En el otro bando, los vagabundos errantes, los gnomos, los magos, los guerreros, los duendes y toda la gran marginalia de la existencia. Trasponiendo la alegoría vemos ese ejército de zombies que hoy patrullan el mundo —soldados, médicos, jueces—, que están inspeccionando cada rincón

del alma buscando el anillo perdido. Esa operatoria de persecución me hace sospechar que ese anillo perdido está escondido entre los marginales, en los basurales de la cultura, en las selvas inexploradas de las humildes almas que defienden instintivamente su dignidad. Si hay una investigación secreta para realizar es sobre los duendes, hadas y gnomos de nuestro tiempo. Esa pandilla invisible que, con o sin conciencia, está en pie de guerra contra el Poder. El Poder sabe que puede ser más peligroso un desgraciado harapiento de Harlem que toda la respuesta organizada por las instituciones contestatarias...

—*¿Qué es la antropología?*

—Es un pasaporte. El suyo, el periodismo, también lo es. Un pasaporte que nos permite acceder a todas las tramas, a todas las creencias. En todo caso soy un antropólogo del misterio.

—*¿Qué es el misterio?*

—Es lo que jamás se podrá encontrar, se oculta en lugares inaccesibles. Sabemos dónde estuvo: alguna vez se ocultó en la poesía, pero hace tiempo que se fugó del arte. En algun otro momento estuvo en la religión. No creo dar ninguna pista que ya no tenga si digo que el misterio vagabundea por las selvas más remotas del corazón de los desesperados.

EL ATAQUE

Estaba apresado en una trampa abstracta, sin aliados, rodeado de enemigos desconocidos y sin comprender siquiera cuál era mi lugar en aquella trama. El olor a miedo que desprendían los muebles fue aumentando hasta tornarse pestilente. Se cruzó por mi mente la idea de fugarme, pero la descarté: mi ausencia sería más reveladora que mi presencia. Si lograba pasar inadvertido por aquel rastreo ya nunca me encontrarían. Al escapar, en cambio, denunciaría mi identidad.

En la madrugada del 12 de abril llegaron al edificio. Me desperté sobresaltado. La cama me aguijoneaba los sueños con crueles imágenes. Se escuchaban los lamentos de los muebles de todo el edificio resonando por pasillos y escaleras. Me impuse una calma completa y acariciando las maderas de la cama le transmití esa tranquilidad. Después me zambullí en los laberintos de mi mente. Nunca me había atrevido a realizar ese experimento. En los viajes que realizaba en mi juventud me movía lentamente entre los pasillos que separan las ideas, pero siempre asido a un recuerdo fundamental: "Estoy aquí y estoy ahora". Supuse que un ocultamiento tan superficial no bastaría. Llegaron. No eran voces ni tenían lenguaje. Eran susurros dando latigazos violentos que apartaban los recuerdos. Buscaban las cadenas asociativas compulsivas que, por su velocidad de reacción, denunciarían mi identidad. Tenía que simular que no estaba

siendo explorado. Los susurros serpentearon durante un rato por los bordes del abismo y luego se fueron. Es imposible describir el horror que se siente al caer en esa oscuridad infinita que rodea la pequeña ciudad de la conciencia. Un aliento voraz respiraba en aquella negrura.

Repentinamente retomé la conciencia de mi cuerpo en aquella habitación. La radio estaba encendida y el locutor hablaba en cámara lenta. Entre las pausas de aquel distorsionado discurso habló "Número Tres": "Soy Número Tres. Quizá usted sea Número Cuatro. A través de Número Dos sé que Número Uno fue eliminado. Vaya usted mañana a la calle Liniers 230, en Temperley".

En cuanto la voz de "Número Tres" se esfumó en los gritos del éter todo volvió a la normalidad. Pero yo no era el mismo. Algo se había incorporado a mí en aquellos segundos en que me caí en el pozo ciego de la mente. Lo vi en el espejo, escondido entre las arrugas de mi frente y asomado en la comisura derecha de mi boca: un desconocido estaba ahí. Algo se había acoplado a mí. Al otro día, muy temprano, tomé el tren.

LA ANTILOCURA NOS GOBIERNA
por el licenciado José Luis Galeano

El estado del alma más excitante y conmovedor que han conseguido describir los arqueólogos de la aventura es el de la locura. Es casi el estado puro, salvaje del alma, un estado que al desconocerse se torna imposible de imitar.

Lo primero que se aprende en esta profesión es a reconocer a un falso loco. Con el tiempo se aprende a desenmascarar casi inmediatamente el esfuerzo del deteriorado por hacerse pasar por loco: viviendo en la insensibilidad, quiere atravesar la aduana que él mismo colocó en las fronteras de la razón para protegerse del fuego de la sensibilidad.

Ahora bien, ¿por qué un tipo que no está loco intenta serlo o parecerlo?

Una pregunta más interesante: ¿Es posible mediante el trabajo, la voluntad, el entrenamiento cotidiano volverse loco?

Este valor que adjudico a la locura merece una aclaración: se desvaloriza la locura desde una falsa descripción de ella y, sobre todo, señalando el intenso sufrimiento en el que vive inmerso aquel que la padece. El sufrimiento existe y es producido por el reflejo de rechazo que produce entre la mayoría de los hombres esa experiencia terminal a la que tiene acceso prohibido. El poderoso tabú resignifica el estado de gracia como peste peligrosa.

Por otra parte, lo que la psicopatología define como locura no son más que ímprobos esfuerzos por evitarla. El psicópata, por ejemplo, representa el polo opuesto, la anti-locura. Es el ser que intenta forzar la naturaleza de los acontecimientos para ajustarla a los designios de un plan que oculta su absoluta inseguridad ontológica.

Porque un loco es un tipo que no se siente inscripto ni desinscripto en ninguna posible descripción de sí mismo.

La paranoia también expresa una profunda desconfianza hacia el proceso en el que se desenvuelve su propia presencia. El paranoico, estando cercano a ella, abandona la posibilidad de acceder a la gracia para vigilar todos los acontecimientos que podrán provocar desequilibrios y hacerle perder un estado existencial que en realidad no ha conquistado.

La gran utopía paranoica consiste en cuidar obsesivamente algo que en realidad no se posee. Si el psicópata es un invasor del entorno que vive acicateado por las puñaladas del miedo, el paranoico es un compulsivo defensor que protege una fortaleza vacía.

El neurótico es el diseño ya objetivado que construye la anti-locura. Es el dibujo congelado de esa fuga del éxtasis. Está tan completamente anti-loco que ha elaborado un engendro: el "sí mismo", la Identidad. Como nunca se siente debidamente constituido y protegido por esa identidad, la busca obsesivamente, la imita de otros que a su vez la imitan.

Creo que se denominó Dios al primer hombre que se volvió loco.

El segundo hombre no enloqueció: era el psicópata y fue él quien realizó la descripción del milagro. Como no podía acceder a esa experiencia, la tergiversó, la mitificó hasta transformarla en utopía, es decir, en imposibilidad alcanzable.

El tercer hombre no vio lo que le sucedió al primero y sí escuchó la descripción, la versión del segundo.

Fue un paranoico que, sospechando esencialmente del relato del psicópata, terminó negando la experiencia de la locura.

El cuarto hombre fue el engendro producido por los relatos del psicópata y el paranoico. El neurótico ni siquiera conoce la posibilidad de la existencia del primer hombre.

El segundo Dios fue el primer hombre que no se volvió loco.

Sobre ese Dios neurótico se montaron las civilizaciones, las filosofías y —especialmente— los lenguajes, que son sólo complejos dispositivos de la mentira. Porque el mundo, su entraña, está constituido por una gigantesca mentira. De la verdad sólo queda un dolor en los pliegues más profundos del abismo del alma, una inquietante angustia que es solamente el pus de esa herida.

El único Dios fue encerrado en los manicomios de la mitología.

Cuando un pintor, un músico o un poeta logran robar una frase, una frase del Dios que pudieron haber sido, una imagen de ese mundo extraviado, un sonido del más allá; cuando el tipo que ha tomado LSD comienza a percibir imágenes que rasgan la ilusión y desenmascaran el complot que es la realidad; cuando el "loquito" en el manicomio establece una otra relación entre los fenómenos, lo que sucede, en todos esos casos, es que el Dios enterrado en los laberintos de la mentira mental está intentando romper el ataúd de creencias en el que ha sido encerrado.

La vida es un estado de gracia. La vida es la locura de la materia.

Hace siglos que el cáncer de la anti-locura ha establecido sus redes virósicas, reemplazando el tejido vital.

A aquellos que duden de mis afirmaciones les propongo que hagan un simple experimento. Consíganse un aparato y miren una célula. Olviden todas las idioteces que las palabras han dicho sobre ella.

Si la célula está viva, podrán observar la locura que la constituye. Verán tambien la dicha de esa locura. Verán que toda su danza, su movimiento, su búsqueda, es el intento alucinado de realizar algo imposible: dejar de estar sola.

EN EL CUBIL DE LA RED

El número 230 de la calle Liniers correspondía a un viejo caserón abandonado. Al rato de golpear la puerta, unos tambaleantes pasos comenzaron a aproximarse desde el fondo de la casa. Aquella caminata era imposible, los pasos seguían acercándose como si en lugar de atravesar un comedor caminaran por una extensa carretera. Comprendí que nunca llegarían a la puerta. Violenté la cerradura y entré. La casa estaba en pleno proceso deformativo: las paredes y el techo se estaban alejando del centro ambiental y continuaron haciéndolo a medida que yo me internaba en el salón. La poca luz existente provenía de una remota araña de caireles colgada a más de cuarenta metros de altura. Por la pared que estaba a mi derecha una multitudinaria caravana de cucarachas blancas se desplazaba como un gigantesco gusano. El sonido de esas millones de patitas rasgando la cal de la pared producía la ilusión sonora de una tormenta eléctrica en ciernes. Numerosas ratas iban y venían, aturdidas, sin encontrar una dirección adecuada. El poblado de muebles era el núcleo infeccioso de afuera. Docenas de armarios y mesas yacían apilados sin orden ni estética; bañaderas, roperos, piletas de cocina y toda clase de adminículos se amontonaban unos sobre otros.

Las dimensiones internas de la casa, desde ya, no correspondían con las que podían percibirse desde la casa. Aquello era una auténtica trampera. Estaba penetrando

uno de los cubiles de la Red y un animal desconocido, más feroz que un tigre, se agitó en mi ser. Sólo para ejercitarme, penetré el cerebro de varias ratas y de un zarpazo mental les destruí sus motricidades. Las ratas quedaron inmóviles, catatónicas, mientras sus hermanas las devoraban.

Oculta tras la montaña de muebles, encontré una antiquísima mesa de unos quince metros de largo. Era de roble y sobre las rugosidades de la madera estaba escrita la historia de la casa. Perdí la noción del tiempo mientras recorría el perímetro de la mesa leyendo aquella historia. Cuando terminé la lectura, la casa había continuado creciendo pero a un ritmo acelerado: las paredes se encontraban a un kilómetro de distancia y la araña de cairele se hundía en las penumbras como una estrella remota. Al anochecer comenzó a soplar una suave brisa. Seguí avanzando.

CONFESIONES DE UN EXTRATERRESTRE
por Carlos Fernández Duro

"Todos estamos secretamente comunicados por abajo de la conciencia, pero son pocos los que escuchan y comprenden. Estos sí saben que en este planeta sobreviven tres especies bajo el disfraz humano: los humanos propiamente dichos, los extraterrestres propiamente dichos y los mestizos."

De El origen del pecado original

Se llama Joaquín Lastra, es médico, español, cuarenta y tres años. Domina varios idiomas. Experto en virología, con amplios conocimientos de matemática. Sin embargo está internado en el Hospital General de Barcelona. Sufre una esquizofrenia sin retorno, que supuestamente brotó hace ocho años, y desde entonces reside, por propia voluntad, en el hospital. Tiene un delirio erudito y su libro *El origen del pecado original* despertó el interés de personajes tales como Luis Buñuel, Fernando Arrabal y otros.

El doctor Joaquín Lastra asegura que es extraterrestre. Su delirio se escapó de una historia clínica y se hizo público cuando su libro fue reproducido por algunas revistas. Actualmente el doctor Lastra da conferencias en el hospicio, envía artículos a los diarios y promociona su demencia.

Una pista en Marruecos

—¿Cómo fue que usted llegó a tener conocimiento de la existencia de los extraterrestres y de que, además, usted mismo lo era?

—En Marruecos tuve la primera pista. Había ido a un congreso médico como traductor y en el bar del hotel en el que me hospedaba conocí a unos extraños personajes, integrantes de una secta muy antigua con origen en la primitiva Tebas. Ellos fueron el primer indicio. Un par de meses después, ya de regreso en Madrid y en una ingenua prueba con LSD que estaba realizando, tuve una fascinante alucinación. Se me apareció Horus, el dios egipcio hijo de Osiris y de Isis.

—¿Fue una alucinación o usted realmente cree haber visto a un dios?

—Al principio burdamente creí que era un dios, luego comprendí que era simplemente un mensaje que me enviaban y en el correo mental los mensajes, las cartas, adoptan las formas propias de quien lo recibe. Bueno, pasaron un par de años, parecía todo olvidado, hasta que tuve aquel sueño: yo soñaba pero estaba despierto dentro del sueño. Estaba subido a una gigantesca torre y me veía dormido en el cuarto, escuchaba el noticiero, mis propios ronquidos. Podía ver el edificio y hasta entrar en el almacén, si quería. De repente el sueño cambió: estaba en el campo, detenido en el medio de un camino polvoriento; en el auto estaban aquellos extraños personajes de Marruecos y uno de ellos me dijo: "No te olvides, es simplemente al revés, lo que llamas real es un sueño y lo que llamas sueño es la puerta de lo real". Cuando desperté, mi vida ya había cambiado para siempre. ¡Jamás podré olvidar que no estoy despierto y que estoy charlando con un fantasma...!

—¿Más que un sueño, es una pesadilla? Usted está encerrado en este hospital.

—Las pesadillas son mucho más interesantes que

los sueños comunes, hasta el electroshock es interesante.

—¿Cómo llegaron los extraterrestres a este planeta, cuándo lo hicieron y con qué finalidad?

—Es imposible contestar una pregunta absurda: lo que tú llamas planeta recuerda que es un sueño. En todo caso debo decirte que vinieron desde los sueños, y si me insistes para hablar en tu lenguaje, digamos que en este espacio onírico existía sólo una especie con la que comunicarse: los monos, o sea, los hombres. Pero ellos no llegaron de otra parte, no están constituidos por materia, por eso fueron llamados "dioses".

La rebelión de los monos

—¿Por qué no dominaron el mundo?

—Desgraciadamente lo hicieron. Para manipular a los monos tuvieron que trasmitirles un conocimiento muy poderoso, un instrumento mágico: la palabra. Los monos nunca pudieron comprender la magia que la habitaba pero sí aprendieron a utilizar la técnica. Piensa además que ellos no tenían cuerpo, imagínate un ser construido con iones mentales. Así que, al habitar el cerebro de los monos y al copular éstos entre ellos, surgió una tercera raza: los tiuz, semidioses o, si quieres, hijos de los extraterrestres. Los tiuz fueron quienes llevaron a los monos a la rebelión.

—¿Entonces usted no es un extraterrestre, es un mestizo?

—Sí. Pero no me desprecies, mi raza es mucho más poderosa que la tuya.

—¿Cómo se reconoce un tiuz a sí mismo y cómo reconoce un tiuz a otro tiuz?

—Depende del nivel de conciencia del tiuz. Si en algún momento de su existencia se libera de la traba onírica de los monos y se entrega a una sensación completa de extrañamiento, comprenderá por qué jamás le interesaron los sucesos de este mundo, por qué siempre

tuvo la sensación de que, vaya donde vaya el destino humano, el camino es intrascendente y el objetivo despreciable. No se siente integrante de ninguna tribu, de ninguna familia; no cree en las revoluciones; la ciencia y el arte le parecen infantiles. En síntesis, un tiuz —lo sepa o no lo sepa— siempre sabe que no es de aquí. La verdadera conciencia llega cuando se toma contacto con otro tiuz que lo reconoce a uno. Ese fenómeno es maravilloso, pero si un tiuz no encuentra a otro se irá degradando y siempre sentirá un dolor que no podrá comprender.

—¿Eso fue lo que le sucedió con el encuentro en Marruecos?

—No, fue en Colombia, dos años después. Encontré un tiuz. Supe que no estoy aquí sino que estoy en la estrella Sirio, proyectando mi imagen en este sórdido mundo de identidades perpetuas, y supe que hay un plan de retorno. No puedo decirte más.

—Con todo ese poder, la vida de un tiuz debe ser de una calidad superior.

—En los términos en que tú me lo planteas, todo lo contrario, nunca encaja con nada. Lo más frecuente es que aprenda a simular, se sentirá un niño que jamás pudo aprender nada. Imagínate a ti llegando a Marte y teniendo que aprender a desplazarte y a alimentarte por senderos que no comprendes y con comidas que te desagradan: tardarías años en adaptarte y ni siquiera sabrías para qué lo haces. Entonces, ¿cómo hago yo para adaptarme a la ambición, a la torpeza, a la estupidez de los monos?

—Todavía no veo ninguna diferencia entre los humanos y los tiuz. ¿Cuál es su opinión de los seres humanos?

—Trata de no ofenderte, porque es un problema de tu especie. No tengo opinión sobre los monos. Me siento en deuda. Tú ahora estarías trotando por la selva en lugar de estar escribiendo estupideces en un diario. El tiuz vive en ciudades mentales pero ustedes carecen de mundo interior y por eso lo concretan. Jamas podrán intentar comprender que el exterior no existe...

—Ya que habla de lo que me pasa a mí, le diré lo que me pasa con usted: creo que se siente superior a mí...

—En absoluto. No soy superior a ti, soy multidiferente. Cuando tú ves un pollo, ves comida; cuando ves una mujer atractiva, ves sexo: yo veo signos agitándose y tratando de dominarme.

—Sigue pareciéndome arrogante.

—Si pudieras comunicarte con un oso y le comentaras tu visión del mundo, tus ideas le parecerían arrogantes al oso. Pues bien, la misma diferencia que existe entre un oso y tú la hay entre tú y yo.

—¿Cuántos extraterrestres calcula que hay en este planeta?

—No sé la cifra, pero no creo que haya más de cinco. Tiuz... ponle tres millones, pero la mayor parte de ellos están deteriorados. Digamos entonces que, tiuz auténticos, no más de diez mil. Nada, una gota de magia en un océano de estiércol.

ATRAPADO

Mientras atravesaba la casa, Ellos movieron el tiempo. Así fue: el tiempo se movió, no transcurrió ni dejó de transcurrir. Compactamente, se movió. De otra manera, debería decir: "Demoré dos años en atravesar el comedor, demoré dos meses para abrir una puerta".

Cuando recuperé la conciencia, escuché el piloto automático de mi mente relatando una versión de mi vida a tres individuos que pertenecían seguramente a algún tipo de tribunal siquiátrico. Estaba bajo los efectos de una poderosa droga. En cuanto a los tipos, los recorrí sondeándolos suavemente.

—Ustedes no son de la Red —les dije—, pero están siendo tripulados.

Aquella frase pareció enojar a los hombrecitos, y de inmediato fui trasladado a un pabellón. Necesitaba reconstruirme. Aquel movimiento violento del tiempo me había dejado indefenso, debilitado. Otro interno me informó que yo llevaba allí dos años. Traté de adaptarme rápidamente a mi prisión. Durante el día aparentaba lo mejor que podía y por las noches no dormía. Durante un mes no dormí nunca, no conseguía dormir. No podía desligarme del shock de aquel salto en el tiempo. ¿Qué me había sucedido durante esos dos años? era la pregunta que me acosaba. Pero las preguntas son siempre las guaridas del enemigo, así que poco a poco me fui acostumbrando a habitar el vacío del tiempo perdido.

Los médicos y los siquiatras me temían, y con el transcurrir del tiempo ya ni se acercaban a mi celda. Cada vez que intentaban sondearme yo les destruía una pequeña porción de memoria. La implacable racionalidad con que se manejaban les impedía dar crédito a lo que sentían. Les estaba produciendo daños irreparables en su destino, pero ellos seguían tozudamente aferrados a la creencia de que eso era imposible.

El enemigo también iba ganando territorio. Yo seguía mutando. No podía leer ni mucho menos escribir. Sólo conseguía ver signos ininteligibles. Quizás hasta dejase de comprender el sentido de las palabras.

A mediados de la primavera llegaron los Exploradores. Hasta ahora, habían lidiado con mentes desentrenadas y fáciles de manipular. No se esperaban un ataque. Cuando destruí sin piedad a las mentes exploradoras, por un instante, en un flash, vi a los jefes del Complot.

LOS MICRODIOSES
por William Burroughs

Durante miles de años el hombre ignoró la existencia de los virus. Aquellos individuos que a través de los tiempos sospechaban la verdad, intentaron investigarla y dejar algún testimonio, fueron considerados poetas, farsantes, locos o místicos. Fue en el transcurso de la década del 90 que las sospechas pudieron ser confirmadas. Los virus quedaron expuestos a la mirada del hombre.

Espionaje celular

Fue a mediados de la década del 30, gracias a la invención del microscopio electrónico, que pudo realizarse una visualización directa del mayor enemigo de la vida terrestre: los virus. El microscopio electrónico cumplió la misma función que los grandes telescopios modernos: el hombre pudo explorar las galaxias microscópicas distantes a millones de años luz dentro de su propio cuerpo.

Una definición muy conservadora de los virus en aquella época fue la del primer gran experto en el tema, el doctor F. H. Cricks: "Los virus forman una línea divisoria entre el estado vivo y el estado muerto". Ex-

presado en términos más simples, no están ni vivos ni muertos, tienen una estructura inanimada y una conducta animada.

Los legendarios "extraterrestres" anunciados por la ciencia ficción y los populares ovnis difundidos por el esoterismo y por los mitos de distintos pueblos existían, pero eran microscópicos, cientos de veces más pequeños que una célula. Sus estructuras geométricas, icosaédricas y helicoidales, sus desplazamientos cuasimatemáticos, sus sistemas de acoplamiento, fueron conformando la imagen de una "cápsula espacial".

Estos misteriosos navegantes se introdujeron en las células de un macromundo, probablemente sin distinguir la naturaleza de los huéspedes a los que sólo estudiaban con la intención de imitar su estructura celular. Fue denominada por los expertos "la batalla de las proteínas".

Recién en el año 1994, el doctor Besançon pudo confirmar experimentalmente lo que hasta ese momento eran sólo conjeturas teóricas: la existencia del virus hipotalámico, un auténtico laboratorio montado en la corteza cerebral humana. La función de estos virus consistía en segregar la sustancia denominada "imagen oral" o también "palabras visuales". Este descubrimiento desató la competencia más despiadada entre los principales laboratorios del primer mundo para encontrar una vacuna capaz de neutralizar esta peste. La peste más peligrosa de toda la historia humana, más mortal que la peste negra o el sida.

Los "palabrófagos" que circularon en los laboratorios de Alemania no hicieron más que incentivar la conducta destructiva de los virus.

El trabajo del virus hipotalámico consistía en analizar las sustancias químicas producidas por el pensamiento humano y transformarlas en una invisible baba de palabras que cegaban la percepción del huésped. Los hombres dejaron de ver el mundo para ver sólo palabras:

botella, cielo, casa. Pero esa baba de palabras (el mítico maya de los hindúes) no sólo servía para enceguecer al hombre sino que, además, era utilizada por los invasores como pantalla para proyectar su mandato.

¿Quiénes son?

Los actuales adelantos técnicos, especialmente los sondeos láser y la holografía microscópica, nos permiten hoy tener un identikit bastante aproximado del enemigo.

El análisis láser realizado por el equipo del doctor Andrés Loff sobre los muebles y las paredes de un cuarto permitió dibujar la invisible estrategia del invasor. La estructura geométrica de las construcciones humanas, tanto en los microobjetos como en la ciudad —que es la mayor de sus elaboraciones—, hizo comprender a los investigadores que desde hace miles de años el hombre ha estado reproduciendo el paisaje de otro mundo.

Según el experto en cybervirus A. Watterson, "el sometimiento de la especie humana fue realizado probablemente en tres etapas, y en cada una de ellas el intenso dolor que provocaba la manipulación era calmado mediante la utilización de una anestesia adaptativa, que iba provocando en el huésped adicción química y placer sensorial".

Las palabras "evolución" o "cultura" funcionan actualmente en la trama virósica como ilusiones lumínicas. El dolor no desapareció totalmente, se transformó en malestar.

En la primera etapa, cuando se produjo la invasión, fue insertado en el hipotálamo lo que en la década del 70 denominé Mente Reactiva. Escribí: "Situado detrás del cerebro, el hipotálamo es el centro regulador del sistema nervioso autónomo, que controla los procesos corporales y el metabolismo. El hipotálamo es, sin duda, el punto de intersección neurológico donde fue instalada la Mente Reactiva. Este mecanismo puede describirse como un

centro regulador artificialmente construido que se inserta sobre el centro regulador natural. La Mente Reactiva es muy antigua, anterior a todas las lenguas modernas, y sin embargo se manifiesta a través de todas ellas. Este sistema simbólico insertado cumple la función de recibir órdenes contenidas en las palabras y en las imágenes. La orden que se recibe hay que cumplirla a consecuencia de haber nacido. Estas órdenes están basadas en tres proposiciones básicas:

"a) buscar alimento;

"b) buscar refugio;

"c) buscar satisfacción sexual.

"Estas órdenes fueron luego enfrentadas a su par opuesto:

"a) ser generoso;

"b) salir a explorar;

"c) amar al prójimo.

"Las órdenes son imposibles de cumplir y, cuando el sujeto reacciona contra ellas, la reacción activa con más fuerza el control.

"Para poder luchar contra esa Mente Reactiva debemos conocerla, alcanzar la fuente original desde donde manan las palabras y las imágenes; pero quienes utilizan estos instrumentos de control tratan de impedir toda investigación".

Dice el doctor Watterson: "Los invasores microvirósicos dominaron el grito animal introduciendo un código de órdenes interceptoras electromagnéticas, que fueron las consonantes. La función denominada 'razón' fue programada en la segunda etapa. Esta 'radio' de otro mundo comenzó a sincronizar los movimientos humanos en todo el planeta. Podríamos decir que en el pasaje que hubo de la cultura griega a la romana se logró la robotización del hombre. La tercera etapa se inicia en el siglo XX. La electricidad fue el instrumento más poderosamente destructor que lograron imponer. Si la imprenta había logrado difundir el código del invasor, és-

te no alcanzaba para contagiar a toda la especie. Los aparatos eléctricos uniformaron la comprensión y paralizaron al huésped".

El poder del odio

Ellos somos nosotros. Pero, ¿qué es lo que de nosotros aún no es Ellos?

Para que cumpliera su función, el impulso del huésped debía conservar un cierto grado de libertad reflexiva, de inteligencia optativa. Con el transcurrir de todo este proceso milenario, esa mínima independencia fue creando en el huésped una zona marginal y autónoma: aunque parezca imposible, este animal lobotomizado descubrió la existencia del invasor y lo odió.

El odio es una sustancia química incompatible de ser replicada por el virus. Sus jeringas mentales no pudieron penetrar esas corrientes de odio animal que mañana quizás sean capaces de quemar el paisaje de otro mundo.

Las bases de operaciones instaladas en la espina dorsal, el cerebro, el aparato respiratorio y los órganos sexuales han acelerado en estas décadas la producción de enfermedades, y éstas son el signo de que se prepara la ocupación final del territorio.

Este mundo no nos pertenece. Debemos abandonarlo. El trabajo es todos los días. Interceptar las cadenas asociativas. Disociar el sentido planificado de los actos. La serpiente de la espina dorsal se replegará hasta invertir su proyecto. Volvamos a los pantanos.

ELLOS

Esto es lo que vi. El poder del mundo estaba concentrado en cinco personas. Los vi, fotografié esa imagen. Minuciosamente analicé desde el color de los botones de sus camisas hasta las pecas y los granos de sus rostros. Sé quiénes son. No son nadie. Tipos menos que insignificantes. Seres sin relieve, inofensivos.

Durante mucho tiempo analicé esas imágenes tratando de comprender cómo era posible que aquellos tipos vulgares fueran los cabecillas del Complot. Hasta que lo descifré. Ellos estaban agarrados por las sillas y la mesa, eran sólo la pantalla, el escenario para engañar la atención. Los protagonistas eran las cosas que los rodeaban. Observé las paredes, astutas y bellas paredes que unían y separaban, conectaban y desconectaban historias y situaciones; techos que eran sólo paredes horizontales; escaleras subiendo y bajando las intenciones; puertas para crear la ilusión de salir o de entrar; ventanas para que las ventanas se miren entre sí. Y todos los edificios conectados como una espina dorsal por la malignidad de las calles, esa corriente nerviosa que recorría la ciudad investigando, informando, codificando.

Pero no me aterrorizó la Ciudad, ese mecanismo de piedra y metal, sino la miserable complicidad de todas las cosas. Una chapita era tan peligrosa como la cadena de un retrete. Un picaporte estaba más loco que un supermercado. Era un complot de la cal, del zinc, de la resina,

del vidrio. Un encendedor arrojado en la alfombra de un cuarto gobernaba todo el barrio. Toda la historia del planeta había sido un plan de la ciudad. Todos los peces, los microbios, los dinosaurios, el movimiento de las aguas eran sólo las semillas oníricas de un maldito alicate. El vicio de los gatillos soñó a los guerreros. La manía de los telescopios inventó las estrellas. La psicopatología de un enchufe planeando el asesinato del sol.

Entonces volví a mirar la escena. Miré de nuevo a los hombres insignificantes. Me sumergí en sus cadenas asociativas, navegué hasta sus hemisferios cerebrales.

No eran las cosas, no era la ciudad. El enemigo era algo que los habitaba. Allí estaban, acomodados como fetos en el cerebro. Allí dormían esos bebés del futuro. Los integrantes de la Red eran del tamaño de una pera. Los burdos y antiguos mitos de seres extraterrestres, seres de otro plano que invadieron la mente del hombre, estaban equivocados. No eran seres de otra parte, ni de afuera: los denominé los Próximos. Los hombres eran la cigota de un nuevo animal. El mono había contenido las semillas del hombre; ahora éste era la escafandra de los Próximos.

Todo eso pensé a gran velocidad, para distraer a los enemigos que me observaban desde la escena. Era lo único que podía hacer. Tener ideas, creer que eran los muebles o las personas o cosas que habitaban en los muebles o en las personas. ¿Cómo detener lo que no se sabe desde dónde avanza?

Si esto fuera un sueño y yo no quisiera despertar intentaría entretener a mi soñador siguiendo el curso de sus deseos. Pero ahora yo he soñado con él. Y lo he visto mirando lo que lo mira.

Allí está, desnudo, el Complot. Jamás se hará conocer. Allí están Ellos: son peligrosos porque no existen. Esto es lo que hacen: nada. Y esto soy yo: la víctima de nadie, el testigo de nada.

LOS DIAS MAS LOCOS DE MI VIDA

¿Qué diablos o conejos es esto? ¿Se mueve como quien va muy apurado o se tambalea como un ebrio haciendo equilibrio? ¿Será que cuando alimento este fuego con sangre y madera, con horas y rones, con cansancio y maldiciones, entonces algo simula moverse para darme consuelo? Pero, ¿se mueve o se aquieta? Y si se mueve, ¿sobre qué cristos o trompos lo hace? ¿Se mueve a los saltos como si esquivara navajazos o simplemente se desliza sobre el gargajo del tiempo? ¿Navega o se hunde? ¿Gira o se retuerce? ¿Se arrastra o camina? ¿Qué dioses o tuercas es esto?

LECHITA CONTRA LA SECTA SUFI
por Leo Nerón

En el alucinante morro de Santa Teresa, en la alucineta de ciudad que es Rio de Janeiro, aproximadamente en el año 1970 se concentró una comunidad de atorrantes del dharma que utilizaron sus cerebros como cocteleras donde agitaban sus experimentos lisérgicos. En cuanto me mudé al barrio fui conociendo a todos los personajes: al Anestesio, el Floripondio, el Datura, el Trufa.

Todos se mandaban la parte y se hacían los legendarios. El que no veía duendes, chamuyaba con los árboles; el que no se escribía cartas mentales con Buda, se hablaba por tubo con la nada. Era pura piratería de zarpado. Excepto el Lechita.

Lechita estaba piradazo mismo, no tenía células grises ni azules sino docenas de murgas lisérgicas haciendo batucada en su zabiola. El día que me lo presentaron le di la mano y todos los demás zarpados pegaron un salto tratando de evitar el desastre. Llegaron tarde. Fue lo mismo que tocar un cable de alta tensión. Cuando desperté, un segundo después, dije:

—No existe el movimiento, tampoco existe la materia, sólo hay una infinita llanura mental que se proyecta a sí misma desde todos los puntos de sí misma...

Con un sincero apretón de mano el loco me mandó al núcleo de la pantomima y yo sentí que por primera vez alguien me había explicado algo en toda mi vida.

No era un buen momento para la truchada dhármica. Los esotéricos habían descubierto el filón que colmaba el morro: todos aquellos locos pirados tomando pepas día y noche eran la gilada perfecta a la que ellos podían comerle el coco.

Los sufis los primerearon a los gurdievos, los krishnas y todos los otros. Y al toque todos los triperos se pasaron al aburrido batallón de los buscadores de la verdad.

Lechita se sintió terriblemente traicionado.

—¿Qué verdad? —decía sabiamente Lechita—. ¿La verdad de la milanesa que explica que adentro del decorado hay siempre un bife de cadáver?

Pero Lechita era un sentimental y nos quería. Así que cuando toda la manga de salamines (entre los que debo contarme) concurría en masa a esos mitines transferenciales meditativos que organizaban los sufis, el loco nos acompañaba. Iba y se hacía el sota, pero mucho no le salía y, como no se bancaba además todo el papo furado de los comedores de cocos, el quía interfería.

Cuando el ortiva con cara de nazi que dirigía el grupo nos preguntaba qué habíamos sentido en tal o cual ejercicio y nosotros intentábamos responder "Una gran paz interior" (que era la frase que había que decir), te encontrabas en cambio diciendo: "¿Puedo chupar una bombacha dentro del ropero?". Querías ir al baño y aparecías meando dentro de la heladera. Los chabones, que eran revigilantes, lo detectaron al toque y lo expulsaron con la vil excusa de que era un drogadicto irredento.

El candombe se armó cuando se produjo la visita del Gran Sufi, el poncho negro de las pampas espirituales, nada menos y nada más que el Idris Shah. Todos los locones andaban histéricos como groupies de Mick Jagger, ansiosos por conocer a la estrella máxima del rock

and roll meditativo y hasta el Lechita se contagió la ansiedad y nos imploró que intercediéramos por él ante la jefatura para que le permitieran asistir al evento.

Lechita nos juró por el invisible forro que separa la conciencia del cuerpo que se iba a portar más careta que un obispo.

Giles podíamos ser, pero no traidores, así que toda la pandilla en pleno hizo una solemne apretada a la jefatura y no les quedó más remedio que otorgar el permiso.

Y llegó el gran día. El Idris Shah entró y se instaló en un almohadón cósmico con los ojos mirando el planeta Júpiter y con la actitud que dejaba en evidencia lo difícil que iba a ser para un profesor de matemáticas explicarle a unos analfabetos el teorema de Pitágoras.

Pero le duró poco la actitud, porque al toque todo empezó a zozobrar.

El asunto se mareó una cuadra antes de que Lechita llegara. El muy hijo de la gran nada se había preparado un licuado de belladona, con siete dosis de LSD, tres de mezcalina y unas pizcas de psilocibina.

Lechita caminaba y la calle entera se pegaba tal mambo que las paredes se acostaban como veredas, las ventanas no sabían si mirar para adentro o para afuera y las moléculas lloraban desesperadamente porque los protones se amotinaron y se pelearon con los electrones porque no se bancaban para nada a los neutrones.

La cuestión fue que cuando Lechita tocó el timbre y en vez del timbre sonó Procul Harum y la Orquesta Sinfónica de Londres y la voz de John Lennon dijo "Hola muchachos, soy Lechita", ahí nos dimos cuenta del candombe que iba a armar el pirado. Fuimos corriendo a la puerta para pedirle que la cortara. Nunca llegamos. No era un pasillo, era la quebrada de Humahuaca y una serpiente de fuego se descolgaba desde la bombita de luz dentro de la que un ahorcado eyaculaba fotones sobre el sombrero de la oscuridad que todo lo cubre.

Cuando quisimos retroceder nos chocamos contra las sombras eternas que la nada proyecta sobre cada instante para ocultar las tiernas lágrimas que la ausencia de plenitud derrama sobre el vacío que se produjo en el alma de quienes, en aquella reunión, intentábamos huir cobardemente.

El Capo, Idris Shah, intentaba escaparse por la ventana acosado por el vampiro estelar que colgado a la yugular de la existencia trataba inútilmente de robarle la sangre a los fantasmas de seres que estaban muertos mucho antes de nacer.

No había paredes, eran cataratas de imágenes a una velocidad tan hija de puta que el hijo de remilputas de Lechita, en cinco minutos, nos inventó a todos un falso pasado. Así que antes de que, en otros cinco, nos inventara un falso futuro, le juramos que nunca más íbamos a cometer la gilada de empadronarnos en alguna secta buscona.

Demoramos como dos meses en bajarlo a Lechita de ese viaje. Dos meses naufragando nos tuvo a todos.

El Idris Shah, por supuesto, jamás se repuso del shock.

Hello, encantas y encantos.
Para los analfabetos que no me conocen,
yo era la más putarraca y
groupie de todas las escribas menores de edad.
El mundo ha cambiado.
Ya no soy tan menor (cumplí veintiuno), ni tan putarraca porque como cualquier marmota con agujero en el vientre
me enamoré.
Lo que sí sigo siendo es chismosa.
El chisme es la sal de la cultura.
Yo soy
ELSA CICUTA

ESTA CITY ME DA SUEÑO
por Elsa Cicuta

¿Vieron? Ni me aterra como al Symns, ni me mata como a los del suple. Sí, a mí me da sueño. Bostezo hasta cuando me la chupan. Los que te cuento no bostezan para nada, son esos excelentes músicos, Pedro Aznar y Richard Coleman, que en una fiesta de no hace poco ni hace mucho se hablaron por sus micrófonos. No usaron palabras sino saliva y se estuvieron hablando a través de

sus respectivos miembros viriles. No sé lo que se dijeron pero, según me contaron, ellos no lo hacían por ser gays sino por onda.

Esto de chuparse por onda es algo que voy a estudiar. La fiesta donde esta golosa charla aconteció fue en lo de la paqueta y gordezuela Gabriela Aisenson, una que era groupie como yo pero de mucho más estilo, debo reconocerlo. Yo me curtí desde Pappo hasta Fontevecchia, pero esta nena de Charlys para arriba no baja. En el rock siempre fue todo medio chancho, pero ¿que en el fútbol haya cosas raras? Antes había un Mouzo que se la ponía a siete chicas juntas, pero ahora el famoso bocha de los diablos rojos tiene un grave problema con la grúa que levanta las alas de su deseo. Pero sus problemas no terminan ahí. Si la grúa, después de arduas chupaditas y besitos, se levanta, ahí surgen conflictos con los tubos transportadores del bello líquido y una se queda esperando muerta de sed que los grifos del placer suelten sus inquietantes semillas.

Pero dígame, señora: ¿quién no anda para el carajo? La Divina Gloria anda pidiéndole a sus amigos que la conviertan en jabón, tan chiquitita ella que el Gordo Porcel —que es un chancho erotómano de los que Artaud hubiera asesinado— no le quiso poner nada ni por aquí ni por allá.

Otra que no puedo creer: el maravilloso, el irremplazable, esa locomotora de belleza suave y de caviar que es el Gustavo Cerati anda haciéndose el bisexual. En el recital de Los Twist, en Mar del Plata, estuvo acariciando a un rubio Calvin Klein mirándolo con ojos de Humprey Bogart degollado.

Cuánto trolo bisexual que hay ahora dando vueltas.

El Tom Lupo (¡Ay! ¡Cómo me la voltearía a Silvina, su novia! Sí, yo también soy medio trolona) anda diciendo por ahí una de sus frases: "Cuando terminó la esclavitud comenzaron los problemas para el amor".

Sí, querido Lupo, sí. Entre tanto sueño de city, sueño todas las noches. Pero no con un príncipe azul: sueño con un colectivero negrazo que, mientras me lo rompe, me susurra asquerosas porquerías en mi deliciosa orejita. Bye.

Mickey Rourke
"ATREVETE, HOMBRECITO"
por Diego Manrique

Muy cuestionado por la crítica, casi un marginado del micromundo del cine, Mickey Rourke es igualmente una súper-estrella. El periodista español Diego Manrique consigue que el actor destile su veneno en este reportaje. El héroe indiscutido de *La ley de la calle*, la leyenda de las pandillas, con nosotros.

—Te niegas a ser considerado un nuevo mito, el James Dean de los 90...

—¿Cómo no voy a negarme a semejante tontería? Si la gente quiere proyectar sobre esas figuritas que ven en la pantalla sus sueños, allá ella. No soy más cómplice que eso: poner la cara. En el barrio no era muy distinto, el tipo más admirado era el que mejor hacía el papel de sí mismo. No sé cómo serían esos tipos, James Dean o Humprey Bogart. Yo sólo conocí actores. No son tipos muy listos pero saben que forman parte de una ilusión, una porquería —entre tantas otras— que les permite ganar un buen dinero, mucho dinero.

—No debe resultar fácil sostener esa postura rebelde en el propio medio.

—Estoy aquí por casualidad. Nunca me entusiasmó mucho. Todavía tengo los ojos que miran desde donde

vengo. Un mundo sucio y muy duro. Este es un oficio que da dinero fácil, y además lo hago como quiero. Dicen que Mickey actúa siempre de Mickey. Bueno, atrévete tú a ser tú mismo, hombrecito. Cuando quise cambiar algo lo arruiné todo. Stanislavsky o cualquier otra pavada de esas.

—*¿Has hecho trabajos que por lo menos te agradaran?*

—Humm... *La ley de la calle.* Hice eso con cierta ingenuidad. Parte de gente como yo estaba reflejada en aquella calle. Coppola agarró ese estúpido librito y lo convirtió en una cosa. Aprendí. Después hice muchas cochinadas y me afilé algunas gatas.

—*¿Y qué te pasó con tu trabajo en* Mosca de bar*?*

—Fue un verdadero desafío. Odio la bebida y los borrachos no me conmueven. Pero el tipo me gustaba, y todos aquellos locos de bar. Esos don nadie son los mejores tipos que da la vida. Fue una buena historia, sin alardes.

—*Tu pasado forma parte de ese mito, por más que te empeñes en negarlo...*

—¿Qué mito? Fue la adolescencia de uno de esos tantos vagos que andan por ahí y que no sirven para nada. Un tipo que anda por ahí odiándolo todo, creyendo que era capaz de escaparme de todo eso, pero casi todos los que están ahí lo creen. ¿Yo salí? Sí, de una manera. Pero en realidad no se puede salir nunca, una vez que se estuvo. Son sellos para siempre que te deja el mundo grabados en el culo. Ahora tengo pasta y soy famoso y me persiguen mujeres. Pero mi vida está perdida. Había una melodía que yo escuchaba cuando era niño, la escuchaba siempre, era una canción del viento, una embriaguez permanente. Todo eso lo mataron. Ahora todo huele a mierda. Soy un cínico. Todo es cartulina, no se necesita mirarlo mucho para verlo.

—*¿A qué te dedicas además del cine?*

—A duplicar mi dinero, como hacen todos los de-

más. Tengo un restaurante y otros negocios. ¿Qué voy a hacer? ¿Repartir mi dinero en el Bronx?

—*¿Rechazás trabajos o aceptás lo que te echen?*

—Ahora no hay mucho que elegir. No sé. *Nueve semanas y media* era mucho dinero. Fue divertido. Poner esta cara y luego la otra. Nunca deja de asombrarme que la gente vea películas como ésa.

—*Discúlpame que insista: el personaje de* La ley de la calle, *¿no tiene que ver con tu vida?*

—En absoluto. No sé si existen tipos así, como el chico de la moto. Todos los demás sí, los ves por ahí, están todos. He visto tipos muy raros. Pero yo andaba muy apurado, como tantos otros, tratando nada más que de no caerme cuando me empujaban.

—*¿Eras un peleador?*

—¡Tú has visto demasiado cine! En la cárcel los que no saben pelear están doblemente presos. Los tipos inteligentes se las arreglan sin pelear, pero siempre tienen que estar atentos para ver dónde ponen un pie. ¿Y qué es una pelea al fin y al cabo? Tú das y te dan, el que está más loco queda de pie. Hoy cualquier mocoso con más miedo que yo me puede tirar de un cachetazo.

—*¿Hasta qué punto llega tu repudio por el cine, o es una postura?*

—Es un ghetto, como el de la Calle 33. Allí el juego era más rudo y nadie andaba con guardaespaldas. Los actores viven en un castillo de ilusiones que los espectadores les han creado. Son tipos que no sirven para nada. Morirán entre sus millones mientras el mundo se cae a pedazos. Todo lo que quedaba vivo de mí me lo debe haber robado el cine. Pero sé que puedo dejarlo. Daré unas cuantas vueltas pero me voy a salir de esta porquería. ¿Sabés lo que es tener millones? Hay miles de tipos que nunca vieron un billete de cien dólares. ¿Vas a andar entre ellos? Tratarás de que no piensen en eso. Lo más siniestro es que, si te reconocen, capaz que en vez de degollarte te pidan un autógrafo.

—¿Has tenido algo que ver con el mundo del rock and roll?

—Fue siempre la música que se escuchaba. Supongo que es lo que hay para escuchar. No está mal. Estaría mejor si hubieran puesto ahí canciones de tu tierra. Escuchamos lo que nos dicen que escuchemos. ¿Viste la muerte de Lennon? ¿A nadie se le ocurre pensar lo merecido que se lo tuvo? Todos esos millones, y andabas caminando entre la ralea. ¿Qué esperabas? Ahí tienes, y tengo más para ti.

—¿Y tú no tienes miedo?

—Claro. Yo me escondo como los demás, en esos restaurantes de quinientos dólares. El dinero es para eso, para esconderse.

—¿No hay otra cosa que podrías hacer con tu dinero?

—Buena pregunta. Es raro. Cuando era niño sabía. Pero perdí el mundo ese en que podría gastar el dinero. Soy afortunado: me quedé sin mundo pero tengo dinero.

—¿Eres americano, te sientes americano, amas tu país?

—No estoy en un país. ¿Qué es un país? Un lugar donde todo se comporta de la misma manera. Pero ser americano supongo que es ser un tipo que no conoce la cárcel o que nunca tuvo hambre. Es posible que esos sean americanos y, claro, hay muchos. No tienen una hermana trabajando de puta. No los persiguen los patrulleros. No mueren de frío en el invierno. Hay países. Tu país es un país. En España están todos locos. He pasado por ahí, es magnífico. Me hizo acordar de cosas que nunca viví, cosas de las que nunca me podré acordar.

¿POR QUE TE MOLESTA QUE HABLEMOS DE SEXO?

La genital analidad fijada al sensualismo fálico del fetichista concupiscente es la principal causa de la promiscuidad paidofílica propia de la zoofilia oral que se expresa en la precoz frigidez que es pulsionada por el incesto homosexual cuando rige la monogamia onanista siempre violada por los vejados celos del hermafrodita infiel.

Por consiguiente, el deseo clitorizado mariconea la verga del fellatio fláccido en orgasmos interruptus que, al penetrar el cunnilingus, manosea el lesbianismo pornográfico del exhibicionista. Es posible que existan otras mixoscopías que el voyeur masturba sobre el abuso deshonesto del edípico prostíbulo mientras los embarazados tampones del intercambio de parejas necrofílico excitan la virginidad impotente.

Esto quizá explique el feto que la venérea sádica eyacula sus espirales conceptivas en la orgía donde se van fornicando el flujo de la micosis y castrando la sífilis vaginosa del frenillo; todo el coito acompañado por una voluptuosa pulsión de travestidas fantasías que corrompen la virilidad del semen.

Toda esta sexual lujuria que el reproductor degenerado chupa en el esperma de la fimosis, se derrama so-

bre la uterina fiebre de la lengua. El siguiente seno es sometido por la fuerza mediante los condones del lascivo sida.

Una vez sodomizado el punto G, se repite el garche de los pomelos que el culo porongueaba en conchudas babas, la pija de los limones manoteaba el nabo en cajetas sobadas que el orto culea en los tajitos con la leche en polvos de guasca que lamen los testículos de las putas. El placer goza con pajas montadas en el choto de la yegua histérica menstruando cópulas y volteando anos pendejos bien rotos.

En coitos de saliva que el orgón contiene, las bolas del burdel pervierten pernadas muy dilatadas de la bisexual poligamia, siempre censurada por el obsceno glande que masajea los consoladores hasta acabar muñecas. Por eso, te molesta.

LA VIDA ES UN BAR
por Leo Nerón

La mesa y la ventana y el mozo que se pasea como el mundo, yendo y viniendo, llevando y trayendo los copetines, que son los únicos motivos por los que tipos como la gente se bancan ese estúpido paseíto del mundo.

El bar es para hacerse la rata

Es más: creo que lo único bueno que puedo contar son todas esas ratas que me hice en los bares. Desde los faltazos al colegio, pasando por el trabajo y llegando hasta la novia o pareja de turno.

Siempre lo mejor era no ir, llegar un poco más tarde, dejarlo para después. Y siempre cerca aquel gran amigo que te decía "dale, no me jodas, vamos a tomar un feca".

Pero faltazo, faltazo, fue ir al colegio. Fue una rata tan larga que me acuerdo de pocas cosas y eran pocos los profesores que me reconocían la trucha. Me habían puesto "el nuevo". En el Mariano Acosta hacía ranchada en el baño, pero en cuanto podía me iba a La Perla del Once, cuando era La Perla en serio y nos fumábamos unos tarugos que te ponían tan colifa que todos los chinchulines del cerebro salían rajando por los ojos y las orejas, y por los pasillos vacíos de tu mente sólo se escuchaban los taconeos aterrorizados de la paranoia

recién nacida. Que después se hizo grande, y a mí me crecieron ojos hasta en el agujero del orto para vigilar los movimientos de la silla. El Esteban, que era de quinto año, se daba supositorios de morfina en el famoso ñoba donde Tanguito también se daba entre barca y barcaza. Cuando Esteban salía del baño era un dibujito animado de un fantasma perdido en el tiempo: el quía ya no estaba en La Perla, caminaba por entre las mesas como si esquivara flechas de prana que —decía él— le tiraba la diosa Minerva desde el planeta Plutón.

Pero las verdaderas, las bizarras, las legendarias ratas yo me las hacía en el bar Los Leones, de Constitución, hace muchos años desaparecido en acción. Con el Buján, que era de Quilmes, batíamos los records mundiales de permanencia en el bar. Ahí prácticamente hicimos toda nuestra vida: empezamos con batallas navales, luego fuimos poetas, recorrimos el mundo sobre el mapa del manual de geografía, nos separamos en Francia y nos reencontramos en un tiroteo en Praga, planeamos asaltos y asesinatos, hicimos enormes listas de cómo gastaríamos los millones de dólares que nos encontraríamos en un maletín en la calle. Fuimos aventureros, y mujeres y amigos nos despidieron con lágrimas de todos los puertos del mundo y, en fin, cuando terminamos el secundario (mejor dicho, él terminó con nosotros), ya lo habíamos hecho todo y no sé Buján pero yo me seguí quedando en los bares, soñando con todas las vidas que no pueden ser porque la única vida que uno va viviendo lo obliga a uno a vivirla.

Las últimas rateadas me las hice cuando intenté hacer el ingreso en Psicología. Fue mi primera y única carrera. Me manqué en la largada. Pero el boliche, medio finoli, no me acuerdo el nombre, ahí por la calle Charcas, era todos los días lo más parecido a un rechifle en Caseros o Devoto. Ahí todo el mundo andaba por lo menos con sus cien o doscientos libros en la cabeza. Que Sartre va y que vuelve Nietzsche y por la izquier-

da se escapa Neruda. Yo me estaba leyendo a Henry Miller y batía historias bravas de cogidas para sonrosar a la Elisa y a la Mirta, a las que también les regalaba poemas de Maiacovski pero firmados por quien esta gilada te cuenta. Ahí vino la cagada del amor. Que siempre te duele y te deja medio boludo para el resto de la pelea. La facultad, la Mirta, la Elisa y los intelectuales me patearon. Se acabaron las rateadas. Ya no tenía el curro del estudiante. Ahora, me cago en Dios, había que ponerse a laburar.

Volver vencido al boliche del barrio

No te voy a decir que era angustia, sentimiento de culpa, desesperación. Pero sí bastante preocupado me seguí haciendo la rata, ahora en el boliche de Barracas. Todavía está ahí. En Montes de Oca y Uspallata. Se llamaba Kinteto. Era lo más. Paraban todos los pesados, medianos y hasta peso pluma de la Gran Fraternidad de los Truchos que vivían en los convoyes de Ituzaingó y que siempre andaban corriendo por los techos del yotivenco disparándole a la yuta. El elegante Pololo que cada dos por tres nos sacaba, mejor no enterarse cómo, de alguna comisaría. El viejo Chaina, que todos los días volvía de la estación Constitución con una valija pungueada y nos vendía corbatas o corpiños. El heroico Queso y Dulce. El peligroso Yoyega, la Negra Marta que era yiro sin ganas, el Gerardo que capitaneaba la barra de los más pendejos. Estaban hasta los pitucos: el Fede, el Alejandro, el Gus. Y los intelectuales, que vendríamos a ser el Omar y yo.

Hacíamos continuado: matinée, tarde y noche. Los mil veces malditos avisos clasificados de *Clarín* siempre estaban sobre la mesa para apoyar sobre ellos los escritos que me mandaba para justificar mi larga ausencia por el mundo. No quedaba más remedio que hacerse escritor. Fue toda una vida, mientras me sentaba a esperar que el barco de las aventuras me viniera a buscar pa-

ra transportarme hasta las legendarias leyendas soñadas por todos los niños que fui cuando tuve la suerte de ser niño.

Formábamos una hermosa familia de vagos. Todavía me acuerdo del olor del mundo mirando por la ventana. Era un olor que te ponía de punta los pelos del corazón. Y ahí discutíamos las giladas del mundo, sanamente se hablaba mal del que no estaba, cada tanto un roscazo y algunas veces una de esas charlas que si Buda o Shakespeare las escuchaban seguro que se las copiaban. Con Omar nos mandábamos aquellas caminatas jurándonos un mundo apasionante que después, como todo, iba a llegar pero congelado. Yo estaba ya medio boludazo y en vez de aspirar a una fresca, jugosa y romántica conchita barraquense me croqueteaba con ser un escritor famoso para que, algún día, una literaria, psicoanalizada vagina palermitana la pusiera entre el chamuyo.

Y, de repente, el mundo vino a buscarme. El Omar un día desapareció para siempre de todas las calles y avenidas del planeta. Los muchachos fueron cayendo presos o consiguieron un empleo en el banco. Así como después una mujer me llevó a Brasil y otra a Amsterdam, del barrio también una mujer me arrancó de cuajo. Partir del barrio es emigrar para siempre. Ni aledaños de colegios, ni aledaños de nadie. El centro es la tierra de los parias.

Los bares son un mapa

Yo andaba con mis largos veinte pelotudazos años. Y, si sabés para dónde iba, contámela, así me escribo una carta para avisarme. No servía ni para robar un choripán. Trabajar o estudiar eran deportes que mi debilidad medular me impedía realizar. ¿Qué quedaba? Seguir esperando en los boliches. Pero en el centro, hasta que le agarrabas la onda, no te digo que era imposible como escapar de un laberinto de Borges, pero era rejodi-

do. El bar Eros era el aguantadero. Ya no está. Y enfrente, el Cultural, el lugar del chamuyo. Tampoco está. Era la zona del bandidaje con tiros y batallas campales. Te cruzabas con los que venían de vuelta por tercera vez de donde vos ibas.

Por todo ese sendero se cocinaba mucho teatro y se asaba poesía. Se cogía tupido. Se planeaban todos los quilombos que después pasaron. Yo viajaba mucho a la comisaría y, una vez, me tomé un Larga Distancia desde la Academia hasta Devoto, con parada en Tribunales.

En esos bares aprendí a que las mujeres me miraran y a que los hombres me escucharan. Pero si me decís de algo útil, no tengo ni mu para decirte. Del bar Eros tuve un largo viaje. Un amigo me presentó a su novia y con ella me fui años después a donde ella conoció a un amigo mío y se fue con él a Italia, y yo, poco después, conocí a la mujer con la que me fui a Amsterdam y ya los bares en el extranjero no eran lo mismo. Uno se sentaba en una mesita de un bodegón de San Remo o de Madrid y sonreía complacido recordando a aquel tipo que en la mesita del Kinteto soñaba con viajar hasta el otro punto del universo para sentarse en la mesa de un bar a seguir esperando que de una buena puñetera vez suceda alguna cosa interesante en este podrido mundo.

YO TENGO MIEDO
por Elsa Cicuta

Encima de que los tipos del palo andan todos merqueados y no saben ni dónde la ponen ni tienen nada que poner, encima de que mi vida corre peligro porque todos quieren conocer mi verdadera identidad para masacrarme; encima de que en los últimos tiempos he estado pésimamente chupada, arriba o abajo de todo eso capaz que ni siquiera puedo hablar, por ejemplo, de la Gabriela Toscano que (ay, cómo la envidio) anduvo jugando con el toscano de Fito (mi amor imposible), claro que después se pasó a la Primera B y se fumó el cigarrillo de Fernando Zamalea. Amiga Gabriela, te doy un consejo de vieja groupie que soy: después de los músicos vienen los plomos.

Que es la mejor, porque esos te la ponen en serio; las estrellas van a lo suyo: vos todavía no te mojaste y ellos ya están fumando el de después.

El que me encanta porque es un sincerote es el Omar Chabán. Al turco le gusta que se la chupen y ninguna otra cosa. No se anda ni por las ramas ni por las tetas. Te deja entrar gratis, te convida unas copas de un pésimo vino y, en cuanto puede, como el Fantasma de la Opera, te arrastra a algún siniestro rincón de Cemento. El que es insoportable es el de la Nave Jungla, el Sergio Eisenstein. Te mira como si estuviera chupando una

milanesa de pulpo, en dos segundos te sentís encerrada dentro de un camisón de baba. No sólo Hollywood nunca aprenderá: el Sergio tampoco.

El nivel de todo es tan bajo que un buen truco para que nadie te joda es hacer correr la voz de que tenés sida, que curtiste con Miguel Abuelo, y así evitás que te ganen por cansancio y un taradito de esos te obligue a hacer un buchecito en la boca y escupir la miseria sobre esas sábanas tan feas que hay en los transitorios. Pero esto se acabó, ahora estoy enamorada: envejeceré como corresponde, seré fiel, y haré todo con mi amorcito mientras pienso en cómo me la pone o me la saca uno de esos tipos que nunca conocí y que hoy sospecho que no existen.

UN MAL VIAJE DE LECHITA
por Leo Nerón

Hay dos teorías sobre por qué Lechita se llama justamente Lechita. Dicho de otro modo: por qué cuando escucha que le gritás "¡Che, Lechita!" se da vuelta y contesta en vez de seguir de largo.

Está la teoría del Anestesio, que le gusta mandarse la parte de que sobre cualquier cosa él siempre sabe algo. Anestesio afirma que la madre de Lechita estaba tan remachadamente colifada y del tomate que el tornillo lo tenía pero lo que no tenía era dónde atornillarlo, y que entonces en vez de leche le hizo mamar a Lechita cuando era bebé un licuado de esquizofrenia tremens. El Datura es más concreto: según su versión la madre le daba mamaderas de leche de cebú con floripondio.

La versión de la Pepa es la más romántica: Lechita no tiene semen, es meszcalina.

Era una época mística, no como ahora que todo el mundo anda sin ideales. Después del escándalo que hizo Lechita con los sufis, cuando el Idris Shah quedó medio piantado, el quía se hizo famoso y, quien más quien menos, todos curraban con la leyenda de Lechita.

El dueño del bar Satori lo tenía de invitado gratis permanente porque se le llenaba el boliche de brujas y periodistas. El dealer del barrio vendía pedazos de ca-

misetas llenas de sudor de Lechita. Y la gente lo compraba, loca, y decían que el sudor de Lechita pegaba como el crac.

Nosotros, la gente más fina, vivíamos de las apuestas. En cuanto caía algún gringo a Santa Teresa empezábamos la opereta. "Yo conozco a un tipo que se comió un sapo dentro de un pan", arrancaba el Anestesio. "Yo conocí a uno que se comía el vidrio de dos botellas de champán en diez minutos", la seguía el Datura.

Hasta que el Trufa, canchero, embocaba el anzuelo: "Pero si acá a la vuelta en la siompe de Luciano vive un quía que se toma veinte ácidos como quien se empina un trago de cachaça".

Todos saltábamos a discutir, el gilún también, y al toque surgía la apuesta. Los trips los ponía el quía y Lechita se los iba morfando como si fueran maníes leyendo el *Jornal do Brasil*. Nosotros, que ya la sabíamos de memoria, en cuanto Lechita se mandaba el primer bostezo nos agarrábamos a la mesa y nos dejabamos estirar como chicles globo en una burbuja grande, grande, grande, hasta que, cuando la burbuja tenía el tamaño de la luna y explotaba ocho horas después, se lo reanimaba al gringo y directo a la ventanilla a cobrar.

Hasta que nos pasó el bardo con los dos canadienses, que hasta salió publicado en la *Rolling Stone*. Eran dos turistas platudos y superdesconfiados. Nos citaron en el Hotel Othon (un cinco estrellas de aquellos) y sacaron un frasco con un líquido anaranjado. Era como medio litro de Sunshine una gota de aquel LSD. Lechita inspeccionó el frasco y se mandó un largo trago.

—Murder, murder! —gritaban los canadienses.

Lechita quedó catatónico, una estatua de piedra. Fue el julepe más fuerte de toda mi vida. Si el gran astronauta lisérgico había quedado así, ¿qué nos pasaría a los marineros?

El error que habíamos cometido era terrible. ¡Lo habíamos llevado de mañana! Y Lechita a la mañana es co-

mo la nada, funciona con su piloto automático. Lechita no estaba con nosotros en el Hotel Othon sino que seguía durmiendo en la siompe de Luciano, y nosotros nos trajimos el envoltorio vacío.

Lechita era un avión volando a cinco mil kilómetros por hora y sin piloto.

Yo me la pasé liviano. Quedé embarazado y tuve un largo parto de seis sillas de cedro y catorce platos de porcelana. Anestesio se convirtió en una pileta de té con leche en donde flotaban los cadáveres de todos sus antepasados. El Canadiense Con Suerte quedó atravesado entre las moléculas de la pared, viajando en el infinito universo de una baldosa. Al Canadiense Sin Suerte se le separó el cuerpo completamente. Los pies salieron corriendo a las manos, los ojos se miraban entre sí, la boca se escondió dentro del culo y charlaba mierda.

Después del parto lo mío se complicó un poco. Empecé a nadar entre millones de babosas, una tonelada de cucarachas blancas y un millón de mariposas negras. Mientras andaba entre esos aleteos y chirriales, Lechita se despertó en la siompe, se desayunó, y se subió a la cabina del cuerpo que tenía tirado en el sofá del Hotel Othon, desconectó el piloto automático y dijo: "¿Qué historia hay?".

El Canadiense Con Suerte salió al toque de la pared pero juntarlo al Canadiense Sin Suerte nos llevó toda la tarde, y no sé si lo juntamos bien. Igual, los dos Canada Dry fueron derechito al loquero, donde se tomaron unas vacaciones de como un par de años. Del gringo Sin Suerte nos quedó como recuerdo una oreja que nos olvidamos de ponerle. La domesticamos y medio nos encariñamos. La oreja iba de aquí para allá y no molestaba, hasta que un día se puso a hablar y entonces fuimos hasta el loquero y se la devolvimos al Canadiense Sin Suerte. Vaya uno a saber lo que la oreja le contó de lo que escuchó.

Desde esa vez nunca más hicimos apuestas.

¡A COGER QUE SE ACABA EL MUNDO!
por Mike Calypso

Extraordinario país, los Estados Unidos. (¿País? ¿Zoológico? ¿Nave espacial? ¿Manicomio?) No sólo pasa de todo, todo el tiempo, sino que además hacen todo el tiempo encuestas sobre todo lo que pasa. En septiembre del año pasado, la empresa Gallup, capaz de pronosticar con sus encuestas quién será presidente en el año 2014 o de averiguar cuántas luciérnagas hay en Oregon con un error del 0,7 por ciento, realizó una investigación sobre el tema de la sexualidad.

El trabajo fue encomendado por un grupo de psicólogos, sociólogos y antropólogos pertenecientes al S.L., Scientific Liberty. El extenso cuestionario estaba preparado para conocer las costumbres sexuales de la población norteamericana. El muestreo fue realizado entre 11.540 adultos en las ciudades de San Francisco, Nueva York, Chicago y Washington.

El 69 por ciento de los entrevistados confesaba no tener un promedio muy elevado de relaciones sexuales. Ante la pregunta "¿Por qué cree usted que no tiene relaciones sexuales con mayor frecuencia?", éstas fueron las respuestas:

- *Porque tengo relaciones a cada rato, 5 por ciento.*
- *Porque detesto esa actividad, 7 por ciento.*

- *Porque nunca tengo ganas, 12 por ciento.*
- *Porque no me enseñaron, 13 por ciento.*
- *Porque no tengo tiempo, 30 por ciento.*
- *Porque tengo mejores cosas que hacer, 33 por ciento.*

Las conclusiones son obvias: la falta de tiempo y la creencia de que existen actividades más importantes son las razones fundamentales que explican esa baja frecuencia de actividad sexual.

La siguiente pregunta de Gallup apuntaba a descubrir cuáles son esas actividades que el 33 por ciento de los entrevistados consideraba más importantes:

- *Asistir a un partido de béisbol, 11 por ciento.*
- *Ir al cine/Mirar televisión, 16 por ciento.*
- *Escribir libros/Reparar techos/Etc., 22 por ciento.*
- *Encontrar a Dios, 23 por ciento.*
- *Hablar con el terapeuta, 28 por ciento.*

Las siguientes conclusiones son más obvias que las anteriores: el béisbol, los filmes, los techos rotos, Dios y Freud son los responsables de que los americanos no tengan relaciones sexuales más frecuentes.

Las respuestas más sorprendentes, sin embargo, son las que corresponden a la tercera pregunta de la encuesta:

"¿Qué suceso debería acontecer para que usted tuviera relaciones sexuales más frecuentes?"

- *Que mi madre perdiera la memoria, 5 por ciento.*
- *Que la violación se legalizara, 7 por ciento.*
- *Que los cementerios no tuvieran vigilancia, 21 por ciento.*
- *Ser director de un colegio primario, 24 por ciento.*
- *Que viniera el fin del mundo, 43 por ciento.*

Conclusión inevitable: la fantasía del fin del mundo es la más generadora de fantasías eróticas entre los entrevistados.

Finalmente Gallup interroga a ese 43 por ciento de findelmundistas sobre qué tipos de relaciones sexuales emprenderían en caso de conocer con anticipación el advenimiento de alguna catástrofe mundial:

- *Violaría a Dios y a María santísima, 7 por ciento.*
- *Violaría solamente a seres humanos, 9 por ciento.*
- *Aprendería contorsionismo, 12 por ciento.*
- *Me haría homosexual, 31 por ciento.*
- *Me haría heterosexual, 31 por ciento.*

El antropólogo Roger Philips, perteneciente a la agrupación Scientific Liberty, reflexiona sobre esos resultados: "En todas las culturas antiguas está demostrado que tiene que ver con la sensación de una experiencia límite: la pulsión de muerte es la que posibilita la intensidad del deseo y el quántum de satisfacción. En ese sentido, Ronald Reagan colma las expectativas de esta época al generar fantasías de destrucción total, y esto explica la popularidad creciente del presidente. El proyecto Guerra de las Galaxias es esencialmente erótico, porque cristaliza la imagen onírica de un viejo deseo humano de gozar sufriendo".

El *New York Times* en su edición del 19 de agosto de 1986 explicita en su editorial: (...) "La encuesta Gallup sobre sexualidad en los Estados Unidos ha demostrado que los modernos motores a reacción del futuro están propulsados por el antiquísimo combustible que es el reprimido deseo humano de liberarse de sus propios controles y autodestruirse".

La repercusión de la encuesta Gallup alcanzó todos los estratos de la sociedad norteamericana, y una buena prueba de ello es el número de noviembre de la revista *Rolling Stone.* En esa edición, en un extenso reportaje, Bob Dylan declara sobre ese tema: "El error no está en adjudicarle algún significado especial a la encuesta Gallup, sino en adjudicarle significado a cualquier cosa".

Por otra parte, la Unión de Amas de Casa Bisexuales publicó una solicitada en el *Herald Tribune* donde se denuncian los intereses ocultos de Scientific Liberty: "Nosotras creemos en el fin del mundo, como americanas que somos; pero nos despiertan sospechas aquellos que pretenden especular con el después. Cuando no quede nada, ni piedras o lagartijas, ¿van a intentar igualmente disociar el concepto de familia, atomizar la conciencia americana?".

Gallaghan, secretario de Defensa, fue expeditivo en sus declaraciones: "Es anticiparse a la evolución de los hechos hablar de un fin del mundo antes del año 2000. En todo caso, nosotros tenemos una política findelmundista radicalmente diferente de la de los demócratas. Nosotros decimos: ni siquiera el estallido del universo podrá torcer el rumbo de nuestra política exterior".

EL TAMAÑO DEL MUNDO
por Lewis Carroll

—Era un niño tan, pero tan pequeñito, que era el niño más pequeñito que había...

—¿Y qué le pasaba?

—Nada: era tan, pero tan pequeñito, que nunca le pasaba nada.

El recuerdo más intenso que tengo de cuando era niño, antes de aprender a hablar y a entender los complejos códigos que utilizaban los adultos, es la fuerte impresión que me provocaba el tamaño de las cosas. Todo me parecía desaforado. La imponencia de las puertas y un poco menos de las ventanas, la infinita extensión de los pisos y los techos.

Lo peor de todo eran los movimientos súbitos de las cosas. Cualquier cosa más o menos grande (una persona adulta, un caballo, una bicicleta, una puerta) que se moviera inesperadamente a mi alrededor me daba la impresión de que el mundo se me venía encima, que nada era estable, que no se podía confiar en nada que estuviera quieto. Cuando aprendí a caminar tuve cuidado de vigilar los objetos a los que me asía para pararme o sentarme: vigilaba durante un largo rato una mesa hasta convencerme de que no iba a saltar en cuanto la tocara.

Poco a poco aquella emoción se fue perdiendo y me fui acostumbrando a la idea de que todo estaba moviéndose, todo el tiempo, sin que los adultos parecieran notarlo. O —peor aun— quizá simularan no darse cuenta. No sólo se movían sino que, además, cambiaban de tamaño constantemente de acuerdo con las circunstancias.

Cuando estaban presentes mis tías o abuelas, las mesas, las sillas y el resto del mobiliario mantenían una estructura más o menos fija, pero en cuanto se iban y me quedaba solo, duplicaban o a veces triplicaban su tamaño. Si les pegaba cuatro gritos, entonces se achicaban. Fue a partir de los cuatro o cinco años que adopté la costumbre de andar siempre solo por todos lados. Porque las cosas se comportaban conmigo con mayor espontaneidad y dignidad que con el resto de la gente. Fui comprendiendo que vivía en un mundo muy misterioso, donde era necesario que cada una de las cosas existentes contara mentiras continuamente para que el todo pareciese verdadero.

PARA QUE MIERDA SIRVE LEER
por Leo Nerón

El avance de la computación, la síntesis cognoscitiva e informativa que todos los días un lector medio hace del mundo a través de un vistazo veloz de los títulos en los grandes diarios ha despertado la preocupación de culturólogos y sociólogos. Quizá estemos asistiendo a la muerte de la Era del Libro. Los contenidos informáticos se expresarán en el futuro con imágenes y no con palabras, con números y no con novelas, con fórmulas y no con ensayos. Si la solución no depende de uno, quiere decir que el problema es ajeno.

Observemos atentamente ese copete. Se inicia con una presuntuosa redundancia adjetivante (y a propósito reincido en el delito). ¿Qué clase de elegancia puede tener una síntesis que es "cognoscitiva e informativa"? El que mucho manotea adjetivos, en la funda no tiene chumbo. Después lo de "lector medio": ponele Pedro, o por lo menos los García de la guía. Es el mismo truco de "la mayoría piensa que" o "está debidamente demostrado que". Y encima después se diferencian palabras, imágenes, números, fórmulas como si no fueran todas ellas distintos códigos de la misma clave.

¿Y el título?

1) Para qué
2) mierda
3) sirve
4) leer.

Unidad 1: *¿Para qué?* ¿Cómo para qué? (No, gracias, yo como pastas.) ¿Por qué para qué? ¿De dónde vino (no, prefiero ginebra) y adónde va para qué? "¿Por qué?" es policial; "¿Para qué?" es moishe.

Unidad 2: *M...* Pasemos por alto ese vulgar sustantivo adjetivante que los epistemólogos de jardín de infantes de esta revista se empecinan en utilizar y pasemos a la

Unidad 3: *sirve.* Se le ve la hilacha. ¿Servir a quién? Nadie es siervo de nadie, yo no sirvo para nada y con mucha honra, y si querés que sirva en vez de escribir hacete almacenero, atorrante.

Unidad 4: *leer.* Esta palabra es interesante. Es toda con e. Leer: ele, e, e, ere. *Eleeeere.*

Probemos

El cuestionamiento de Juan: *Eeleceueeseteioeneae-meieeneteo dee jotauaene.* Usted ve vocales y lee consonantes. Las consonantes son ovnis. No existen. Escúchese hablar: vocalea y no consonanteà. ¿Es que la ce suena como la "shhh" de la serpiente? ¿Y la hache de dónde salió? Hache: *hacheaceachee.* La erre de ron ron gato, la te de tartamudo, la eme de mugido, la jota del "jjjj" de la pantera.

Los animales se juntaron con sus pe ele be ere y pusieron en el medio una A.

Final de nota

"El colon de Renán no era ascendente" es el título del poema de Heinrich. Mientras el interés te mantiene atrapado, seguís la lectura o te suelta, te dispersa, te ol-

vida. Y no hay que exagerar con este mensaje para que dejes de leer y mires a tu costado a ver si hay una coñuda cosa que esté pasando por ahí, tío. Por aquí, todo igual.

Para qué va a servir, para joderte la vida.

LA CARTA DESDE SAN FRANCISCO SOLANO
por Daniel Khon

Esta cálida y vertiginosa localidad sureña de la posmo provincia de Buenos Aires es un clon de la legendaria San Francisco de Henry Miller, los Dead Kennedys y toda la experiencia psicodélica. Al igual que el fenómeno que surgió en la decada del 60 en la costa oeste de los Estados Unidos, en estas marginales llanuras del under argentino están surgiendo los auténticos exponentes de la cultura alternativa.

Invitado por la productora Los Federicos S.A., tomé el Cañuelas cinco estrellas que parte del terropuerto. En la estación Constitución fui recibido por una jauría de fans vestidos con la nueva moda *mendigos dark* impuesta por el grupo posdark Comisario Gonzáles. Hubo en la terminal, calle polvorienta y bar estilo viejo oeste, un espontáneo pogo en el que nos manotearon los bolsos, los bolsillos y hasta los bultos más íntimos.

En esta selecta beach todavía no hay hotelería, como en la épica Buzios de los 60 o el Cabo Polonio de los 80: hay un exclusivo party para algunos afortunados pioneros. Nos hospedamos en la casa del Moncho que, en cuanto entramos, sacó toda la ferretería, se tiró cuerpo a tierra y comenzó a teatralizar un complejo espionaje por puertas y ventanas, en una onda paranoica tipo Sonic Youth.

El coctail con tetrabrik y pastenaca que curtimos los periodistas poco antes de iniciarse el festival me despejó las dudas sobre la onda que íbamos a curtir: algo duro, con sonido metálico.

El recital comenzó con los Comisario Gonzáles, grupo que tiene perfectamente justificado su nombre. Efectivamente, la productora Los Federico S.A., cuyo manager es el comisario (en retiro efectivo) Efraín Gonzáles, puso a disposición de los ejecutantes toda la tecnología necesaria para que los muchachos cantaran hasta lo que no sabían.

A continuación salieron los locales, Los Fusilados de Solano, que realizaron una demoledora demostración musical duramente abucheada por los uniformados del pogo.

Finalmente, Artane fue el digno cierre. Sus dos hits "Salí afuera" y "Tomá para tener" llevaron al público a tal paroxismo que nadie quedó de pie.

Es una pena que no pueda enviarles fotos del evento, porque nuestra fotógrafa Hilda fue rodeada por una horda de fans que quisieron llevarse sus prendas de recuerdo, además de sus equipos, pagándole a cambio con esas sustancias típicamente masculinas. San Francisco Solano es un exponente de la hipermovida de los 90 de la que tanto habla el suple. Aquellos que afirman que los festivales épicos ya son pura leyenda tendrían que estar aquí, con nosotros, encerrados en la comisaría, junto a los músicos y los miembros de la productora, asediados por docenas de fans, mientras se escuchan por los walkie talkies los desesperados llamados a la gendarmería y el ejército para que vengan pronto a rescatarnos.

Un abrazo. Pronto nos encontramos en Miami.

LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE LA COCAINA Y NUESTRA ALOCADA MISERIA HUMANA
(Escenas después de la décima raya)
por Mike Calypso

Los que prometen

El toque mágico inca nos hace descubrir los valores de nuestros amigos y nos permite convertirnos en sus mecenas.

¡Loco, estos poemas son geniales! No puede ser que no hayas publicado nada... Mirá, vos sabés que yo soy duro para dar, pero esto que te voy a decir es un compromiso: te los voy a editar y lo vamos a hacer con todo. Una tirada de cinco mil ejemplares, buen pelpa, buena tapa. Pensate un ilustrador. Mañana... no, mañana no. El miércoles, llamame el miércoles que ya te voy tener un presupuesto armado.

Y nos hace saltar por encima de nuestras miserias sexuales.

Mirá, Laura, vos sabés que yo no necesito hacerte ningún rollo. Me conocés. Pero independientemente de que cojamos o no —eso ni hablar, eso pasa o no pasa—, quiero darte una mano, te voy a conseguir laburo. Mañana lo llamo a Grinbank y te consigo algo, algo bueno, no puede ser que andes así. El miércoles te llamo.

Y nos permite también regalarles asombrosas propuestas a nuestros amigos.

Loco, me pelée con Bettina. ¿Viste que me iba a ir con ella a Rio para poner el boliche? Tengo dos pasajes: te venís conmigo, se acabó tu miseria. Las minas, viste, cuando te copan, te ciegan, pero ya se terminó esa pesadilla... Eso sí, ponete las pilas, este mismo miércoles te acompaño a sacar el pasaporte, si te dejo solo vos no movés el orto...

Pero fue un miércoles fatídico para todos.

El poema no era tan genial.

Ah, ¿qué hacés, loco? ¿Qué hacés llamando a esta hora? Sí, ya sé que te dije que me llamés, lo del libro, sí. Pero no me vuelvas loco, esperá, hay que esperar. Estamos muy cerca de fin de año, tenemos que dejarlo para marzo... Tranquilo.

No sabemos si hubo o no hubo sexo, pero...

¿Laura? ¿Qué hacés, perdida? Sí, claro que me acuerdo, pero ando con unos quilombos terribles, no pude todavía hacerme tiempo para verlo a Daniel... No sabés cómo ando, si querés pasarte esta noche por casa te cuento... tengo una buena merca.

Tampoco se fueron juntos.

Volvió Bettina. Esta hija de puta me vuelve loco, vos sabés cómo es eso... Nos vamos la semana que viene a Rio, pero no te calentés: en cuanto el boliche esté marchando, te mando un pasaje...

Durante un rato que parece eterno, todo lo que se dice se cumple al enunciarlo. El prometedor se retira con la conciencia tranquila porque ya lo regaló al decirlo. Se siente amplio, generoso. El prometido aprende a ser más duro. Los prometedores son la peor casta y la promesa no cumplida es un pecado excomulgante.

Los regalones

Al tomar contacto con nuestra electricidad mental, la Diosa Blanca produce una implosión psíquica, generando una suerte de agujero negro en los contenidos de la memoria; entonces la energía se libera y nos permite liberarnos del molesto peso de este mundo.

¿Te gustan mis anteojos? Son relocos. Te los regalo... son tuyos, de onda.

Tomá, llevate esta drapie para que curtas con tu minita...

¿Están tristes? Tengo la mosca del alquiler, pero... ¿quién paga el alquiler de este momento? ¡Mozo, champán para todos!

Se regalan objetos que nos acaban de regalar. Se regalan objetos que no nos pertenecen pero que están ahí. Se regalan objetos de valor a personas muy amigas, a personas desconocidas y a personas que se desprecia profundamente. Se presta dinero que se necesita, se ofrece la casa a dementes que la destrozan, se ofrece la mujer para que se la quiera coger el peor. Los regalones no abundan como los bagres, pero tampoco escasean como las ballenas. Y los pillos saben reconocerlos, saben que la maldición inca abre la caja de caudales de esos corazones sensibleros.

Che, qué corbata copada... Es italiana, ¿no? No se puede creer, es el sueño del pibe... ¿Me la puedo probar?

No tener unos mangos para tomarse un champán...

¡Tenés todos los libros de Bukowski! Qué loco, hace meses que me muero por leerlo...

Los transeros saben que nunca hay que ir de merca a la casa de los merqueros. Hay que ir frío. Al rato, el que vendió no sabe si le pagaron o cuánto tiene que pagar, si le dieron el vuelto o si el canuto de cien dólares con que aspiraban era suyo o del que se fue y se lo llevó.

Pero al rapiñarlos, los truchos le evitan a los regalones la miserable posibilidad de convertirse en prometedores.

Cada cual, cada cual a su juego

Mágicamente, cada tipo que se toma una raya se transforma en el más sabio, en el más cogedor, en el que tiene más derecho a hablar. Pero, por sobre todo,

cada tipo —hasta el más idiota— intenta convertirse en un feroz manipulador. Bajo el poncho de todas sus conversas, cada uno lleva el facón de su interés.

Che, vamos a casa así tomamos tranquilos, este bar es una pálida... Allá charlamos, tengo un whiskicito... Y de paso te muestro las fotos que estoy haciendo, son unos laburos alucinantes...

A veces la Brisa Blanca genera una mística tendencia a buscar las transgresiones existenciales que nos deparen mayor conocimiento.

Concha, chupar culito, puta, concha, chupar pijita, lindo, fisura, lindo, chupada, chupadita pijita...

Cuando la cocaína es punto Nueve, las conversaciones se tornan metafísicas. Si la última palabra que se terminó de pronunciar fue "tirabuzón", durante diez minutos se hablará de: a) tipos de tirabuzones; b) anécdotas con tirabuzones; c) versiones científicas sobre el origen y el destino de los tirabuzones. Hasta que alguien encuentra la pausa justa (cuando todos se van a tomar una raya) para comentar de punta a punta la película alucinante que vio el día anterior y que desde hace dos horas es lo único que quiere contar. Y justo en la escena de los tiros otro lo interrumpe con una cita de Borges o de Tusán en contra de la violencia. Palabras masticando palabras que mastican el vacío de toda la conversación.

¿Y las mujeres? ¡Ahh, las mujeres!

¿La cocaína tiene corazón femenino o la mujer tiene corazón de cocaína? Ellas son droga en sí mismas; no toman para hacer algo o dejar de hacerlo y —ni lo sueñes— para coparse con vos.

Isolda es divina. Siempre pasa a visitarte apurada porque tiene que ir a la facultad o tiene que encontrarse con el novio. Pero vos ya la conocés: le invitás un toque y con su vista de lince ella mira el papel... "¡Cinco!", sintetiza la computadora, y al toque de darse el toque Isolda llama por teléfono y cancela hasta el examen que

tenía en la facultad. Se queda con vos tomando, tomando te acompaña a encontrarte con la minita que capaz que hoy te curtías pero que cuando la ve a Isolda que te acaricia y te da besitos, rayadísima, se toma el piro. A las cinco de la madrugada, justo a la hora en que el papel quedó vacío, Isolda, haciéndote sentir culpable, se escapa corriendo a arreglar los quilombos que dejó para estar con vos porque te quiere. La divina Isolda.

Marlene es muy inteligente. Recontra inteligente, labura, escribe, discute con pasión y reflexiona creativamente. Pero se toma cuatro líneas y se cree maestra zen. Habla de memoria, repite lo que pensó hace ocho años y todo lo expresa con una agria solemnidad autoritaria. No para de hablar: a la octava línea te cuenta sus estúpidos problemas y cada vez que hablás está esperando que termines de decir la gansada que seguramente estás diciendo para retomar la huevada que te estaba contando. La inteligente Marlene.

Gretel es una viciosa sexual. Tiene esa cara de ramera, es una geisha. No habla: susurra saliva. Te muestra las piernas, te refrega la bombacha mojada de sus ojos contra la dura pija de tu desesperación y, a medida que transcurre la noche y el papel, se las irá ingeniando para evitar el enchastre sexual que tanto te gusta.

Una polémica casi epistemológica

Gran parte del tiempo se discute si la merca te usa o si vos la usás, si hay que parar cada tres días o si conviene cada tres años, si conviene tomar alcohol, si el bajón hay que curtirlo con sexo o con lexota. Todos aseguran tenerla controlada mientras te revientan la puerta a patadas a las cinco de la mañana para pedirte una línea o venden la TV para comprar diez mogras. Todos están de acuerdo en que la merca los hace más creativos, que trabajan más, que cogen mejor. Duros como ladrillos ni crean, ni cogen, ni —por suerte— trabajan.

Los diez mandamientos

1) Jamás pedir una línea.
2) Jamás convidar a un miembro del sexo opuesto.
3) Jamás quedarse un rato más para ver si ponen.
4) Jamás irse porque parece que no van a poner.
5) Jamás hablar de cocaína mientras se toma cocaína.
6) Jamás insistir cuando te dicen "no".
7) Jamás ir al baño a darse un saque de canuto.
8) Jamás pedir un poquito para el camino.
9) Jamás convidar para que se queden.
10) Jamás dejar de convidar para que se vayan.

Y un último consejo: nunca digas "Yo no tomo más" sin luego aclarar "...ni menos".

S.O.S. DEL SAMURAI
por Leo Nerón

El samurai me tenía podrido:

—¡Rudy, detenete! ¡Rudy, no te sigas pajeando!

Así que en cuanto pude aproveché su ausencia, me instalé cómodamente en el inodoro y preparé mis manos para la aventura.

Cerré los ojos y me imaginé a mi amante imaginaria de siempre, que cambia constantemente su rostro y las formas de su cuerpo mientras la poseo. No era yo quien la gozaba: era un cabecita negra bien fornido, con una pija calibre Magnum, labio leporino, mirada torva y una delicada baba cayendo desde la comisura de sus labios.

Maristein, versión femenina de Frankenstein (tetas italianas, culo brasileño, concha sueca y boca africana) jadeaba quejosamente.

El negro se agitaba como una pantera pero —quizá pasado de merca, víctima del alcoholismo, homosexual encubierto o simple protagonista de una mala noche— no conseguía parar su enorme pene.

Entonces el negro, poniéndola de espaldas a Maristein, para que no lo viera, cerró los ojos y se imaginó un harem en Bagdad, con un jeque que era dueño —ponele— de setenta y cinco potras, veinticinco potrancas y quince potrillos y se hacía chupar la japi por todo el harem al mismo tiempo, sintiendo ciento quince bocas

con sus ciento quince lenguas y sus doscientos treinta labios chupando sincronizadamente todo su cuerpo. La formación de bocas trabajaba en equipo y aquella caricia era como escuchar la orquesta sinfónica de Estambul tocando dentro de tu oreja.

Pero quizá afectado por el mal del agua (arrugamiento y caída de la piel por exceso de contacto con el agua), aburrido de tanta saliva o angustiado por las sensaciones cósmicas que aquellos orgasmos le producían, el califa o jeque no se calentaba y le pedía al paje que le contara alguna historia excitante. El paje le contaba la historia del hombre que nació invisible que se daba todos los gustos. Atacaba a sus víctimas en todo lugar y ante cualquier testigo: mientras un marido penetraba normalmente a su esposa, el hombre invisible se la metía a la mujer por el culo, o cuando una cantante de blues empezaba su show, él le taponaba la boca con su poronga invisible. El hombre invisible se cogió a 5.850 mujeres y 135 hombres, cometió 18.765 abusos deshonestos entre fellatios y cunnilingus. Se cogió artistas famosas, monjas, mujeres policía, tenistas, diputadas, mujeres embarazadas, obispos y, lo que es peor, a todas sus hijas, hermanas, tías y primas, porque, total, ¿quién se iba a dar cuenta de que era él?

Pero quizá cansado de que nadie lo viera y no poder reflejarse lacanianamente en el espejo del otro, o víctima de un nirvana búdico que se puede desgraciadamente llegar a producir después de cien mil garchadas, el hombre invisible ese día no podía coger, así que cerró los ojos que no sabía si tenía y se imaginó a un samurai castigado por no haber cumplido uno de esos juramentos enquilombados que hacen los chinos o los japoneses, atado el maldito samurai a una mesa, desnudo el hijo de puta, con dos geishas preciosas chupándole su podrido pene y una cimitarra preparada para cortarle el susodicho miembro en caso de erguirse, así que el samurai cerró los ojos y gritó:

—¡Rudy, Rudy...!

Entonces el hombre invisible le dio la alarma al paje que le cortó el mambo al jeque que le pasó el aviso al negrazo trolo que me gritó, golpeando la puerta del baño, con la voz de mi madre:

—¡Rudy, no te sigas pajeando!

Y así fue como le salvé la vida al maldito samurai.

FESTIVALES DE ROCK: TOLSTOI TIENE LA CULPA
por Elsa Cicuta

El libro *La guerra y la paz* yo no lo leí. Vi la peli, que es muy larga, aunque las escenas de combates son muy buenas. Mentirosa, la peli, claro, porque hace quedar a Napoleón como un boludo. Y si hubo un tipo en el mundo que no fue boludo ese fue Napoleón. Los rusos lo único que tuvieron fue suerte, la suerte de tener nieve. Si en vez de nieve tenían pampa seca o llanura, Napoleón los arrasaba: los rusos no hubieran sido más rusos sino franceses y Hitler ganaba la segunda guerra mundial porque al entregarse Francia (cuyo territorio hubiera incluido la Rusia conquistada por el Napo) Alemania no necesitaba dividir sus tropas, y entonces a los ingleses se los comía con papas à la crème.

Tolstoi, a todo esto, también sería ruso-francés, y en vez de esa maldita "y" hubiera puesto la bendita "a". Es decir, como dios manda: *La guerra a la paz.*

La guerra es una obra de arte que resiste el paso del tiempo. Pasan y pasan las modas pasajeras de la paz y ¿quién se acuerda? Los guerreros son tipos piolas y los pacifistas son esos boludos que andan siempre contando gaviotas.

¿Y qué me decís de La Paz? Por culpa de la nieve rusa, ese bar de la calle Corrientes no se llama hoy La Guerra y, en vez de esos pajarones que se psicoanali-

zan o escriben, estaría lleno de malevos al estilo del Rufián Melancólico, que si me habré hecho pajas con ese auténtico superhéroe. No como el maricón quejoso del Martín Fierro. Cascioli se equivocó y en vez de ponerle *Fierro* le tendría que haber puesto *Cruz* a su revista. Cualquier gaucho arrogante es Fierro, pero ¿cuántos milicos se dan vuelta como Cruz? ¿Te acordás cuando te diste cuenta de que el Quijote de la Mancha capaz que era hidalgo porque andá a saber lo que es eso, pero que de ingenioso no tenía nada porque cualquier huevón te promete reinos y te llama princesa, hasta que te bajás la bombacha? Por eso yo de chiquita me bajé la bombacha primero, para no hartarme escuchando promesas. Yo que la Dulcinea me lo zampaba al Sancho que, con panza y todo, era un genio que veía lo que había y no se hacía ningún rollo. De Quijotes está lleno el mundo: si el tipo confundió un molino con un gigante, otro Quijote que lee la historia confunde al gigante con un símbolo del progreso y todo por la culpa del viento. Porque sin el viento no se moverían las aspas que un idiota ve como brazos y que otro idiota peor ve como símbolos. Qué símbolos ni qué lindos ojos que tenés: decime que tenés ganas de zamparme y a otra cosa.

Pero el viento no fue tan jodido como la nieve. Sin aquella maldita nieve rusa, no habría Canal de la Mancha sino el Canal del Führer separando la Alemania Continental y las islas del Gran Ario y al whiscola de Galtieri ni en pedo se le hubiera ocurrido ocupar las Islas Menguele y entonces no habría existido el Festival de Solidaridad y toda esa onda cacosa de los festivales por la paz (esa estúpida paloma que encima te caga la chaqueta de pana).

Basta de esa fantochada de festivales por los negritos de Africa: esos festivales que dan lástima por la lástima que le dan a los rockers esos negritos que igual Bush se los come como cornalitos.

Si quieren hacer una obra de bien, organicen un Festival por la Liberación de los Dealers en el Estadio Obras y con la finalidad de recaudar alimentos para esos verdaderos héroes del underground en cautiverio. Entrada gratuita. Cada espectador debe llevar un alimento: lechuga, yerba, chocolate, ravioles, hongos. Pero, cuidado. Atención muchachada: vos, Perica, Arturito, María Juana, Coca, Pepa. Les vamos a revisar la bolsa en la entrada: no queremos que haya tiros ni cortes; no se salgan de la raya, no pierdan la línea; no queremos darte un toque y mucho menos un saque. La fruta se pesará por kilo en la balanza, los ravioles por docena: no traigan otras pastas ni alimentos descartables, que después tapan los caños en los baños. Los músicos harán un buen papel y el éxtasis será para todos.

LECHITA Y EL COMETA HALLEY
por Leo Nerón

El quilombo que se armó con los dos canadienses que Lechita dejó mentalmente desintegrados cuando se tomó de un sorbo casi cuatro litros de Amanecer Púrpura (una de las variantes más psicodélicas del LSD) repercutió negativamente en las tranquilas costumbres de la sufrida pandilla de malandras que habitábamos las laderas del glorioso morro de Santa Teresa en Rio de Janeiro.

El Largo De Guimaraes, corazón vital de todo nuestro mercado psicodélico, se infectó de periodistas y de yutas. Se acabaron las apuestas, la venta de sudor santo y las estafas a los turistas.

Por otra parte Idris Shah, el capo de los sufis que quedó medio colifa después de un encontronazo con Lechita en Santa Teresa, pasó el chisme en el ambiente de los gurúes y entonces ni el Sai Baba ni el Bagwan ni el Maharashi iban a pintar ni mamados por la ciudad. Después de una larga discusión con el Floripondio, le mandamos una carta al gurú Maharashi en nombre de Lechita:

Estimada Eminencia:

Lo invito a que nos tomemos diez dosis de LSD cada uno y, mientras éstos actuan sobre ese potrero de pata-

duras que usted tiene por mente, yo le voy a sacar de la boca ese chupete que usted llama universo.

Con todo respeto,
LECHITA

La respuesta jamás llegó.

Estábamos mediando el año 1974 y la fuente invisible, el surtidor mágico que ponía combustible psicodélico en el tanque de nuestros viajes cotidianos, se estaba agotando.

Nos reuníamos en el bar Satori y ya teníamos esa cara de integrantes de un club de jubilados de la nostalgia. Yo me fumaba unos caños que parecían cañones, me tomaba diecisiete caipiras para bancarme la decadencia de nuestra industria esotérica. El Datura se seguía tomando esos cocteles de peyote y cucumelo que tanto le gustaban, pero ya no disfrutaba de aquellas paranoias descomunales que se agarraba sino que se la pasaba buscando a los aliados de Don Juan.

Floripondio estaba en pleno bajón y se la pasaba acosando garotas, perdiendo el eficaz estilo extraterrestre que tanto lucro nos había aportado.

Así estaban las cosas cuando aquella inolvidable mañana Lechita se sentó con nosotros. Yo no sé si te dije que el solo hecho de tenerlo cerca era lo mismo que fumarse tres pipas de opio. Lechita se tapó los ojos con la mano, cubriéndolos de los reflejos del sol, y dijo:

—El sol me tiene podrido.

El bar Satori quedó paralizado. ¡Había hablado! Hacía mucho que Lechita no hablaba. Imaginate un tipo que todo su tiempo tiene que ocuparlo en la digestión de cien mil ácidos; un tipo así no necesita hablar cuando quiere decirte algo: te lo mete en la cabeza de frente march.

Rápido de reflejos, el Datura le contestó al toque:

—Sí, el sol es un huevo frito...

—¿Cuándo es lo del cometa? —preguntó Lechita.

En esos días estaba de supermoda el cometa Halley, que iba a pasar por las afueras del planeta, y todo el mundo andaba croqueteado con ese asunto. En Santa Teresa —que estaba llena de místicos, esotéricos y clubs de fans de cualquier dios que se te ocurra— todas esas bandas estaban preparando una recepción ilustre para el vagabundo Halley. Ceremonias, bailes y otras troladas.

La pregunta de Lechita nos despertó del letargo. Hasta los que estaban en el fondo del Satori y no escucharon la conversa, olfatearon que se nos venía un negocio.

—Este sábado...

—Ahh —dijo, y se quedó pensando. Pensando es un decir, podría estar ahora caminando por Andrómeda.— Bueno, preparen todo para el sábado.

Y no dijo más nada. Ni falta hacía. Siempre era así. El nos tiraba una pista y nosotros ya sabíamos dónde quedaba la ventanilla del caballo al que había que ponerle todos los mangos. Iniciamos una espectacular campaña publicitaria anunciando que Lechita iba a provocar un fenómeno mágico en el momento del paso del cometa. Armamos el teatro en el Largo de Guimarães, con su espectacular vista de la Bahía de Guanabara, y nos cansamos de vender localidades preferenciales y populares. El rumor bajó por la ladera y llegó a Copacabana. Antes de que amaneciera, una caravana de pirados comenzó a trepar por las laderas del morro. Llegó una escuela de budistas de San Pablo y hasta apareció una bandada de yanquis, que nunca se sabe cómo hacen pero siempre se enteran de todo.

Además de la venta de entradas, instalamos otros negocios. Floripondio puso una mesita en la parada del tranvía con venta de ácidos, mezcalina y una lechuga berreta que él anunciaba como Cabeza de Preto, una bomba atómica bahiana que casi nunca llegaba a Rio. El

Anestesio —con su parla anfetamínica a cien mil por hora— vendía túnicas, vinchas y remeras blancas. Hicimos una fortuna.

A las tres de la tarde el barrio era un hervidero de hippies, pirados, drogones y toda clase de locos.

A las siete de la tarde, cuando teníamos el sol casi frente a nuestra plaza y empezaba su paseo hacia el otro lado, para ir a joderle la vida a la gente de la China, a esa hora estaba todo el país.

Fue entonces que Lechita me hizo una seña y, de repente, como cuando un jumbo se manda diez mil metros en caída libre, me envolvió un terrible vértigo.

Lechita me señalaba el cielo. Por el resto de mi vida recordaré en cámara lenta ese instante. Cuando empecé a girar vi que todos ya estaban girados y hundidos en un silencio más espeso que el fango.

Ahí estaba el sol. Todo parecía estar bien. Pero volvías a mirar y algo andaba mal: algo le estaba pasando al sol. Era una línea negra y curva que fue subiendo desde la base o parte inferior del sol y, a medida que ascendía, dejaba al descubierto una extraña y confusa imagen. Todos demoramos en descubrir de qué se trataba.

Cuando la línea negra se detuvo y se arqueó casi en el techo del sol yo me di cuenta, y otro que pegó un alarido se dio cuenta, y después otro, y otro. Ya no era un sol: era un ojo abierto. Un maldito y enorme ojo abierto que parpadeó enceguecido y luego concentró su mirada en el mundo. Lo que es el mundo, se pegó flor de cagazo y empezó la espantada.

Fue la última vez que vi a Lechita. Cuando se inició la avalancha —porque todo el mundo salió disparado, escapando de aquella mirada solar— nosotros nos escabullimos como lagartijas hasta la cueva, nos repartimos la taquilla y nos separamos.

Yo me volví a Buenos Aires. Y me hice periodista. El Datura está en Amsterdam vendiendo autos truchos a

los turistas. Floripondio puso una productora de rock en San Francisco. Anestesio se casó y tiene seis hijos. A Lechita lo encerraron en un loquero.

Dos años despues salió la noticia en el diario. Todos los psiquiatras de un hospicio de Rio se piraron en una luna llena y encabezaron una fuga masiva de orates. Hace unos meses un argentino trucho que venía del norte me contó que en Belén, bien en el orto del nordeste brasileño, había aparecido un gurú espectacular que provocaba milagros. Le pedí que me lo describiera. Era, sin duda, Lechita.

Todos aquellos años y aquellas andanzas serán siempre inolvidables y serán siempre recordados con una dolorosa nostalgia. Pero lo que no quiero recordar —y lamentablemente no puedo olvidar— es aquel ojo. Aquella siniestra mirada, una mirada maligna que se hundió como un barco en el mar.

Tenía razón, Lechita. Yo vivo de noche. El sol me tiene podrido.

LOS DIAS MAS LOCOS DE MI VIDA

por Jorge Aón

Estaba dando una de mis habituales y entrenadas conferencias sobre el origen de la palabra en la Facultad de Periodismo de La Plata. Estaba usando los trucos verbales de siempre para producir en los oyentes esas intensidades efímeras generadas por ese cruel secreto que las palabras ocultan tras su paisaje. Intentaba amedrentar al intelectual, gambetear al peleador habilidoso, incentivar al tímido.

Nadie supo desde dónde apareció, pero desde el fondo de la sala vimos a la pantera cuando se irguió. Yo la espié por las hendijas escondidas en mi mirada y simulé no verla, mientras el maravilloso animal se levantó y a paso lento comenzó a andar por el pasillo. La pantera se sentó a mi lado y quedó allí agazapada, mientras mi mirada y la mirada de toda la concurrencia fingía no verla.

Quince minutos después, cuando di por terminada la charla, seguía allí. Y siguió ahí cuando me rodearon los alumnos para preguntarme lo que ya sabían o lo que no se puede saber o lo que nunca pude comprender para qué quiere saberse.

La pantera era una pesadilla de mujer, una bellísima hechicera con unos ojos filosos que me miraban desde la estrella Sirio y que, en cuanto todos se fue-

ron, tomó una de mis manos como si fuera un guante muy fino, puso mi dedo índice entre sus labios y se bebió mis escalofríos. Anotó la dirección de su casa en un papelito, preguntó qué me gustaba beber y si me parecía imprescindible que tuviéramos que hacerlo esa misma noche.

Me fui a disfrutar aquel imposible encuentro en un bar. Dejé transcurrir las horas, gozando de aquellos encantos previos que tienen los sucesos antes de convertirse en tales. A la madrugada, toqué el timbre de su casa. Se escuchaba música de The Cure y también voces de muchachitos anarquistas o punks o artistas. Es todo la misma idiotez de siempre, me dije.

Pero en cuanto despidió a los muchachitos y dejó que unas brillantes lágrimas cayeran por sus mejillas, consciente de su fatal destino al encontrarme, supe que no era la misma idiotez de siempre, que era mucho peor, que mi vida tal como la conocía se estaba perdiendo y que jamás podría reencontrarme con ella.

Se bebió mis dedos hasta dormirse y cuando, a la tarde del otro día, me dejó visitar el animal salvaje que vivía escondido bajo su bombacha, el dolor me desgarró. El dolor de la esclavitud, el dolor de conocer a un ser al que se amará para siempre.

Me quedé a vivir en La Plata.

Todas las mañanas me despertaba y sobre la mesa de luz estaban mi atado de Particulares y cien dólares. Y toda esa saliva humedeciendo los rincones más tristes de mi piel. Pasaron dos y hasta tres semanas. Y todas las mañanas, los cigarros, la saliva, los dólares.

Hasta que una tarde

En el atardecer de esa tarde estaba yo sentado en mi mesa preferida del bar Boulevard del Sol, pensando en las mismas cosas que un león o un pantero recién comido puede estar pensando, cuando el Puto Triste entró en el bar y se sentó en mi mesa.

—Por favor, dejame estar a tu lado. Estoy muy triste... —me dijo, y puso sobre la mesa un fangote de dólares que, apilados, podían compararse con la altura de las obras completas de Freud.

Mientras le decía que sí, que cómo no, que qué le pasaba al Puto Triste, la urraca almacenera que se oculta en cualquier recoveco de cualquier parte de mí hizo un cálculo precipitado sobre la cifra que podía sumar aquel fangote.

"Treinta mil dólares", me dije, y cuando terminé de escuchar lo que me había dicho ya estábamos tomando champán con el Puto Triste en un bar de Villa Gesell. A mi pantera le dejé un mágico y misterioso mensaje: "Después vuelvo".

Como el demente apostador de Dostoievski, me jugué el destino de mezcalina con la hermosa pantera en las mesas del bar Barakus, invitando champán a cada una de las sonrisas que nos sonreían, a cada una de las bombachas que se humedecían cuando sentían el inconfundible aroma de los dólares. Había que gastarse aquel dinero y daba lo mismo dejar propinas de cinco mogras a cualquier cretino mientras el Puto Triste se mamaba treinta y cinco penes en el baño. Fue ahí que apareció el Petiso Canoso que nos hizo una seña y que no sé por qué diablos lo seguimos hasta una piecita roñosa para que nos mostrara un juguete de plástico envuelto en unos trapos y nos dijera: "Trescientos dólares". El Puto Triste, para sacárselo de encima, le compró aquella porquería, que volvimos a esconder entre los trapos y guardamos tras el mostrador del bar Barakus.

Durante toda esa noche seguimos pagando cien dólares a cualquiera que nos hiciera sentir cualquier cosa.

Al otro día sucedió la tarde más hermosa de mi vida.

No pasaba nada. Era gratis. Todo estaba inmóvil y yo y mi amigo el Puto Triste dejamos de sentir esos impulsos constantes de tener que hacer algo, que carac-

terizan a la vida. El aire era heroína. El show estaba en otra parte y la mirada del universo nos abandonó por un rato.

Esa noche, no sé por qué diablos, fui tras la barra y saqué los trapos. No era un juguete, era una ametralladora. ¿Qué mierda estaba haciendo yo con una ametralladora en mis manos?

—¿Qué mierda estás haciendo con una ametralladora en tus manos? —me gritó el Puto Triste, y ambos supimos de inmediato que se termimaba la mala vida y comenzaba la pesadilla. Toda Villa Gesell se quedó en silencio y nos miró.

Eramos el maldito show

Y el silencio duró lo que la mirada: al toque todo Villa Gesell salió huyendo. Sin poder contener las lágrimas, nos sentamos en nuestra mesa preferida y nos bebimos el último champán.

—¿Dónde mierda está el gatillo? —balbuceó el Puto Triste hasta que, cuando lo encontró, apuntó la ametralladora al estúpido e insoportable mimo que todos los días repetía su rutina en la cuadra y lo obligó a meterse bajo la mesa para que le hiciera esa cosa que vaya a saber por qué tanto le gustaba.

Pero de inmediato nos dimos cuenta. Nadie se había dado cuenta de nuestra ametralladora. Y corrían y aullaban porque por la Avenida 3, caminando hacia nosotros, saludando a todo el mundo, sin que se le notara en el rostro que estaba matando de hambre a niños y ancianos de todo el país, venía el presidente Menem.

Y pensamos lo mismo con el Puto Triste:

—¿Cómo mierda se tira con esto?

Enseguida aprendimos y, sin que el mimo interrumpiera la cosa que estaba haciendo bajo la mesa, sin que se me volcara una gota del champán que tenía en mi copa, le metimos como diecinueve balazos al susodicho.

Y justo cuando cayó muerto, cuando en Irak se festejaba "Alá, Alá" y se festejaba en Madrid "Olé, Olé" y se bailaba salsa en Cuba y la tribuna del mundo entero gritaba emocionada "¡Maradona, Maradona!", justo ahí se acabó la bolsa de merca, ni una maldita raya. Y entonces no era Villa Gesell, era el bar La Paz. Y no era un Puto Triste, era un poeta que leía sus poemas. Y no era una pantera, era una estudiante de psicología que es mi novia hace dos meses y estábamos hablando de nada, justamente cuando se nos ocurrió ir a comprar otros diez mogras a la casa del Petiso Canoso.

EL ODIO ES UNA PISTOLA FRIA

El corazón del universo late aquí donde, por suerte, todo está perdido. Aquí la guerra ha terminado y el guerrero vencido puede descansar. Aquí la sabiduría no existe y el sabio puede ignorar. Aquí el amor es una carta que las miradas jamás se escriben. Aquí podés abandonar tu libreto porque el teatro está vacío. Aquí podés hacer dormir tus planes porque el vacío ilumina lo único que hay: nada.

Hace veinte mil millones de años que esto es así. El sistema solar es un campo de concentración nazi donde los planetas circulan atrapados por los grilletes de sus órbitas. Y el primer pez fue un asesino en cuanto tuvo hambre.

Estás aquí, donde todo te resulta gratis porque el sol se quema a sí mismo como un bonzo que se suicida por tristeza. Donde las sonrisas siempre terminan en puñaladas. Donde la noche miedosa deja corretear el misterio hasta que la maldición del día lo ilumina con sus preguntas.

Aquí, donde los locos han esposado esposas al esposo, donde han madreado hijos para padrearlos, donde envejecen niños para que adulteen; en este colegio de atrasados mentales, donde el ángel aprende a leer y escribir las leyes que prohíben volar.

Aquí, amigo, donde compartimos lo que nos robamos, donde mentimos lo que ignoramos. Hacia aquí venimos. Donde no esperamos a nadie ni nadie nos vendrá a buscar.

Aquí, donde vos sos el único brillo que nadie podrá percibir.

SINDROME LONDRINA

Londrina (golondrina, en castellano) era y es aún hoy una pequeña ciudad al suroeste del estado de San Pablo. Sus —en aquel entonces— cincuenta mil habitantes eran en su mayor parte trabajadores "golondrinas", es decir, agricultores u obreros de la construcción que viajaban de una localidad a otra, siguiendo el viento de las temporadas. La población de Londrina estaba formada por un contingente de viajeros que por una causa o por otra decidieron convertir la ciudad en su residencia. La quiebra financiera internacional que estalló a fines de los 80 arrastró a los londrinenses (igual que a la mayoría de los brasileños) a la más brutal de las miserias. No hubo antropólogos que se dedicaran a estudiar los motivos por los cuales el mayor escándalo de la historia delictiva del país se produjera justamente allí.

El 13 de diciembre de 1995, el hacendado Joao Gonzaga de Alves asentó una increíble denuncia en la ciudad de Assis (a pocos kilómetros de Londrina). Ante el escepticismo de los oficiales de guardia, Gonzaga de Alves relató que había sido secuestrado en su ciudad natal, Londrina, por un grupo de delincuentes, quienes desvalijaron su casa, cuatrerearon su ganado, lo despojaron del dinero acumulado en su cuenta bancaria y le sustrajeron dos automóviles, además de otros valores. Al efectuar la denuncia en la delegación de Londrina, el anonadado ganadero, quien esperaba encontrar protección y asistencia,

fue brutalmente golpeado por las fuerzas del orden. El trámite culminó con una concreta amenaza de muerte en el caso de que continuara esparciendo "falsos rumores sobre honestos ciudadanos".

Gonzaga de Alves vivió una semana de pesadilla. Era vigilado por los vecinos día y noche, su teléfono estaba interceptado y habitualmente lo visitaban desconocidos que reiteraban las amenazas. Comprendió que era prisionero en su propia ciudad.

Astutamente, el ganadero simuló aceptar incondicionalmente las reglas de aquel cautiverio y, luego de un minucioso plan, el 12 de diciembre, logró fugarse a la ciudad de Assis. No transcurrió mucho tiempo desde el momento en que sus declaraciones fueron tomadas con incredulidad en la delegación de Assis hasta que se desató el escándalo.

El 5 de enero de 1996 el presidente Brizzola ordenó una completa investigación. La ciudad de Londrina fue intervenida por autoridades federales y los resultados de la investigación destaparon un complot de vastos alcances. No sólo la policía de la ciudad sino también el alcalde, los concejales, comerciantes, profesionales, empleados del gobierno, conductores de transporte público y hasta simples obreros formaban parte de la organización criminal cuyas actividades abarcaban todos los rubros: pirateo del asfalto, tráfico de drogas, estafas, robos, falsas compras de equipamiento, secuestros extorsivos, etcétera. El juicio nunca culminó. Fueron detenidas y procesadas más de trescientas cincuenta personas, de las cuales terminaron condenadas con distintas penas cincuenta y seis de ellas. La prensa brasileña recibió la orden de silenciar el tema y las propias agencias imperiales se unieron al pacto de silencio.

Una leyenda popular de gran raigambre narra que Harfusch, alias El Libanés, sentado en una mesa del bar La Olla, en San Agustín —un pequeño pueblito de la provincia de Buenos Aires a pocos kilómetros de Coronel Pringles—, leyó una extensa nota publicada por el matu-

tino *Sur*, aparecida el 15 de enero de ese año, sobre los acontecimientos de Londrina. Dicen que a raíz de esa lectura fue que ese día Harfusch tuvo la idea. El Síndrome Londrina, como una nueva enfermedad contagiosa, empezaba a extenderse.

SI MATARAS

Los diez mandamientos diseñados por Moisés constituyen una compleja clave prohibitiva y, al ser enumerados correlativamente, no dejan claro si existe o no una categorización de lo prohibido: ¿el primer mandamiento es más importante que el décimo o los diez mandamientos tienen el mismo valor?

Resulta evidente que, en la realidad de los hechos, es el quinto mandamiento ("No matarás") el que más conflictivamente legisló las conductas humanas, obligando a cada individuo a elegir entre la transgresión o el cumplimiento de la ley. La mayor parte de los seres humanos que acataron la ley fueron capaces de transgredir los otros nueve mandatos sin que se atrevieran jamás a matar a un semejante. Sólo aquellos que han matado saben que jamás se mata a un "semejante" (tal cosa sería un suicidio, que ocasionalmente se comete) sino que siempre se elimina a un "diferente".

Es decir, alguien que no acepta ser como yo quiero que sea, alguien que se niega a ver el mundo tal como yo lo veo, alguien que con sus actos, su aspecto físico, sus ideas, se diferencia de mí. En realidad, los restantes mandamientos son sólo la apoyatura ideológica, el desarrollo dramático del "¡no me mates!".

No desearás la mujer de tu prójimo, para no matarlo. Honrarás padre y madre, para no matarlos.

La invención de la ley, la necesidad de dictarla, parece señalar la evidencia de que el acto de matar es una actividad humana natural a la que es necesario limitar.

Son mandatos. No se trata de una ética invitación a ajustar la conducta, orientándola hacia una natural tendencia pacífica del hombre. Son órdenes que representan a un mando y que, por tanto, pueden acatarse o desobedecerse.

El acatamiento a esa imposición legislada impide la elección y crea en el acatador la paulatina tendencia a la discapacidad: no puede ejercer su derecho a matar, supuestamente tan natural como su derecho a caminar.

Sin embargo, el mandato admite la excepción a la ley: la guerra, esa parodia siniestra que se disfraza y manipula la violencia natural para seleccionar a quienes se mata. Un individuo que en su vida privada es incapaz literalmente de matar una mosca, en cuanto se lo ordena el mandato se convierte en el más feroz de los asesinos: mata en el anonimato, a hombres desconocidos, sin motivaciones personales que lo vinculen mediante algún odio con esa víctima específica, justificado por absurdas consignas patrióticas, religiosas o políticas, en conflictos que —resuélvanse o no— no ejercen ninguna influencia beneficiosa en su entramado vincular cotidiano. Hasta un asesino violador de niños es más humano que este monstruo que arroja una bomba sobre un enemigo abstracto. Uno mata por deseo; el otro mata por matar.

En tiempos de paz los hombres igualmente se matan unos a otros, disparándose granadas de virus, de hambre, de pestes emocionales, de intolerancias y de ambiciones, que nada tienen que ver con la defensa de lo territorial. Se disparan balas que no se ven. Se matan entre sí, tratando de no darse cuenta.

¿Y qué es matar?

Es seguir el impulso que reacciona contra todo aquello que se identifica como obstáculo. Hasta eliminarlo.

Reconocer la capaciad de matar —palparla, sentirla, comprobar que existe, adquirir la certeza de esa potencia asesina— nos confirma como humanos, nos provee de energía vital, abre las puertas de la celda de nuestro animal acorralado.

El poder del mundo que se nos opone está sustentado en la capacidad de eliminar masivamente a hombres abstractos. Es probable que ni Hitler, ni Bush, ni Einstein, ni Videla hayan matado nunca a nadie: crearon las condiciones o elaboraron el mandato. Delegaban. Ese sistema delegativo nos convierte a todos los seres humanos en víctimas, victimarios y también en cómplices de ese abominable mecanismo de eliminación.

El poder personal, en cambio, está basado en la capacidad de provocar una muerte concreta en nuestro entorno circunstancial para quebrar esa conspiración siniestra de asesinatos invisibles y criminales desconocidos.

"Sí, matarás": eso necesita escuchar la voz de sí mismo para reconocer la fuerza de las ganas de vivir intensamente. Sería en verdad nefasto que los hombres tuvieran más miedo de matar que de morir.

Morir es bastante sencillo. Matarnos lo hacen todos los días. Sobreviven los que resultan convenientes o los que no se hacen muy visibles al ojo de los gatillos. El mito falaz de aquella primitiva orden de hombres conviviendo caóticamente, sin ley, matándose arbitrariamente en la lucha por el alimento o por la posesión de las hembras, fue creado para sustentar un sistema organizado y racional que provoque sin juzgamiento las matanzas más crueles de la historia humana.

Fue la ley la que creó el crimen. La crueldad humana se desarrolló sofisticando sus métodos de destrucción, alimentándose de las raíces corruptas de esa prohibición que al señalarla surge con más fuerza, con la finalidad de concentrar el poder de matar en un sistema

de creencias, en un estado, en una casta sacerdotal (llámense religiosos, políticos o militares) que decidiera los motivos de las matanzas.

La manada de aquellos viejos y sabios "monos" primitivos sabía administrar con eficacia su violencia.

La naturaleza de la vida nos dio el poder de matar y la naturaleza social nos convirtió en asesinos.

Sí, matarás.

Por dignidad. Por tu amigo. Por tu calle. Por tu amor. Por tu locura.

Por el respeto que te debés. Por cazador o por guerrero. Por vengador.

O por humillado.

Mientras otros cumplen con el deber de matarnos, nosotros tenemos que recuperar el derecho a matarlos.

LA OLLA DEL DIABLO

Transcurridos ya casi veinte años de los episodios de Londrina —ciudad brasileña donde gran parte de sus pobladores se confabularon para vivir del delito—, es posible afirmar que se convirtió en el hito histórico merecedor del apelativo "Síndrome Londrina", con que fue denominado cada episodio similar acaecido en el resto de Latinoamérica.

No sólo se desconstituyeron todos los roles de poder —ya que policías, profesionales, operarios, comerciantes y políticos trabajaron juntos en la conspiración— sino que, además, surgió un nuevo concepto de mafia. Para Jacques Moncassin, "(...) después de Londrina es necesario crear una nueva palabra. El término 'delincuencia', cuando adquiere proporciones tan universales, deja de ser eficaz".

A pesar del pacto de silencio de la prensa internacional, Londrina se convirtió en una enfermedad social más contagiosa que el sida y cundió por los países del Tercer Mundo.

Fue el caso de San Agustín, una población de diez mil habitantes al sur de la provincia de Buenos Aires, el que adquirió las connotaciones más graves.

En el bar La Olla, frente a la estación de trenes de San Agustín, una fría tarde de agosto de 1998 se realizaba a puertas cerradas la más inquietante de las reuniones que el pueblo contara en sus anales. Convocados por Har-

fusch, El Libanés, se hallaban allí reunidos los más importantes personajes del pueblo: el intendente, el comisario, médicos del hospital regional, comerciantes y hampones. Harfusch formaba parte de una nueva casta de líderes espontáneos que se estaba gestando en muchos pueblos del interior del país.

Palestinos, libaneses, iraníes y demás desterrados después de la denominada Guerra Final (marzo de 1996 - diciembre de 1996) en la que Israel impuso su definitiva hegemonía sobre los territorios en disputa, formaron una corriente migratoria de siniestras características. Eran hombres para los que la muerte no significaba gran cosa. Harfusch, nacido en una aldea en la frontera con Siria, había conseguido fugarse luego de perder a toda su familia en una de las diversas extensiones de aquella guerra.

Llegado a la Argentina, vagabundeó por la provincia como vendedor ambulante hasta instalarse al poco tiempo en San Agustín, donde fue casi inmediatamente reconocido como líder por su conducta solidaria y la audacia de sus proyectos. Harfusch formó una pequeña mafia con los comerciantes de la zona. Si Londrina había sido el resultado de una explosión espontánea de rebeldía ante el hambre y la desocupación, San Agustín fue consecuencia de un plan minuciosamente urdido. Al club inicial de veinte integrantes, con velocidad geométrica, se fueron incluyendo al cabo de unos meses más de seiscientos agustinenses. Seiscientas familias honestas se pasaron de un día para otro al bando del delito.

Pero esa fría tarde de agosto, en el bar La Olla, la organización —que ya contaba con mil cuatrocientos integrantes— se encontraba enfrentada a un serio problema. En seis meses de evadir impuestos, saquear turistas en trenes y colectivos de larga distancia, cuatrerear ganado en poblaciones aledañas, las arcas de la mafia agustina se habían incrementado notablemente y, mientras el ingreso normal de cualquier habitante de la región era de treinta dólares per cápita, el de los agustinenses superaba los

trescientos. El aumento de confort de los agustinenses se hizo visible para los pobladores de ciudades cercanas: Coronel Pringles, San Antonio Oeste y Tandil fueron los cubiles del rumor.

El gobierno central no demoró mucho en enviar una comisión investigadora. Y esa tarde, en el bar La Olla, se tomaba una decisión importante. Londrina había sido una experiencia pacífica, pero por perdonar la vida de un testigo los conspiradores fueron descubiertos y arrestados. Esa tarde, en San Agustín, se decidía el asesinato.

LA VENGANZA DE LAS AVENTURAS

por Julián Meyer

Creo que fue el físico Lowestein quien analizaba el curioso trabajo realizado por el doctor Cowe basado sobre observaciones realizadas sobre una cantidad no precisada de ciegos de nacimiento que, por diversos procedimientos y a los veinte o treinta años de edad, comenzaron a ver. Además de la enorme molestia que a todos ellos les producía esta irrupción de la luz y del esfuerzo que debían efectuar para adaptarse a ella y para desear esta adaptación, lo verdaderamente curioso era que ninguno de ellos conseguía distinguir los objetos. Más aún: la descripción del mundo que tenían, por haber acumulado sensaciones auditivas y táctiles, se desestructuraba. No veían más que manchas. No veían la separación existente entre los objetos: veían un largo y ancho objeto que todo lo ocupaba. Había que explicarles que "mesa" estaba separada de "piso".

La tercera dimensión es una operación intelectual y no perceptiva. Estos ex ciegos veían el mundo del mismo modo que un alumno mira una célula a través de un microscopio. El alumno verá un manchón, el profesor separará con nombres las partes de ese manchón. Es una separación arbitraria: ver es creer. Los agujeros negros, las constelaciones, el inconsciente, son conjeturas arbitrarias basadas sobre una teoría selectiva de lo que se percibe.

Esa es la mayor confusión que ha creado la ciencia: confundir la teoría con la que se sustenta la observación con lo que se observa. Los modelos teóricos son tan absurdos como los mitos religiosos: los agujeros negros (estrellas que absorben la luz en lugar de propagarla) son tan probables como el Espíritu Santo.

La ciencia es indudablemente una manipulación sacerdotal de alto contenido mágico. Decimos magia porque esta mirada designativa tiene la capacidad de modificar el comportamiento de los objetos que observa casi como si los obligara a comportarse tal como se los ve. Hasta los fotones se alteran cuando sienten sobre sí esta mirada.

Quizás la teoría del Big Bang pueda aplicarse como una metáfora del caos universal. Quizá todos los hombres seamos el estallido de un solo hombre. Quizá la conciencia que el hombre se adjudica a sí mismo habite hasta en las piedras. Quizás los planetas también sean seres vivos.

Pero las aventuras más maravillosas —las supernovas que danzan en el bosque de un átomo, la furia del misterio que escupen los volcanes, el tedio de los soles que incendian el vacío, el vampirismo de las lunas, los sueños de los grandes árboles, los zombies humanos segmentados por la geometría y nomenclaturizados por la biología, la perversión que la química creó entrometiéndose en la pudorosa intimidad de la sangre del mundo— se levantarán contra esa manipulación de la mirada psicópata que hurga en el misterio como un torturador explora el dolor. Si hoy el universo gime de dolor, mañana tendrá la risa de un loco, cuando como un pedo de luz desaparezca en la eternidad.

LA MASACRE DE SAN AGUSTIN

La falta de suministros, la desconexión aguda del gobierno central con los problemas del interior y el creciente escepticismo ante una democracia que demostraba mes tras mes ser más declamativa que real conformaban la trama climática de una inestabilidad crítica a mediados de 1998. La represión se amparaba tras la fachada de una legalidad defendida a ultranza. Los delitos contra la propiedad podían ser castigados hasta con la pena de muerte si estaban acompañados por secuestro o asesinato. Fue así que el gobierno se inquietó ante las denuncias y rumores sobre los supuestos delitos que se estaban cometiendo en San Agustín.

El 14 de septiembre de 1998 partió hacia esa ciudad una comisión bicameral. La comitiva también incluía periodistas, agentes policiales y empleados administrativos: un total de veinte integrantes.

Fueron recibidos con todos los honores en el municipio de San Agustín y las autoridades locales se pusieron a entera disposición de los investigadores.

El 18 de septiembre fue viernes. Pero no era viernes. La actividad normal de la ciudad se fue alterando a medida que transcurrían las horas. Como si un invisible telégrafo estuviera transmitiendo, al anochecer todos los pobladores se encerraron en sus casas. Los bares y clubes se cerraron. El baile del fin de semana fue suspendido. A las diez de la noche las calles estaban desiertas. Sola-

mente andaban los matadores. Nunca hubo un relato oficial de la matanza. Roger Philips, autor del best-seller *Argentina, la marabunta de la historia*, recoge un testimonio anónimo:

"La decisión del asesinato masivo —dice el autor— fue tomada en el bar La Olla, unos días antes, por una votación de 1.230 votos a favor y 123 en contra. Fueron las elecciones más originales de que se tenga memoria: se votaba por el sí o el no al asesinato. Harfusch, El Libanés, y seis de los matones que siempre lo acompañaban fueron los encargados de realizar el trabajo sucio. Pero los asesinos eran 1.230 ciudadanos. Cuatro de los diputados, dos periodistas y tres custodios fueron detenidos en un camino de tierra cuando regresaban de interrogar a un falso testigo. Se simuló un procedimiento rutinario de control de automotores. Fueron fusilados a la vera del camino; los que intentaron huir fueron perseguidos y rematados en el campo".

Según Philips, los matarifes regresaron a la ciudad para completar la tarea ya bien entrada la noche. El resto de la comitiva estaba reunida en el hall del Hotel San Agustín: miraban televisión o trabajaban en pequeños grupos. Fueron asesinados uno por uno sin que pudieran oponer la menor resistencia.

La Comisión San Agustín se esfumó literalmente de un día para otro.

Con increíble audacia, los sanagustinos anunciaron a los medios informativos de la Capital que los integrantes de la comisión habían partido hacia Buenos Aires en la mañana del día 19.

Una semana después, mediante un decreto, se solicitó la intervención del ejército. El 6 de octubre partieron cincuenta efectivos de infantería con orden de destituir provisionalmente a las autoridades de San Agustín, hasta asegurar las condiciones de seguridad para que asumiera una intervención ya designada. Se iniciaba la guerra.

EL INDULTO

El significado del pasado es continuamente modificado por las miradas que lo observan desde distintas instancias del futuro. De algunas anécdotas importantes de mi vida, hoy no podría recordar con exactitud su contenido real, tantos fueron los relatos diferentes que fui construyendo a lo largo de los años. Si mi caso particular se pudiera traspolar a todo el relato humano, trata entonces de contarme quién era Cristo.

Es posible que la raíz desconocida del cáncer se encuentre en esa coraza caracteropática construida por el organismo para proteger un siniestro secreto, una gran mentira que, al no develarse, produce el suicidio celular.

En la mitología tebana Meskhenet, la diosa del olvido, era una de las más amadas del panteón: cuando los dioses, enfrentados por graves cuestiones de poder, alcanzaban la cima de la crisis, Meskhenet producía con su magia el tan ansiado olvido. Pero el resultado era efímero: millones de siglos después, el recuerdo despertaba nuevamente en los dioses y otra vez la guerra quedaba planteada.

El olvido que nos propone este indulto decretado por el gobierno de Menem provocará inexorables heridas en la trama del futuro. Aun cuando este decreto

provocara un auténtico olvido en la conciencia colectiva, la vida o el espíritu que anda, o el misterio que nos baila, jamás indultará nuestro olvido.

En alguna parte anda perdida esa calle donde latieron las pasiones de mi vida. En esa calle estaba representado todo el universo. Los protones, el superyó, el mal, si es que existían, tenían que estar a la vuelta de la esquina. Mirando una piedrita de mierda, como Sócrates, yo sacaba importantes conclusiones sobre el destino trágico de cualquier cosa que cayera en este manicomio del cosmos.

Triste, a veces encontraba la calle desierta. Estúpidos videos, odiadas esposas o esposos, promesas de la muerte mantenían a mis amigos encerrados en sus casas.

Alegre, a veces los hallaba en sus casas estudiando fugas, soñando revueltas, cogiendo, componiendo canciones o perdiendo el tiempo en los laberintos del presente.

Sé que esa calle perdida también me está buscando. En esa calle, cuando la encuentre, si alguien mata a tu gato, nadie hace la denuncia. En esa calle lo que se hace es ir a tocarle el timbre al asesino.

LA GUERRA DE LOS PAISANOS

A raíz del incremento descontrolado de una nueva y feroz delincuencia y del surgimiento de conflictos sociales de impredecible continuidad, el gobierno creó un cuerpo de combate especial. Lo llamó Ejército Constitucional Federativo (ECF) y le dio autoridad operativa en todo el país. Eran el terror de las pandillas organizadas que asolaban el Gran Buenos Aires y también de los piquetes de huelguistas y manifestantes de todo el país.

Sin considerar el real calibre del enemigo a enfrentar, el 6 de octubre de 1998 el grupo de cincuenta comandos partió a cumplir con su misión. Además de los experimentados combatientes llevaban dos carros de asalto, ametralladoras pesadas y los nuevos fusiles M46, popularmente denominados Terminator ya que disparaban por un sistema de microcomputación casi sin participación del tirador. El Ejército Constitucional Federativo —más conocido como los "Pumas de Acero"— entró triunfalmente en Coronel Pringles. Los efectivos militares recibieron una bienvenida fría y distante de los lugareños.

El 8 de octubre partieron hacia San Agustín, distante apenas trece kilómetros de Pringles. Nunca llegaron a destino. A cuatro kilómetros de San Agustín, en una curva conocida como "la Curva del Zorro", cayeron en una trampa casi infantil, pero eficaz por lo inesperada. La prensa internacional la llamó "La Batalla de los Treinta Minutos". Los paisanos, simplemente "La Guerra del Zo-

rro". Unas vacas atravesando la ruta detuvieron la caravana. Los árboles, los arbustos inventados y las fosas cavadas junto al camino sirvieron de refugio a una multitud incalculable de paisanos, hombres de campo y comerciantes que ese día trabajaron de francotiradores. La batalla duró menos de treinta minutos. En los primeros cinco, la mitad de los efectivos militares fue eliminada, antes de que se produjera alguna reacción.

El *New York Times* afirmaría unos días después que el armamento utilizado por los paisanos provenía de Honduras y que los francotiradores usaron las ametralladoras Rascolnikoff 12 de origen soviético. Salvador Aón, lugarteniente de Harfusch, declaró a la prensa: "Usamos los chumbos y metras que afanamos de comisarías y cuarteles". Lo cierto fue que treinta minutos después de disparado el primer tiro, los Pumas de Acero se rindieron. Quedaban con vida apenas once soldados. Los paisanos acusaron dieciocho muertos y veintitrés heridos. Los prisioneros fueron alojados en el Hotel San Agustín.

El escándalo internacional no pudo evitarse. Desde Buenos Aires a La Quiaca, desde Bolivia hasta Mozambique, la Guerra del Zorro fue motivo de polémica para toda la humanidad. Los ojos del mundo enfocaron San Agustín.

EL REY DEL MUNDO

Mientras estos sucesos alteraban profundamente el orden y la dirección del viaje de uno de los países más importantes de Latinoamérica, en los Estados Unidos —cerebro del imperio, cuya convicción más inconsciente y misteriosa impulsaba al hombre más allá de los límites de la gravedad terrestre— se puso en estado de alerta a dos de sus más recientes creaciones: Osiris I y Osiris II. Los llamaban los Cerebros Planetarios; eran dos supercomputadoras.

Embutida en un gigantesco satélite que orbitaba la Tierra, Osiris I era la más inteligente computadora jamás construida. Contaba con doscientos "sentidos" en una clara demostración de superioridad sobre la especie humana, apenas portadora de no más de siete sentidos receptores de estímulos. Estos sensores eran los doscientos Horus, pequeños satélites con capacidad de alimentar el cerebro de Osiris I con más de quinientos mil datos por minuto. Los Horus espiaban, escuchaban, fotografiaban, realizaban estadísticas y sintetizaban probabilidades de todos los sucesos que acontecían en el planeta. Podían escuchar cualquier conversación aun cuando se efectuase en un susurro, si se lo proponían. Osiris I, como un auténtico Dios, era omnipresente, estaba en todas partes al mismo tiempo. Era la conciencia planetaria y en su cerebro estaba contenido el futuro humano probable en los siguientes diez años.

Osiris II, ubicada en algún lugar supersecreto del territorio americano, transformaba esa información en táctica cotidiana de acción. Gobernar el mundo era escuchar a Osiris.

Cuando se le ordenó a Osiris I que dirigiera todo su arsenal perceptivo hacia San Agustín, la computadora demoró menos de veinticuatro horas en insinuar la estrategia. El gobierno argentino recibió estupefacto las órdenes imperiales: "Disuadir, no reprimir. Negociar, no enfrentar". El gobierno aceptó sumisamente las órdenes divinas de Osiris. Se modificó el lenguaje periodístico y los "subversivos" pasaron a ser "víctimas de la crisis social". Se realizaron conmovedores llamados a la unidad nacional y, auspiciado por todas las casas provinciales, se realizó en la ciudad de Córdoba un festival en el que participaron los artistas populares de mayor renombre en el país. Más de doscientas mil personas se reunieron a cantar por la paz. La banca internacional otorgó un crédito de diez mil millones de dólares al gobierno argentino.

Los últimos días de enero de 1999 encontraron al país dispuesto a deponer toda acción violenta. Pero la situación de San Agustín debía ser resuelta. Los rebeldes no entregaron sus armas ni hicieron signos de resignar el gobierno de facto. La noche del 7 de febrero, en absoluto secreto, quinientos efectivos concentrados en Bahía Blanca partieron hacia San Agustín.

MORIR EN MADRID

Así lo describen: dureza, escepticismo, individuación, posmodernismo, fracaso de las utopías, desgaste de los sueños, caída de la poesía. Los ochenta. Trajeron esas noticias y las impusieron. Lograron desvirtuar, apatizar, desvitalizar e inmovilizar la conmocionante fuerza modificadora de ideas tales como

SUBVERSIÓN
CONTRACULTURA
REVOLUCIÓN
UNDERGROUND
ARTE

Le arrancaron el corazón al mundo y abrieron las aduanas para que deambulara una comparsa de ciegos insensibles, mendigos del confort, problemáticos desposeídos, hambrientos que ahorran, hedonistas y nostalgiosos que ya no creen en la magia del salto.

No se conforman con despojarnos del mundo y del cuerpo sino que, además, se propusieron hablar en nuestras palabras, vendernos las creencias, ordenarnos lo que deseábamos.

Casi nadie quiere subvertir el orden: incendiar las instituciones, combatir los controles, transgredir las leyes, sabotear contraculturalmente.

Quizá habría que crear un nuevo lenguaje vitalizador. Pero los lenguajes auténticos no se inventan: nacen de los gemidos y aullidos que la vida va emitiendo en todas partes.

Motines, rebeliones, rechifles, revueltas, fugas, saqueos, sabotajes. ¿Lo demás, qué es?

Cuatreros, bandidos, locos, salteadores, piratas, anarcos, revolucionarios. ¿Los demás, quiénes son?

León Trotsky, el Tanga, el IRA, los rumanos, Bakunin, los Tupa, los chacales, Jesse James, Bairoletto, el Chico de la Moto, Matecocido, Artaud. ¿Quiénes son los otros?

¿Será necesario cubrir con sangre toda la cordillera de los Andes para lograr que nadie, ni una sola persona, trabaje nunca más? ¿Qué hay que hacer para que no haya un solo esclavo, ni una sola sanguijuela-artista-jefe-gobernante-sabio que viva del esfuerzo ajeno?

Me dirás: ¿por qué hacerlo?

Porque será imposible brillar, mi amor, mientras exista un solo corazón sometido. Porque no lo soporto más.

¿Qué pensás hacer? ¿Cambiar de psicoanalista? ¿Viajar a Jamaica? ¿Comprar otro gramo? ¿Dar otro recital? ¿Buscar sabiduría? ¿Ir a comer? ¿Ser feliz otro rato? ¿Mirar esa estúpida pantalla? ¿Escribir tu poemita?

Al terminar la guerra civil, cuando la República estuvo perdida, todos los locos y los borrachos, todos los poetas y los héroes, toda esa legión de grandes marchó hacia Madrid para participar de la batalla final que iba a culminar en derrota. Iban a morir en Madrid.

Caminar por esos caminos es dirigirse hacia la fiesta más loca y divertida de que la humanidad tenga memoria.

NACE UNA LEYENDA

El Operativo Honor se realizó manteniendo en absoluto anonimato a los efectivos que en él participaron. Esa misma noche, los quinientos soldados fueron transportados a Coronel Pringles, tomaron la ciudad y cortaron toda comunicación con San Agustín. Antes del amanecer, los comandos entraron en San Agustín tomando por sorpresa a los rebeldes que, inexplicablemente, habían relajado la vigilancia.

Más que una batalla fue una matanza. El bar La Olla, cuartel general de los subversivos y símbolo nacional de la rebeldía, fue demolido. La estación de trenes y la comisaría también fueron destruidos. Los rebeldes se acantonaron en el Parque Nacional Lucio Miranda, en las afueras del pueblo, y allí fueron cazados y fusilados uno por uno. Harfusch, alias El Libanés, jefe supremo de los rebeldes, fue eliminado al mediodía. Su lugarteniente, Salvador Aón, logró escapar en la confusión del combate y es su testimonio quizá parcial el que recoge Roger Philips, en su libro *Argentina, la marabunta de la historia*: "No es cierto que mataran a mujeres o a niños. Todo lo contrario. Se cuidaban muy bien de no herirlos. A los hombres sí, les daban con todo. Te fusilaban donde te encontraban, estuvieras armado o no. León (Harfusch) estaba malherido pero vivo cuando lo capturaron. Un oficial le tomó el pulso y luego, con mucha calma, sacó su pistola y lo remató".

Las cifras oficiales fueron de veintiocho muertos y setenta y cinco heridos. Según Philips, hubo más de doscientos muertos y no menos de quinientos heridos. Pero el arsenal que los rebeldes habían capturado en el combate de la Curva del Zorro no fue recuperado.

El titular del diario *Clarín* del 9 de febrero de 1999 era espectacularmente triunfalista: "La guerrilla fue exterminada". Los noticieros televisivos agotaron a los espectadores con interminables reportajes a los nuevos héroes que habían aniquilado el foco subversivo.

Sin embargo, el embajador Miller de los Estados Unidos transmitió al gobierno argentino su desagrado por la represión desatada. Los dioses Osiris, las supercomputadoras que vigilaban el mundo, pronosticaron un aumento cuantitativo de la violencia social.

Al cabo de un par de semanas del Operativo Honor, León Harfusch se convirtió en héroe popular. En el imaginario colectivo su figura pasó a ser una combinación ideal entre el Che Guevara y el general Perón. Las radios pirata que pululaban por todo el país comenzaron a transmitir programas de carácter francamente subversivo.

Fue como el despertar de un volcán. Un temblor bajo la superficie del inconsciente colectivo arrancó de sus hogares a millares de campesinos hambreados, obreros de la construcción, bandidos, desamparados, jóvenes sin futuro, analfabetos, mendigos. En cada casa, en cada escuela, en cada bar se declaraba un estado caótico de asamblea permanente.

Roger Philips escribió: "El principal enemigo de las instituciones democráticas no fueron los rebeldes o subversivos. Fue la solidaridad. Cuando se formaron las primeras cooperativas de consumo y de trabajo, cuando las radios clandestinas comenzaron a conectarse entre sí y la prensa subterránea funcionó como un correo social, cuando por las noches las puertas de las casas quedaron abiertas, el sistema comenzó a derrumbarse".

EL TREN DE LA MUERTE

El problema más grave para el gobierno nacional continuaba siendo la invasión desordenada de cabecitas negras que el hambre y la desocupación arrastraba en oleadas cada vez más notorias hacia el Gran Buenos Aires, aumentando la población lumpenal y, por tanto, acrecentando el poder de las pandillas que día tras día iban aumentando su poder en las zonas marginales de la ciudad. Las campañas publicitarias que continuamente se realizaban tratando de retener a los pobladores del interior en sus ciudades y pueblos de origen no daban ningún resultado.

A fines del año 1998, el gobierno se decidió por crear una invisible frontera alrededor de la Capital Federal. Los pasajes a Buenos Aires se vendían sólo con permisos especiales que debían estar autorizados por los municipios. Se realizaban estrictos controles en aeropuertos, estaciones y terminales de ómnibus. Después de reprimir algunos incidentes aislados, el sistema de control pareció demostrar su eficacia. La teoría de los dos países quedó dibujada sobre el mapa de la Argentina.

Pero el 17 de septiembre de 1999 un tren proveniente de Tucumán fue asaltado por una turba de desocupados, poco después de partir de la ciudad de San Miguel. Más de mil polizones, armados con palos y navajas, se diseminaron por los vagones, asaltaron las bodegas del salón comedor y tomaron el poder del tren. Fue una no-

che de jolgorio y de aventura para aquellas mil almas que jamás habían conocido otro placer que el de evadir continuamente el sufrimiento.

El tren fue detenido en Grand Bourg, a pocos kilómetros de la estación Retiro, su destino final. La orden era estricta: los mil polizones debían ser detenidos y regresados a Tucumán. La policía provincial que efectuó el procedimiento intentó parlamentar con los pasajeros ilegales pero el exceso de alcohol, así como la ansiedad de entrar en la ciudad que ya tenían al alcance de la mano, desató la violencia.

Los primeros enfrentamientos fueron con palos y balas de goma; en ese combate, las fuerzas del orden llevaron la peor parte. De inmediato se produjo el tiroteo. La multitud fue virtualmente fusilada, dentro y fuera de los vagones. En esa trágica jornada murieron veintisiete civiles y cuatro agentes del orden.

Para el sociólogo francés Jacques Moncassin, "el incidente del Tren de la Muerte puede ser considerado como el hecho histórico que marca el inicio del asalto a Buenos Aires. Si bien los argentinos estaban acostumbrados a los hechos de violencia, los asesinatos y las represiones descontroladas, el Tren de la Muerte les hizo tomar conciencia de esa frontera invisible que los separaba. La migración clandestina había tenido como causa el hambre; la avalancha que sobrevendría estaba generada por el odio".

La computadora Osiris I recogió voces provenientes desde todos los rincones del país. En todas partes se hablaba de lo mismo. Como en una pesadilla, en cada pueblo y cada aldea, en cada bar y cada calle, se escuchaba la misma orden: "¡A Buenos Aires! ¡A Buenos Aires!".

Las fotos satelitales registradas el 25 de septiembre ya identificaban a las primeras compactas multitudes que comenzaban a formarse.

EL EXQUISITO SABOR DE LA GINEBRA

El autoritarismo, peligrosa enfermedad con cierto consenso social de rechazo, no es más que el desarrollo psicótico de una enfermedad normalmente no reconocida como tal: la autoridad.

La autoridad está sustentada ideológicamente desde una supuesta e imprescindible delegación de poder por parte de ciertas mayorías a ciertas minorías, las que renovarán el mandato al sometimiento disciplinado —disciplina militar, cívica, escolar, partidaria, etcétera— y el acatamiento a normas establecidas arbitrariamente. El juego democrático se vende envasado al vacío y herméticamente sellado junto con las normas que regimentan nuestros movimientos. En realidad, cuando uno es niño y le enseñan un juego, la intención es inocularle un reglamento.

Los criterios con los que se confiere autoridad a determinados individuos, sectores sociales o sistemas de pensamiento nunca son discutidos, y su cuestionamiento puede ser considerado subversivo o antirreglamentario.

¿Quién le ha otorgado autoridad al experto que todo lo sabe sobre determinado territorio del conocimiento y cuyas afirmaciones, por tal otorgamiento, han de ser consideradas verdaderas? ¿Y al señor policía, que tiene el poder de interrumpirnos, someternos a un interroga-

torio y hasta secuestrarnos si lo considera necesario? ¿Y al presidente, que adopta medidas que contrarían nuestro instinto comunitario amparado en la impunidad que le confiere la mayoría de votantes, en una elección que es una farsa, porque el candidato no se compromete legalmente a cumplir determinadas políticas? ¿Qué clase de ceguera o de manipulación nos empujó a autorizar a un psiquiatra para que nos interne o nos dé un electroshock o a un maestro que, cumpliendo órdenes, nos obliga a memorizar mandatos que él, con desparpajo, denomina conocimientos?

La autoridad, sostenida en la necesidad de mantener el orden, de facilitar el movimiento creativo y creciente de los ciudadanos, es en realidad una poderosa arma apuntada a la nuca de nuestra voluntad para inmovilizar uno de nuestros más interesantes atributos: la capacidad de elegir.

El esquema social muestra una eficaz distribución del poder de acuerdo con roles y funciones diferentes. Así, el Padre tiene poder sobre el Hijo; el Enfermero sobre el Enfermo; el Adulto sobre el Menor; el Sabio sobre el Ignorante, el Emisor sobre el Receptor y así infinitamente en distintas bandas y frecuencias, siguiendo un laberíntico recorrido piramidal donde cada Dominador situacional se convierte en Dominado de la siguiente alternativa.

Hacia adentro, el laberinto conduce a un dispositivo de poder colocado en la conciencia de sí de cada individuo que:

a) Instaura una descripción del mundo basada sobre pautas morales y no en reflexiones obtenidas desde la observación de los fenómenos; esa descripción se expresa en un lenguaje autoritario que obliga a las cosas a ser no como son o como quieren ser sino como se dice que son. La mayor parte de las teorías científicas y de las doctrinas filosóficas son la macroexpresión de tal instalación; y

b) genera un contradictorio mandato de comportamiento que, para sostenerse, obliga a la militancia de la identidad, creando falsos recipientes unificadores de percepciones y obligando a los individuos a mantener una severa vigilancia sobre los controles que vigilan su identidad.

De existir dioses que nos observaran navegando en este océano de palabras que es la historia humana, comprenderían esa descomunal guerra de discursos que va moviendo a la especie en la exploración de un misterio que las palabras no consiguen iluminar. Tanto las hormigas como los hombres o los dioses deben bucear en ese imposible instante del existir, buscando lo que les hace buscar, esperando que sea posible seguir esperando.

La voluntad, ese enigma inexpugnable, es la auténtica autoridad despojada de todo arbitrio ajeno. Y tengo una prueba irrefutable para presentar. Recuerdo la primera rata que me hice del colegio; recuerdo —casi hasta poder palparlo— el esfuerzo que hice para vencer los miedos y las culpas. Recuerdo el maravilloso placer que me deparó tomar ginebra con un borracho y descubrir a Sartre en ese bar. Al año siguiente abandoné los estudios y jamás volví a pisar uno de esos manicomios que llaman escuelas. Por supuesto que lo del maravilloso placer no iba por la lectura de Sartre sino por el exquisito sabor de la ginebra.

LOS CONSPIRADORES

El inédito estallido social que se estaba gestando estuvo impulsado, desde sus inicios, por una también inédita casta de líderes caracterizados por su origen lumpenal.

Harfusch, El Libanés, gestor de los sangrientos hechos en San Agustín, se convirtió en un modelo referencial que luego adoptaron bandoleros, traficantes, contrabandistas y toda clase de marginados sociales. Un país que había agotado las ilusiones del pueblo a través de una innumerable lista de funcionarios corruptos y que estipuló el modelo delictivo desde las propias vidrieras estatales generó como contravirus el nacimiento de una nueva mitología. Una frase típica de la época, transmitida por las radios clandestinas y repetida por las publicaciones subterráneas era "Robar lo que nos han robado, matar lo que nos han matado".

Salvador Aón, el lugarteniente del legendaraio Harfusch, deambuló clandestinamente por todo el país incentivando la revuelta.

A mediados de septiembre de 1999 se realizó la primera gran reunión conspirativa en la provincia de Neuquén. Roger Phillips, en el ya citado *Argentina, la marabunta de la historia*, da testimonio de ese encuentro: "Tal como había sucedido en el bar La Olla, en San Agustín, el cónclave neuquino fue un encuentro oportuno y espontáneo de ciertas personalidades. Nadie llegó allí con un

proyecto. Nadie tenía un plan o siquiera un propósito claro. El asalto a Buenos Aires se gestó entre borracheras y discusiones absurdas".

Allí se conocieron Rogelio Duarte —famoso traficante de cocaína, cuya peculiar banda estaba conformada por una mayoría de indios tobas, chiriguanos y yagués—, el poderoso clan de los hermanos Catenacci, en representación de las provincias del norte, y otros líderes muertos con posterioridad en el asalto.

Estas fueron las declaraciones que con posterioridad hizo Salvador Aón para un matutino francés: "Nos dimos cuenta de que el país ya no era de nadie. No había país: era cosa de estirar la mano y tomarlo todo. Sólo teníamos que encontrar la forma de hacerlo. No era tan fácil mover una mano formada por millones de personas. Entonces pensamos en dejarlos ciegos. Un apagón en Buenos Aires, un apagón que los dejara ciegos".

EL APAGON

El apagón que sufrió la ciudad de Buenos Aires hizo evidente para los pobladores algo que las autoridades intentaban vanamente ocultar: además del movimiento de masas hacia el conurbano, ya existían grupos organizados trabajando desde adentro.

El 2 de noviembre se produjeron dos sabotajes que interrumpieron el transporte de energía eléctrica hacia la Capital. A la altura del Barrio Pepsi, en Florencio Varela, fue dinamitada la red troncal de alta tensión proveniente del Chocón. Dos horas después, en un atentado de similares características, fueron voladas las turbinas de Puerto Nuevo. Los dos atentados, unidos a las cíclicas faltas de lluvia, con la consiguiente inutilización de los embalses, provocaron un apagón casi completo en toda la ciudad. Al día siguiente la usina de Bahía Blanca fue tomada por asalto e inutilizada, un golpe casi definitivo contra el sistema eléctrico.

Aquellos fueron los días más dramáticos y caóticos de la historia argentina, y así lo describe Jacques Moncassin: "Los efectos del atentado fueron múltiples. El primer día lo más notorio fue la desconexión informativa que se produjo. Millones de personas dejaron de recibir el incesante alimento informativo que los mantenía unidos a la realidad. Sin radio ni televisión, sin que los diarios pudieran editar y distribuir normalmente sus ediciones, los rumores y las falsas alarmas recorrían la ciudad como un

río envenenado. Después aparecieron los efectos más visibles: la putrefacción de los alimentos y el consecuente desabastecimiento. Durante el día las calles eran un hormiguero descontrolado de hombres y mujeres en busca de alimentos, querosén, velas y, sobre todo, armas para defender sus hogares. Con el atardecer, Buenos Aires se iba transformando en una ciudad fantasma sólo recorrida por patrullas de defensa civil, policía y también pequeños grupos de delincuentes que asolaban mercados, armerías y viviendas. Docenas de violaciones y asesinatos, continuos enfrentamientos entre fuerzas del orden y pandillas llenaban las estadísticas cotidianas.

A pesar de todo, la defensa de la ciudad continuaba organizándose implacablemente.

Johnny, el cordobés
LA REVOLUCION DE LAS TRAVESURAS
por Luis Vicente

Se niega a dar su verdadero nombre y, casi ex profeso, se ha bautizado con ese pseudónimo de un mal filme de acción: Johnny, el Cordobés. Desde hace años se lo conoce en el barrio de Lavapiés, Madrid, por sus discursos callejeros, sus manuales de acción —que él mismo vende en las calles—, sus revistas frustradas que nunca pasan del número dos. Sin embargo, El Cordobés ha sabido ganarse un lugar de respeto en los bajos fondos de Madrid, entre algunos intelectuales que ya lo mencionan y, sobre todo, entre los adolescentes. He aquí un reportaje que nos llega desde Madrid editado por la revista semiunder (ya no hay nada under en España) *Ideas Falsas.*

—Dentro de cierto ambiente cultural se lo conoce como el creador de una nueva micro-utopía revolucionaria. ¿No cree que, por lo menos en Occidente, ha terminado el tiempo de las revoluciones?

—Es probable que lo que tú afirmas se aplique a esas revoluciones que tú mencionas. Particularmente nunca me interesaron: siempre les encontré la válvula de fracaso insertada en el orillo de sus creadores o propulsores. Nunca me interesó formar parte de una revo-

lución, ni siquiera engendrar las semillas ideológicas de alguna nueva. Sucede que he descubierto que cada persona, cualquier persona, aun la que visualizada desde la pirámide de poder aparezca como la más miserable —y quizá justamente por ello—, tiene un secreto poder que desconoce.

—*¿Cuál es ese poder?*

—Lo que sucede es que nos han adiestrado para medir la importancia de nuestras vidas con la vara de un macromapa social donde, claro, nos desdibujamos. Ese objetivo es fundamental para el sistema que se combate: ellos logran hacerle olvidar al empleado, al obrero, a la señora ama de casa, a ese joven perdido que busca trabajo, que su propia vida tal cual está es una aventura apasionante, siempre y cuando la observe y la convierta en el territorio de su combate. Cualquier ser puede convertirse en un miembro del invisible ejército que atenta contra el entorno que lo aprisiona.

—*¿Quiénes forman ese ejército?*

—Es un ejército formidable cuyas tropas, contando con generales y soldados, están integradas por uno solo. Un ejército de un hombre: tú eres su general que designa los objetivos militares de su ataque y las estrategias de combate; eres el soldado que cumple las misiones y también el analista político que evalúa los resultados.

—*Más que una micro-utopía, parece un absurdo.*

—No lo es. En el Mayo Francés se decía: "Haz la revolución para divertirte como cuando eras niño y realizabas travesuras que transgredían las reglas de los adultos". Pues bien, esta es la Revolución de las Travesuras. O también podemos llamarla la Guerra de los Pequeños Desperfectos. Una vez que decides cuáles son sus objetivos, comienza un ataque: pueden ser cortocircuitos en su oficina, quema de expedientes, destrucción de computadoras, ingreso de falsos datos en el sistema... Un obrero puede atascar la remachadora o cortar el cable del teléfono.

—No es nada nuevo, son atentados. Los anarquistas hablaban de ello...

—No, aquí no hay ideología. Tú quizá seas de derecha y quieras destruir un centro pacifista o quizá seas un simple vago que quiere joder a su vecino. Da igual. Es un ejército de francotiradores sin bando alguno; es más, desconocen la existencia de bandos. Quizá el sabotaje que realizas está saboteando el sabotaje de otro saboteador. No tienes aliados y sigues los mandatos de tu propio rey, que eres tú mismo. Eres simplemente un virus aislado que ataca el malestar, el malestar social. Todo aquello que lo molesta, que no lo deja vivir. Repito: quizá tú concentres tu tropa en atacar a tu vecino, que es tu único malestar, y éste a su vez esté atacando un objetivo más grande, como el correo. En esta guerra no importa. Lo importante es mantenerse en el absoluto anonimato: jamás debes ser descubierto, y aun cuando reconozcas a otro saboteador con similares objetivos que los tuyos tampoco debes confesarte con él. La única impunidad asegurada es la del delincuente solitario.

—No imagino más que efectos inofensivos en esta "guerra".

—Un millón de pequeños roedores carcomiendo la madera de un edificio terminan derrumbándolo. Déjalos que parezcan inofensivos. Además habrá guerreros de distintas dimensiones: habrá tipos que fundirán los televisores de un hotel o que quemarán expedientes en la oficina; habrá otros que pondrán LSD en las gaseosas de sus compañeros de trabajo o de sus jefes; habrá aun los que conseguirán derrumbar ascensores con personas adentro y los que envenenen el agua de un barrio. Pero no tiene importancia la dimensión cualitativa sino la progresión cuantitativa, cuando el quántum de malestar aumente considerablemente. En ciertos sectores de la vida comunitaria —en una familia, en el barrio, en el ghetto de un club— el sistema de anónimos y llamados telefónicos puede ser más demo-

ledor que una bomba de napalm. Realiza el siguiente experimento: toma tu libreta de teléfonos y analiza nombre por nombre, no importa el grado de amistad o de afecto. Investiga sus debilidades, haz un estudio de cómo molestarlos, de cómo empeorarles el malestar que los acosa. Verás que tienes un cúmulo de informaciones que, al ser disparadas en el entramado de esa persona, la harán detonar su sistema vincular. Traiciones, amantes, engaños. Instiga celos, denuncia a tu jefe que no paga los impuestos. Siempre con mucho cuidado: nadie debe sospechar de ti.

—*Todavía no visualizo los efectos sociales...*

—Dejemos de lado esos efectos: lo social es un campo de concentración de una información muy lejana, muy abstracta, muy estadística. En todo caso esos efectos serán registrados subjetivamente por cada saboteador. Siempre estará buscando en el diario la acción de otros dinamiteros. Pero el primer efecto es el que se produce a él mismo. Ha realizado un acto magico: ha convertido el campo de operaciones de su vida, donde antes sólo operaba el poder social, en un campo de acción, de iniciativa, de creatividad. Los días dejan de ser rutinarios. Tú no vas a la oficina sino al campo de batalla; no hablas con tu vecino, lo espías; no viajas en el metro pensando estupideces, planeas tu siguiente operativo. Cada día en que se realiza un operativo triunfante es día de gloria. Ya tienes una misión, formas parte de un plan que tú mismo urdiste. Eso sí, hay ciertas consignas éticas que deben seguirse. Por ejemplo, nada de esto va dirigido a obtener ventajas personales, más allá de la ventaja que puede producir el aumento del malestar. Lo que te diferencia de un delincuente es que tú procedes sin obtener recompensas. No es moral lo que digo: este criterio te protegerá de la culpa y te permitirá mayor lucidez en tus acciones.

—*Me parece una forma de distracción, algo así como darle costura a una señora de su casa, para que se*

distraiga. Hay muchos que realizan obras de bien, que ayudan a alcohólicos o cuidan gatos, que por el polo opuesto también encuentran un sentido a sus vidas.

—Si le das costura a una señora de su casa, envenena el tejido. Pero no es lo mismo una cosa que otra. No se puede mejorar el malestar, sólo se lo puede empeorar. No siente ni hace lo mismo quien pone una moneda en el alcancía de la iglesia que quien deposita una araña venenosa o un excremento.

—Por otro lado no comprendo, más allá de la seguridad, la eficacia del aislamiento: las travesuras se realizan siempre con un compinche, alguien con quien reírse.

—No te preocupes por la diversión: este guerrillero aprenderá a divertirse, inclusive comentando con el blanco de su ataque su desgracia, discutiendo con sus compañeros víctimas el efecto de su sabotaje, buscando al irresponsable que diseminó la basura por la escalera del edificio. Lo importante del aislamiento es que pronto el individuo encontrará una orientación a su actividad. Imaginemos que en un barrio estén actuando una docena de saboteadores; los sabotajes, a pesar de la multiplicidad de sus objetivos y causas, pronto serán visibles y algunos funcionarán como ejemplo de otros. El sabotaje biológicamente adoptará un camino común. Y habrá, además, una diversión extra: la competencia por quién produce los mayores malestares. En una fábrica, la existencia de dos saboteadores con efectos diferentes creará un caos que dificultará la investigación: cuando tú, que podías ser sospechoso, tenías una coartada indiscutible, actúa el otro saboteador. Aun en el caso de que la policía te interrogue, no tendrás nada que confesar: no conoces al otro.

—No veo entonces cómo podría enterarse la gente de esta revolución de los desperfectos.

—No te preocupes por eso. Esa es mi especialidad. Mi manera de aumentar el malestar es diseminar la idea.

Todos los días leo los diarios y observo las calles buscando los efectos de mi propagación. Si efectivamente publicas este reportaje y no lo quemas por inservible, entones me divertiré más y estaré más atento a las noticias.

—*¿Hay algún límite operativo? ¿Este sabotaje incluye la posibilidad de matar?*

—No lo sé. Cada uno marcará sus límites. Personalmente, excepto que se trate de una ejecución muy precisa —es decir, la eliminación de un factor imprescindible— no veo la necesidad del asesinato como táctica. En todo caso, enloquézcalo con alguna droga y hágalo encerrar en un manicomio. Economice su energía perturbadora: haga el mayor daño con el menor gesto. Y, por sobre todas las cosas, diviértase todo lo que pueda en este parque de diversiones social donde solamente la pasan bien los que recaudan el borderaux.

GUERRA EN LOS BARRIOS

La ciudad de Buenos Aires, que en 1999 iba ser el epicentro de un auténtico terremoto social, fue sufriendo profundas transformaciones durante el transcurso de la década. La migración descontrolada provocó grandes problemas de convivencia entre los porteños. El conurbano avanzó hacia el centro y pronto la ciudad sobrepasó con amplitud su capacidad habitacional. Las autopistas se convirtieron en el techo de inumerables colonias de inmigrantes y todas las fábricas abandonadas del cordón industrial fueron tomadas por asalto, creando abigarrados barrios dentro de otros barrios.

Pero el problema de vivienda no era el más grave. La desocupación forzó las estadísticas de delincuencia. El desabastecimiento generó un mercado ilegal de alimentos y productos de primera necesidad. En oficinas, bares y hasta en las calles se traficaban computadoras, manteca, armas, cocaína o remedios.

Esa nueva ciudad marginal —que fue creciendo ante la desidia y la indiferencia que caracterizó siempre a los porteños— estaba organizada en "tribus" y en "bandas". Las tribus tenían ley, una ética propia y hasta cierta ideología. Las bandas, en cambio, eran ejemplares de la peor marginalidad y ejercían la violencia del ciego herido que golpea todo lo que se mueve en su entorno. Instintivamente, estas bandas y tribus comenzaron a disputarse

los mercados de drogas y el poder de la ciudad en cuanto presintieron el advenimiento de un caos que podía favorecer sus proyectos.

El cuestionado decreto del 10 de julio de 1995 —por el cual se castigaba con pena de muerte los delitos contra la propiedad, si estaban acompañados por secuestro y/u homicidio— no hizo más que generar una delincuencia más peligrosa, que no dejaba testigos.

El gobierno concentró todo el poder de su aparato represivo en defender la ciudad de la anunciada invasión del interior, y por tanto desprotegió el orden interno. En Quilmes, La Boca, Lanús y Barracas las bandas se enfrentaban en la vía pública, produciendo continuas muertes. Los partidos de fútbol, los recitales de rock y hasta las fiestas patrias fueron utilizados como campos de combate.

En agosto de 1999 las crónicas policiales ocupaban la primera página de todos los diarios y las estadísticas batían los records. En tal estado de fragilidad la ciudad se preparaba para recibir la avalancha.

LA HORDA

El maremoto humano que comenzó a avanzar hacia la ciudad de Buenos Aires tuvo su centro de mayor densidad en la región conformada por Formosa, Chaco y Misiones. Las "Hordas de Atila" —como las definió un titular del diario *La Nación* el 2 de octubre de 1999— se movilizaban ameboidalmente, separándose y volviéndose a unir, siempre engrosando la masa de su protoplasma humano.

Según cálculos realizados por la Fuerza Aérea, tres grandes grupos avanzaban desde el Norte y cada uno de ellos incorporaba a su núcleo un promedio de mil quinientas personas por jornada. La velocidad media del monstruo se veía retardada cada vez que atravesaba alguna ciudad más o menos importante: un verdadero carnaval se desataba en cada uno de esos arribos. Las fiestas callejeras, que en ocasiones duraban dos o tres noches con sus días, iban desgastando el poder del avance. El carnaval no estaba desprovisto de violencia, ya que los saqueos, atentados y violaciones se sucedían continuamente. Las evacuaciones masivas comenzaron a producirse a medida que los rumores de violencia y saqueo antecedían a la horda. Principalmente funcionarios, agentes policiales, sacerdotes y comerciantes constituyeron la aterrada avanzada de la avalancha.

Este ademán descontrolado de los sectores más marginales de la gran marea humana, sin embargo, fue pron-

to sofocado por la presencia ejemplar de una multitud de pequeños líderes que comenzaron a dirigir y controlar la furia de los festejos.

La primera resistencia institucional fue planeada minuciosamente por la inteligencia del Estado. En lugar de ataques sucesivos se optó por un enfrentamiento definitivo con la horda, un enfrentamiento que destruyera el avance y que, al mismo tiempo, fuera ejemplar y disuadiera otros intentos posteriores.

La ciudad de Córdoba fue elegida como el punto de choque. El Tercer Cuerpo de Ejército fue encargado de ejecutar el ejemplar castigo.

Todo el mortífero poder de la guerra fue preparado para detener la marabunta.

La propaganda, eficazmente dirigida sobre la población, desató una ola de terror entre los cordobeses. Millares de voluntarios se presentaron y fueron alistados para defender la ciudad.

El 15 de octubre de 1999, un ejército de más de cien mil desharrapados se cirnió como una sombra sobre las fronteras de la provincia de Córdoba.

El avance se detuvo. Las radios clandestinas transmitían desesperados mensajes aconsejando a la multitud que retrocediera.

La caótica masa de invasores recibía órdenes y contraórdenes hasta que, sin que se sepa aún hoy cómo fue que se decidió, en la noche del 18 de octubre se inició la invasión.

TODO CRIMEN ES POLITICO

Nunca deja de sorprenderme esa mecánica casi rutinaria que utilizan los políticos, los medios de comunicación y hasta la abstracta opinión pública para obviar la existencia de ciertos fenómenos siniestros que acontecen en el entramado de la convivencia social.

Un ejemplo puede ser la tolerancia institucional hacia ciertas acciones delictivas que cometen los propios agentes del Estado. Existen hasta tarifas estipuladas que la Policía Federal cobra para brindar protección y seguridad en los recitales de rock y otros eventos masivos o simplemente para instalar custodias en un barrio o en una institución. Los agentes que participan en tales tareas no lo hacen como ciudadanos fuera de su horario de trabajo, no: trabajan utilizando uniforme y credencial y, por tanto, son representantes del Estado. ¿No resultaría absurdo que los diputados cobraran tarifas especiales para investigar ciertas denuncias o que los bomberos demandaran tarifas para determinado tipo de incendios? No hay duda de que esos arreglos son coimas institucionalizadas, no por ello menos delictivas. Sin embargo, la sociedad acepta ese arreglo y no lo cuestiona. En ocasiones son los propios músicos quienes contratan esos servicios para que controlen a los exaltados o amedrenten a los alborotadores.

Más grave es este segundo ejemplo: el atentado a Pino Solanas reveló en términos económicos la diferente cotización que tienen las vidas humanas en el mercado social. Solanas y otros artistas pueden exigir protección policial y esa notoriedad que les confiere su rol obliga a las autoridades a brindarles seguridad. A nadie se le ocurriría plantear la evidente injusticia que queda de manifiesto cuando esos mismos riesgos los corre un marginado, un obrero o un villero. Cuando la policía asesina a un —como ellos dicen— negrito en Lugano o en Quilmes, la desgracia se pierde como un náufrago en el océano de noticias que se desplaza en los diarios y noticieros.

El crimen de Walter Bulacio movilizó a ciertos sectores marginales de la cultura y a los estudiantes pero no a los músicos de rock, que son responsables de todo cuanto acontezca en los eventos que organizan.

En la cotización del mercado de valores humanos, la vida de Solanas vale más que la de Walter, y la de este estudiante tiene mayor valor que la de un desocupado de la villa.

Es la clase media y esa poderosa anestesia con la que duermen sus impulsos vitales, una clase media que tiene apoyado su blando culo sobre la silla de alguna conveniencia personal. Antes siquiera de conmoverse por el asesinato de un joven, prefiere criticar las adhesiones y marchas que se realizan exigiendo justicia: "Están politizando la muerte del pibe", comentan los miserables.

La posición extrema que ocupan en el mapa político argentino tanto el MAS como el PO convierten la participación de estas organizaciones en protestas de este tipo en blanco de ese juego sucio, y hasta el propio gobierno hace uso de esos recursos. Lo siniestro de ese juego es que logra un efecto de aislamiento social, como si realmente todo esto no le sucediera a un semejante.

Todo asesinato es político. Y todo el pueblo debe exigir justicia cuando el Estado asesina a un adolescente, a quien —justamente— debería haber protegido.

Los miserables dicen: "Están usando la muerte de Walter".

Sí, yo estoy usando la muerte de Walter. Para que no haya otra. Para que el próximo no sea yo, ni tampoco uno de mis amigos, ni los amigos de mis amigos, ni nadie que ande por ahí intentando vivir.

¡CAE CORDOBA!

El espectáculo que describieron los corresponsales era sobrecogedor: carreteras, campos y estancias se habían convertido en gigantescos campamentos y miles de fogatas iluminaban este dantesco ejército de humillados. Niños, mujeres, ancianos, asesinos, hambreados, intelectuales, campesinos e indígenas —armados con fusiles, armas cortas y hasta grotescos palos— habían inciado su marcha hacia Córdoba cuando la artillería abrió fuego indiscriminado sobre la masa. Roger Philips, en *Argentina, la marabunta de la historia*, sostiene que aquel cañoneo fue el motivo principal de la derrota gubernamental: "Si bien históricamente las fuerzas armadas se habían comportado sin contemplación, llegada la hora de reprimir al pueblo sublevado nunca se habían enfrentado tan frontalmente. Cuando la infantería avanzó sobre el terreno bombardeado y los soldados, en lugar de una resistencia, se encontraron con cuerpos mutilados, niños muertos y una multitud desconsolada, tal visión pesadillesca paralizó su accionar represivo. Aquella larga noche del 18 de octubre y hasta las primeras luces del amanecer, los alrededores de la ciudad se convirtieron en un gigantesco hospital recorrido por civiles y uniformados que atendían a los heridos o sepultaban a los muertos".

Los cordobeses, enterados de la matanza, abandonaron las trincheras y salieron al descampado para auxiliar a las víctimas.

Radio Expreso, la emisora clandestina con mayor audiencia, no cesó de transmitir desesperados mensajes de auxilio.

En Washington, Londres, París y otras capitales del Primer Mundo la noticia de la guerra civil en la Argentina estalló en la primera plana de todos los diarios. Los gobiernos del Brasil, Paraguay, Chile y Bolivia declararon el estado de emergencia y cubrieron las fronteras con soldados. Las comunicaciones con Córdoba estaban interrumpidas pero era notorio el quiebre que habían sufrido las fuerzas armadas y se sucedían los rumores de levantamientos de la oficialidad.

La guerra en Córdoba terminó casi antes de comenzar. El 23 de octubre la ciudad había sido ocupada pacíficamente por los invasores. Dice Jacques Moncassin: "La horda caótica que llegó a las puertas de la ciudad se transformó al entrar en ella en un organismo solidario y disciplinado".

El 25 de octubre se declaró oficialmente que la ciudad de Córdoba había caído arrasada por el ejército del pueblo.

EL HONGO MISTERIOSO

El biólogo Otto Lewin, en su *Catálogo de fenómenos naturales*, da cuenta de uno de los seres de comportamiento más filosóficamente misteriosos creados por la naturaleza. Se trata del hongo Rymus, y Lewin así lo describe: "Crece y se desarrolla en la corteza de los grandes árboles y, observado atentamente, en él sólo pueden distinguirse un montón de seres separados y de conducta ajena y diferente entre sí. No parecen de ninguna manera un organismo complejo, sino células actuando con dirección y destino propios. En un momento de un proceso que la ciencia aún no puede determinar, todos esos seres individuados reciben un llamado y comienzan a unir sus destinos. Como si el caos aparente fuera sólo la apariencia de un orden más profundo, todas las células se encuentran en un rumbo común y forman un organismo coherente con un destino colectivo. Nadie ha podido todavía explicar el comportamiento de los Rymus".

Al igual que los hongos Rymus, las células individuales que conformaban esa marabunta humana rodeando la capital argentina recibieron ese misterioso e inexplicable llamado interior al orden y la unión. Nunca pudo precisarse con exactitud el caudal de aquella masa: los cálculos más exagerados hablaban de cinco millones de individuos y quizá la cifra aún se quedase corta. Lo cierto es que en los días previos al ataque final, luego de recibir mortales golpes asestados por las fuerzas del ejérci-

to aún leales al gobierno, diezmados por el hambre y las enfermedades, el síndrome organizativo se fue consolidando. Locos, enfermos incurables, heridos, suicidas, héroes anónimos formaron las primeras líneas del avance, las que ineludiblemente habrían de ser arrasadas en las primeras confrontaciones.

El 15 de diciembre por la noche la marabunta tenía el sonido de un avispero. Nadie dormía, todo bullía. Los defensores supieron que la batalla final estaba por comenzar. El 16 de diciembre se inició el asalto.

LA FE NO ES UNA PALABRA

por Jorge Aón

O se ha perdido la fe o no se la ha encontrado nunca.

Todo lo demás es aquello que llamamos una forma de vida y que, en realidad, consiste en un arbitrario rompecabezas racional en el que cualquier ansiedad encaja con su justa explicación y todos los miedos escapan de sí mismos.

Eso que se denomina "la burguesía" es un aséptico apelativo utilizado para dominar lo que ha muerto o lo que nunca tuvo vida, el último refugio de un sistema biológico que sobrevive en un laboratorio teórico.

¿Qué es la fe?

Para los sobrevivientes que naufragan en este Occidente extraterrestre, la fe es ese registro paranoico de Dios.

¿Y qué es Dios?

Es esa voz obsesiva y al mismo tiempo inaudible que desde niños nos persigue y desde el origen del destino nos reclama. Sólo se escucha al poner la oreja en el corazón de los fenómenos.

¿Y qué es el corazón?

No es ese reloj destartalado que marca las horas del breve ciclo de aquel que lo instaló: es el tam tam de una milenaria estrella destellando en los cielos de Bagdag y mucho antes en los cielos de Tebas.

Cuando la fe habla con palabras señala los caminos más arduos, los obstáculos más siniestros, los oscurecimientos más perdurables. La razón es el sepulcro donde las palabras entierran tu fe.

El ciego de nacimiento no puede sufrir la ausencia de lo que desconoce. En sus eternas penumbras reconoce los movimientos de quien ve y los confunde con los propios.

En cambio, quien perdió la visión y ya no puede recuperarla renegará de su existencia.

Por eso tengo fe en la guerra santa, en la puerta mágica de Bagdag. Y a través de mi fe reconozco al enemigo. Muy cerca, viene montado en una horda de palabras. No invade mis ciudades ni teme a mis ejércitos; no saquea mis riquezas ni viola a mis mujeres. Sólo quiere robarme la fe. Huid hasta el confín del desierto, hasta que la fe ahogue al enemigo.

TELEFONO ROJO

Desde los sangrientos sucesos de San Agustín, el gobierno de los Estados Unidos fue retirando lenta y progresivamente todo su apoyo al argentino. A través de sus informantes infiltrados en las distintas esferas del poder, Washington comprendió que no existían proyectos de golpes militares factibles de ser apoyados ni proyectos políticos que solventar. Durante todo el proceso que siguió a la rebelión agustiniana los expertos del Norte se dedicaron pacientemente a observar y analizar la evolución del conflicto. A fines de noviembre, la gravedad de la crisis argentina radicaba en la posibilidad de que se tornara continental.

Fue entonces que el alto mando de las fuerzas armadas presentó un proyecto desesperado. Lo llamaron Happy Year por ser un proyecto de rápida ejecución y con un alto porcentaje de éxito. El plan consistía en un ataque masivo de la fuerza aérea sobre las masas que se cernían sobre la capital. Se utilizarían bombas sofisticadas como las Neutrinas, llamadas así por su alto poder destructivo, con un radio de acción de casi quinientos metros por proyectil.

A continuación, o casi al mismo tiempo, se producía un desembarco masivo de marines que impondrían el orden en el caos reinante después del bombardeo. Todo el operativo culminaría en tres días. El teléfono rojo no cesó de funcionar en esos días. El presidente ruso conocía

a grandes rasgos las características del plan Happy Year y se oponía rotundamente a su utilización. Si bien en 1999 la estabilidad del poder mundial había sufrido un peligroso desequilibrio favorable a los norteamericanos, éstos estaban lejos de considerar la posibilidad de un conflicto mundial y menos aún cuando su propia base territorial se veía amenazada por graves conflictos.

La Argentina era un ghetto. Sin comercio exterior ni turismo, interrumpida la mayor parte de los vuelos internacionales y con un riguroso control de la información, se hallaba aislada del resto del mundo. Mientras el corazón de todos los humildes y desesperados de América leía atentamente las entrelíneas de diarios y noticieros, el destino de Buenos Aires y de la Argentina se decidía en los tableros de las grandes potencias mundiales.

EL ASALTO

La noche del 16 de diciembre fue luego conocida como la Noche de las Antorchas: los combatientes iban circulando alrededor de las decenas de miles de fogones encendidos en el conurbano y prendían antorchas. Nadie fijó previamente la hora del ataque. Desde el sur se inició cerca de las tres de la madrugada, cuando a través de los accesos de La Boca y de Barracas los primeros grupos intentaron quebrar el vallado defensivo. En la General Paz el ataque se inició a las dos de la mañana. Un simultáneo alzamiento se produjo en todas las villas de la zona sur.

Algunos estudiosos sostienen la importancia de las radios clandestinas que mantenían informados a los distintos grupos sobre el accionar de los restantes. Hecho sumamente improbable, ya que estas radios habían sido interceptadas por el ejército y a través de ellas se emitían falsas noticias para amedrentar y confundir a los atacantes.

En las líneas defensivas ubicadas sobre los accesos a la ciudad se produjeron algunas ejecuciones sumarias de soldados que se negaban a disparar sobre la multitud.

Ese primer ataque fue rápido e imprevisto. Los oficiales responsables de las distintas líneas defensivas no podían salir de su asombro ante la actitud suicida de aquellos hombres que avanzaban directamente hacia la boca de los cañones y ametralladoras para hacerse matar. El loco plan de los invasores parecía consistir precisamente

en sacrificar la vida de miles de atacantes mientras otros iban alcanzando las posiciones. En tres horas de combate, las fuerzas gubernamentales produjeron más de siete mil muertos y el doble de heridos.

Pero la condición de los sitiados en el amancer del día 17 era desesperada. Un numeroso contingente se había infiltrado por la avenida Rivadavia y avanzaba hacia Liniers para tomar al enemigo entre dos flancos.

Mientras tanto, en La Boca se libraba la Batalla de Caminito, tal como la denominó el sociólogo francés Jacques Moncassin: "Allí, en el cuerpo a cuerpo de la infantería contra el pueblo, fue cuando la guerra se decidió. Los soldados, que tenían un mayor entrenamiento y que contaban con un armamento muy superior, se negaron a rematar a sus enemigos. Fue en la Batalla de Caminito donde se inició la deserción masiva de efectivos militares. Los soldados se pasaban al otro bando".

A las siete de la mañana despegaron los mortales Mingos de la fuerza aérea con la orden de bombardear a los invasores.

ARDE BAGDAD

Oh, Bagdad,
todo hombre de discernimiento
derramará lágrimas por ti,
mas no te aflijas:
tú eres la sede de la luz
y alrededor de ti circulará
el concurso de los creyentes.
(Bahá 'U' Llah, 1870)

Nunca olvidaré la irracional alegría que sentí (¿qué otra clase de alegría puede sentirse?) cuando una mañana de agosto leí en los titulares de *Clarín* la noticia de la ocupación iraquesa a Kuwait. Debo confesar que soy poseedor de enormes lagunas informativas y que muy poco sabía de Irak y nada de Kuwait. Pero por el tono de la nota supe inmediatamente que alguien había colocado un peligroso petardo en el culo de esa miserable paz establecida para encerrar definitivamente los resentimientos del mundo en las mazmorras burocráticas del Imperio.

Al principio éramos unos pocos quienes nos enardecíamos junto a cada declaración desafiante de Saddam Hussein; con el tiempo la secta se fue ampliando y hasta nos atrevíamos a anunciar nuestra adhesión públicamente.

Viajaba en un tren hacia Valdivia cuando se iniciaron los bombardeos. Alguien que escuchaba una radio me dio la noticia. No me conmoví. Tenía el convencimiento de que estaban preparados para resistir.

Pero los bombardeos eran demoledores. No solamente disparaban aquellos certeros misiles sino que además los B-52 arrojaban miles de toneladas de explosivos convencionales. Todos los días, con creciente ansiedad, leíamos los diarios buscando los primeros signos de la invasión. Nos negábamos a aceptar lo que ya era evidente: las defensas iraquesas serían arrasadas. Festejábamos ingenuamente aquellos heroicos pepinazos en Tel Aviv, en Arabia o en Jerusalén, que eran sólo los golpes aislados de un boxeador al borde de la caída.

La guerra más cobarde de que la historia tenga memoria fue apenas un flash. Todos contra uno. Todos los ejércitos, todas las tecnologías y economías, todos los países. Y todos los medios de comunicación del mundo, transmitiendo en cadena el show de la guerra.

Nos indignaba cualquier postura comprensiva o favorable hacia ese ataque. ¿Nadie se daba cuenta de que un complot mundial de cobardes estaba arrasando a un enemigo inferior?

En nuestro país, la miserable actitud del gobierno —enviar tropas para demostrarle a Bush incondicional amistad— no fue peor que la de los medios de comunicación.

No fue precisamente por lo que se leía en los diarios o se escuchaba en los noticieros que en las canchas de fútbol y en los recitales de rock se coreaban masivamente los nombres de Saddam y de Irak. Aquel fenómeno era comprensible sólo a la luz de la sinrazón. Era una salvaje intuición capaz de percibir el eco de los pasos que en algún remoto lugar del planeta se levantaban contra el poder.

¿Por qué apoyar a Irak?

Entre las preguntas que los árabes jamás se hacen o no responden se encuentra "¿por qué?". El porqué es la trampa que tiende el discurso burgués dominante para inhabilitar los impulsos afirmativos, las espontáneas manifestaciones del sentir. En todo caso habría que devolverle la pregunta a la razón: ¿por qué hay que buscar la razón?

Esta guerra santa no tiene razón. Su carácter económico o político corresponde a la descripción déspota que se realiza desde el capitalismo. Es la guerra santa contra ese secreto poder que levantó el brazo de una conspiración mundial no con la finalidad de liberar a Kuwait sino de aplastar a Irak. La misma fuerza que aplastó las revueltas populares. Esa fuerza secreta que gestó la traición en el seno del Partido Comunista Soviético manipulando una auténtica revolución popular en una dictadura de la burocracia, un partido comunista que luego se expandió como un virus por todo el planeta, un esquema partidario de funcionamiento militarizado cuya verdadera función fue bloquear y retrasar las revoluciones nacionales.

Esa misma fuerza secreta que controla el poder económico en los Estados Unidos, ese poder que ha ido modelando estas horrorosas ciudades con paisajes demoníacos formados por el encadenamiento constante de instituciones bancarias, comercios y oficinas, donde los hombres desaparecen absorbidos por ese paisaje.

Dicen que Bagdad está ardiendo. La ciudad más bella del mundo. La cuna de las culturas y de los misterios más antiguos. Para los árabes las ciudades son sólo construcciones provisorias: para ellos el país es la tierra que siempre permanece y sobre la que los hombres alzan sus sueños.

El mundo ha sido arrasado y nosotros vivimos sobre esas ruinas. Pero nadie puede seguir vivo mucho tiempo entre los escombros de una pasión derrotada, escla-

vizado a un rito convivencial que carece de dignidad y de gloria, sumergido en un clima social contaminado por las emanacionmes tóxicas del consumo.

Cuando era niño siempre soñaba con ser uno de esos héroes. Un héroe es un tipo que se enfrenta al mundo para decirle "No". Cada vez que encuentro un ejemplo en el congelado escenario de los sucesos siento una profunda conmoción que hace temblar el piso de la trampa donde está encerrada mi existencia: no es digno vivir para tomar otro plato de sopa mañana.

Bagdad arde y sus llamas iluminan una leyenda. Esas llamas atraen la mirada de todos los hombres rebeldes y desesperados del planeta. Esas llamas son el faro que ilumina el rumbo de los que aún intentan navegar hacia la libertad. Y la libertad se encuentra allí donde nos convoque el peligro.

El futuro inició su peregrinación desde Bagdad.

MATANZA DESDE EL AIRE

La única experiencia en bombardeos aéreos con que contaban los porteños en toda su historia se había producido en el mes de junio de 1955, cuando algunos aviones de la marina bombardearon la Plaza de Mayo.

Pero la fuerza aérea no había sido responsable de aquel cruento episodio. La Guerra de las Malvinas (1982) les había conferido un enorme prestigio incluso internacional y hasta un curioso respeto popular. Ahora se veían compelidos a utilizar sus mortíferos aviones para arrasar camionetas y hombres armados con palos de escoba.

La primera tanda de tres Mingos partió a las siete desde El Palomar. Portaban misiles Rainbow, bombas incendiarias de alcance restringido y ametralladoras con balas trazadoras. Los aviones realizaron dos pasadas rasantes sobre la avenida General Paz. El piloto Ricardo Ambrossi, que desertó y aterrizó en Uruguay, declaró a la prensa internacional: "Era impresionante, se veía gente hasta el horizonte. Eso era todo el pueblo. ¿Contra quién estábamos peleando? ¿Contra todo el pueblo?".

Los otros dos Mingos descargaron su arsenal sobre la muchedumbre. Más que la matanza, el terror lo produjo el sonido y el color de las explosiones. Aquellas gentes nunca habían escuchado ni remotamente semejante calidad e intensidad sonora; el síndrome de bombardeo se propagó, el aturdimiento y la locura momentánea hicieron presa de las masas.

A las ocho partieron otros doce Mingos en distintas direcciones y atacaron las columnas invasoras en sus puntos neurálgicos de concentración, desatando un caos incontenible. Decenas de miles de personas fueron fulminadas en apenas dos horas de bombardeos.

Increíblemente, la marabunta, como un organismo indestructible que se recompone una y otra vez, continuaba avanzando, pasando por encima de los muertos y mutilados.

La palabara "venganza" se convirtió en el mantra mágico que les restauraba energía para continuar avanzando.

En el comando central, ubicado en un lugar de la ciudad que hasta hoy se ignora, se consideró positivo el resultado de la media docena de bombardeos realizados a lo largo de aquella jornada. Cálculos arbitrarios hablaban de doscientas cincuenta mil bajas, entre muertos y heridos. La aviación era indudablemente el arma más eficaz para derrotar a la horda. Sin embargo, su accionar tenía un límite, y ya había sido rebasado. Más de medio millón de combatientes habían conseguido quebrar las líneas defensivas y estaban ingresando en la ciudad. La decisión entonces era si se bombardeaba o no se bombardeaba el centro de la ciudad.

¿QUIEN GOBIERNA?

El 17 de diciembre fue un día de tregua, aunque no de quietud. Mientras los invasores continuaban atravesando las barreras y controles defensivos, el ejército y la infantería de marina retrocedían hasta los límites mismos de la Capital Federal preparándose para un combate definitivo.

"El bombardeo a Buenos Aires" fue titular de todos los diarios importantes del mundo y los comentarios editoriales, por primera vez, ponían al tanto a los lectores sobre lo terminal de la situación. El destino de Latinoamérica estaba jugándose en las calles de la capital argentina. Los efectos de los bombardeos fueron devastadores. Miles de heridos y mutilados agonizaban en las calles sin que la Cruz Roja ni los improvisados grupos sanitarios dieran abasto para intentar socorrerlos. La falta de medicamentos indispensables, de ambulancias y de otros equipamientos fue causante a lo largo de esa semana de centenares de muertes innecesarias. El shock para la fuerza aérea se hizo evidente ese mismo día. Los pilotos responsables del bombardeo sufrieron profundas alteraciones mentales y el resto de los integrantes de la fuerza se negó a masacrar a la población y mucho más a dejar caer sus mortíferas bombas sobre la propia ciudad.

Buenos Aires era una cuadrícula humeante y las primeras ruinas creadas por la guerra ya se podían observar en La Boca, Liniers y algunos puntos aislados. La po-

licía federal había sido prácticamente derrotada en la sórdida lucha con los elementos del hampa. La mayoría de los agentes del orden abandonaron sus puestos y se unieron a las bandas.

Un pequeño ejército de malhechores recorría la ciudad con patrulleros y armas pesadas.

En la tarde del 17 de diciembre de 1999, el gobierno presentó su renuncia. Según Roger Philips, autor de *Argentina, la marabunta de la historia*, "esa noche partieron dos aviones colmados de funcionarios, militares de alto rango y otras figuras de la administración pública que huían de la venganza popular que se avecinaba. La Argentina quedó descerebrada y fue el primer caso de un país en toda la historia de Occidente que quedó acéfalo de gobierno".

Un grupo de oficiales, que conservó cautelosamente su anonimato, se comunicó con la población a través de radios y periódicos para hacerse cargo de la defensa de la ciudad "hasta que la democracia se reconstituya". Fue una lluvia de verano. Duró hasta el amanecer del día 18. La ciudad no era de nadie.

¡GUERRA AL AMOR!

por el licenciado José Luis Galeano

El amor es un fluido que se congela cuando dos personas lo encierran en la jaula de un circuito cerrado. Las casas y las habitaciones existen como consecuencia de la maldición del amor. Las manadas fueron separadas, los solitarios condenados; a los bares entra la policía para arrestar a los que andan desamando.

Cuando el demonio monoteísta expulsó a los dioses paganos del templo mental desde donde los hombres los proyectaban, ellos maldijeron a la humanidad.

El amor es el odio de los dioses.

¿Qué es el amor?

A pesar de que la mayoría de las personas se incline a pensar lo contrario, esa pregunta es muy difícil de responder. Lo más evidente de esa dificultad que menciono es la multiplicidad de objetivos que se le adjudica: amor filial, amor de pareja, amor a la patria y hasta amor a la humanidad.

Siendo nuestra intención referirnos a "ese fenómeno erótico-afectivo que une a las personas", liberaremos al vocablo del enorme peso de todos esos objetivos.

En Occidente, la aparición más intensa e impregnadora de los últimos veinte siglos es la frase que se le adjudica al misterioso señor Jesucristo: "Amarás a tu próji-

mo como a ti mismo". En esta frase ya aparece el problema del amor. Es un mandato social, una propuesta de convivencia. Pero lo más curioso de esta frase es la afirmación que se utiliza de premisa y sobre la que se funda la posibilidad de cumplir el mandato: "como a ti mismo". Se afirma la existencia de un amor propio que puede ser usado como modelo.

La primera referencia escrita de la palabra amor surge en el año 1140. Antes, ¿no existía el amor? No es eso: significa que esa palabra fue elaborada para resignificar o alterar la composición química de otro vocablo. La palabra "Thor" es raíz de la palabra tormenta, pero Thor era un dios y la tormenta un fenómeno meteorológico.

El término latino "amare" no se refiere al amor entre padres e hijos, o entre hombres y mujeres, sino que designa la amistad. Se ama al amigo, se desama al enemigo. Es una concepción territorial del amor: amigo es lo conocido y por tanto confiable, enemigo es lo desconocido y por ello peligroso. Amar es avanzar hacia lo desconocido.

Existe una coincidencia entre el mandato de Cristo y el significado de esa palabra en su origen latino: ambas visiones denuncian la existencia de lo peligroso y el amor es la voluntad de evitar el peligro, de dominarlo. Si no somos amados seremos destruidos. Si no los amamos los eliminaremos. El amor es, entonces, la frontera con lo siniestro.

El horror del pacto

El sentimiento que universalmente se le opone al amor es el odio. El odio sería el estado natural de la convivencia humana; el odio y sus laberínticas memorias es el territorio sobre el cual viene a operar el amor. Hay que amar porque, en realidad, se odia.

Hasta ayer, la historia de la humanidad ha sido la historia de una guerra.

Si es posible concebir la mayor de las aberraciones abstractas del amor se trata del "amor a la humanidad". No sólo no es posible que alguien se conmueva en Bolivia cuando lee que un meteoro segó veinte o treinta mil vidas humanas en Mozambique: no es sólo la distancia emocional sino que además el número inhibe la posibilidad de cualquier identificación emocional. Tampoco es posible amar a una especie a la que se pertenece y mucho menos a cada uno de sus miembros. Vamos, que no existe la humanidad: existen el barrio, la calle, el club y —curiosa abstracción— la patria. Porque la esencia misma del mandato lo ordena: se ama a una madre y no a las madres de los demás; se desea a un hombre y no a todos los hombres.

El amor que propone el mandato necesita de manera imprescindible de un pacto limitativo, una concepción económica del dispendio de energía amatoria: una bombilla de cuarenta wats puede iluminar un cuarto pero no a todo un edificio; una mujer puede amar a un hombre, no a veinte. El amor es un pacto de amor. Un pacto que pretende defenderse de los peligros que acechan al amor. ¿Y cuál es el peligro que debe vigilar el pacto? El pacto se vigila y se controla a sí mismo. Es un pacto que no sólo necesita la continua vigilancia de sí mismo sino que, además, necesita alimentar el sentimiento que protege. Dicho de otra manera, debo vigilar que nadie desestructure nuestro amor desde afuera y al mismo tiempo vigilar que nuestro amor siga estructurando el pacto que lo protege.

Me acuerdo de aquel beso

Esa concepción del amor en permanente estado de alerta contra el peligro que lo rodea, asediado por los reales o imaginarios deseos desestructuradores de los demás, está condenada al fracaso. Fracasa si al exponerse se desestructura y fracasa cuando al no hacerlo nunca se expone. Eso no puede ser el amor. Eso seguramente es el campo operacional de una maniobra maligna.

¿Cómo llegar entonces a ese amor que oculta este amor que he descripto? Mediante una operación completa de desamorización, la búsqueda de una experiencia de la autonomía. No es estar solo porque no se puede amar sino, por el contrario, estar solo para intentarlo.

Desde la soledad se percibe el flash de ese misterio que palpita bajo el edificio del amor. Está en el corazón de un niño perdido, pero que no busca a su madre. Está en enamorarse del amor, en los romances de las miradas, en las ternuras que caminan despacio sobre la fragilidad de una caricia, en los besos que no se dan sino que son el efecto de un viento que empuja las bocas.

Para conocer ese amor ignominioso es imprescindible declararle la guerra al amor.

Quizás haya llegado el tiempo de la traición y del sabotaje. La esclavitud existe porque se respetan las leyes de la hospitalidad. Para encontrarse hay que andar solo y perdido. Hay que andar por ahí, cerca de una estación, y encontrarse justo cuando nuestros trenes están a punto de separarnos.

Porque esa es la única frase que puede decir la vida: "Amor, infinita es la ausencia y eterna es la soledad".

¡CIUDAD TOMADA!

Mucho antes de que invasores y defensores lo advirtieran, Buenos Aires ya había caído.

Era tan grande el caos que cundía en ambos bandos que se suponían focos de resistencia donde no los había o se veían avanzar ejércitos donde éstos se habían retirado. Pero la carga más pesada del caos la tenían el ejército y el resto de las fuerzas armadas. Era el momento de defender la ciudad calle por calle y de prepararse a sostener una guerra civil prolongada y cruel, pero la indisciplina y la deserción desconstituyeron el poder orgánico de los defensores. La mayor parte de los soldados eran los así llamados cabecitas negras y producían sabotajes, robaban armas y ejecutaban oficiales. El alto mando decidió una invisible retirada hacia Campo de Mayo para atrincherarse allí y preparar un contraataque. Tal contraataque nunca existió.

El 19 de diciembre la ciudad se dio por tomada. Los diarios *Clarín* y *La Nación*, tomados por la planta de trabajadores, publicaron sendos espectaculares títulos: "¡Triunfó la Revolución!" y "¡Cayó la dictadura!". Nadie aclaraba —porque nadie lo sabía— de qué clase de revolución se trataba ni quiénes eran los nuevos gobernantes.

Salvador Aón, Rogelio Duarte y los hermanos Catenacci, las cabezas visibles de la revuelta, habían instalado su bunker en pleno centro de la ciudad, en Corrientes

y Billinghurst. Allí planificaban la estrategia a adoptar. Tenían muchos y graves problemas. Las toneladas de cocaína que se habían repartido entre la masa de combatientes amenazaban con convertirse en un arma de doble filo, ya que se iniciaban ahora la matanza y el saqueo. Si bien habían derrotado al ejército, ahora tenían que iniciar una nueva y desgastante guerra contra las bandas y pandillas que gobernaban la ciudad.

Decenas de miles de personas festejaban enfervorizadas recorriendo la ciudad y por las noches aún se sucedían combates aislados.

El Congreso y la Casa Rosada fueron los últimos bastiones del sistema en rendirse. La vida de los granaderos fue respetada, pero decenas de diputados y senadores, así como tres ministros y otros funcionarios, fueron hechos prisioneros y juzgados sumariamente por un tribunal presidido por Salvador Aón. Había solamente dos sentencias: libertad o fusilamiento.

LA GUERRA DE PAPA NOEL

La pesadilla parecía eternizarse para los sufridos pobladores de Buenos Aires. La guerra contra el ejército y la clase política había terminado. Ahora lucharían los civiles entre sí por la posesión del poder. Las tribus y pandillas locales se habían atrincherado en sus zonas de liderazgo natural: Barracas, San Telmo, La Boca, Villa Crespo y ciertos barrios del conurbano. Carecían de unión entre ellas y tampoco tenían un líder que las condujera. Luchaban separadamente, usando estrategias diferentes. Si triunfaban en la lucha contra los provincianos, seguirían combatiendo entre ellas tratando de ampliar sus territorios. Pero los invasores decidieron dar el primer golpe, y mucho antes de lo esperado. Fue la denominada Navidad Sangrienta.

El 24 de diciembre de 1999 al atardecer, Salvador Aón, César Catenacci (su hermano Genaro había sido muerto en la batalla) y Rogelio Duarte comandaron tres grupos de exterminio que se adentraron en los territorios enemigos. Habían realizado un minucioso estudio previo para ubicar las madrigueras y aguantaderos de los principales cabecillas barriales.

Encaramados en camiones, automóviles y hasta patrulleros, una lenta procesión se dirigió hacia el sur. Salvador Aón invadió La Boca mientras Rogelio Duarte combatía en San Telmo. El Parque Lezama se convirtió en el cuartel general de los provincianos, desde donde ametra-

llaban y cañoneaban los edificios linderos. La matanza fue calle por calle, conventillo por conventillo. Las temidas hordas norteñas de César Catenacci llevaban la batalla más dura en Barracas y debieron recibir posterior ayuda de sus compinches para hacer retroceder al enemigo hasta el río y empujarlo a la provincia. Se combatió durante toda la noche y, cuando las bandas del oeste avanzaron hacia el centro, alertadas del sorpresivo ataque, se encontraron con una guerra perdida. Los enfrentamientos siguieron durante el 25 y 26 en Villa Crespo y Mataderos. Pero el triunfo ya estaba decidido. Esa noche fueron ajusticiados más de mil proxenetas, vendedores de drogas, pistoleros y otros malvivientes, además de los caídos combatiendo. Decididamente el poder absoluto de un país partido e incomunicado estaba en manos del trío de provincianos que tomaron la ciudad. Salvador Aón era el jefe indiscutido de la revolución, así como Harfusch, El Libanés, era su símbolo.

Los últimos disparos que se escucharon en Buenos Aires sonaron el día 27 a la mañana: dos violadores fueron fusilados en la calle Corrientes. La guerra había terminado.

NOCHE ROJA

(Con la colaboración de Roberto Galán, Jaime Morrison, Antonio Artaud, Diego Maradona, Guillermo Burroughs, Tomás Waits y Enrique Miller)

Qué ingenuidad fue burlarse de todos esos slogans tan burdos que fueron diseñando, bocetando y construyendo estas cárceles invisibles, que no quedan ni en Devoto ni en Olmos ni en el Borda. Esa celda de ideas encadenadas y tejidas en millones de cerebros, con cuatro paredes mentales que te van cercando en un trabajo de arquitectura vudú que Artaud veía con la misma flasheante nitidez con que vos podés ver al amanecer, brillando sobre los reflejos del sol, las babas de esa tela que la araña subida al techo del mundo va estirando para cazar cabezas y empollar en ellas sus crías trasmisoras.

No importa si se entiende, pero existen esos instrumentos de tortura que son las cadenas asociativas de todas las personas que te rodean y que, imperceptiblemente, son conectadas con la secreta onda corta por donde trasmiten un mensaje que vos no podés recibir. Sólo podés sufrir las consecuencias. Existe esa maldita manipulación.

Cuando la música deja de seguirle los pasos a la danza y cuando la poesía no escucha los vientos de la música, una implacable red de palabras e imágenes muer-

tas congela la risa. Tu risa, el enemigo implacable de todos los fantasmas y virus existentes.

"No cojas" es el hit que cantan entre tus piernas los coros de la Iglesia Científica Apostólica Japonesa. Pedí hora en alguna parte, consultá un *experto*. Buscá nuevos amigos.

A todo esto,

¿Dónde están tus amigos?

No es como en el tango, en las buenas y en las malas. En las malas te hunden con su naufragio y en las buenas se cortan solos en su vuelo. Amigos para los remedios o para las flores. Amigos para aconsejarte y no para ir juntos a romperle el culo al Concejo.

Todavía me entristece recordar esa tristísima noche, creo que del 23 de mayo de 1991. Ibamos flotando en una marcha tipo caravana por Paseo Colón con Tom Lupo, Vera Land y Gisela. Y los vimos: eran cuatro mil patrulleros y carros de asalto. Al otro día, la sombra de un presagio se confirmaba: lo habían llevado a Maradona. Esa noche todos los Maradonas del mundo fueron traicionados, sometidos y confinados. Porque Maradona es esa conmovedora zona de nuestro tentáculo que estuvo tanteando en la cima del poder. El hombre más famoso del mundo después de Bush. No fue el azar: fue la precisa elección de un bisturí. ¡Cómo sonrieron los ministrios, los locutores, los divanes, los hospitales! Ahora tendrás que buscarte una buena frazada de carne familiar para ocultar tu aire sensual. Tendrás que quemarte los ojos con los anteojos ciegos de nuestra congeladora.

Tu resentimiento no tiene cura. Esto huele a mierda pero nadie tiene culo y están todos en el curso de modales japoneses. Borges decía que la más cruel de las venganzas es el olvido o aún algo peor: el perdón. ¿Sabría él cómo miran los ojos del dolor desde bien abajo? ¿Abajo del tetrabrik y del Rohypnol? ¿Cómo nos estarán mirando los ojos del dolor a nosotros, que hacemos

programas de radio y tevé, revistas, canciones y poesías para endulzar ese metro cuadrado envasado al vacío que ocupamos en el espacio?

Nosotros somos niñas jugando a las muñecas, probándonos vestiditos. Nenes de jardín mostrándonos entre nosotros los juguetes nuevos pero con un candado en la puerta de calle.

Somos casi como Strauss componiendo sus maravillosos valses tan Hollywood sobre los bosques de Viena. Y bajo la lluvia de sacarina de esa música, toda la furia de Wagner estaba concentrada en los pasos de un hombrecito siniestro que caminaba por los bosques de Viena planeando cambiar los pasos del mundo: Adolf Hitler.

Pero ya está. La cocaína y el sida fueron las purgas utilizadas para terminar de evacuar los lenguajes interceptados de la década del 70. Ya lo dijo nuestro héroe cuando terminó de cumplir su condena, hace un par de meses: "Maradona cumplió su condena. Y quiero decirles a todos los Maradonas que andan sueltos por ahí que a ellos también se les terminó su condena. Ahora nos toca jugar a nosotros".

No podemos ahora acovacharnos en el vagón de cola del complot y subir a esos escenarios decadentes sin sentir el desgarro de la laceración final a la que está siendo sometido el ánimo del mundo, esa promiscua fusión de juegos artificiales vertidos sobre la sangre de los alientos, esa obsesiva masturbación que realizan todos los participantes de cualquier rito masivo revolviendo la sopa de la conciencia colectiva.

A través del arte nos ciegan y nos confunden para esclavizarnos. El arte adorna las paredes de nuestra prisión: nos mantiene en silencio, distraídos e indiferentes. Esa es la droga que te permiten. Mediante una planificada operación sacerdotal realizada sobre el sistema nervioso occidental, la palabra droga activa un reflejo de miedo, rechazo y lascivia. ¿Adicción? La única adic-

ción es la palabra. Si querés auténtica droga hacé silencio y atrevete a comer ese plato que se enfría: el universo. Masticate y masticame, que somos la piel y la carne de todo lo que hay.

El exterminio de los cazadores

...fue planeado y ejecutado mediante una sistemática legislación territorial de los Agricultores que te prohibieron usar las armas de tu instinto. Te anestesiaron el olfato para que no te embriagaras con el aroma del peligro. Y vos sabés que sin peligro no existe vida. Aquellas bellas garras que eran tus manos fueron enfundadas en gestos que espantan el roce amoroso del miedo. Olor a tigre, chacal acechador, risa de buitre, paso de horda, mago danzador de tormentas que atrapabas el culo de los rayos para hacer reír a los bosques donde jugaban nuestros niños.

¿Recordás tu niñez? Yo era muy joven y estaba íntegro. Cuando era niño, en mi juventud, el terror del mundo me hacía cagar de risa. La alegría y la tristeza me daban el mismo brillo. Me levantaba a la mañana soñando con mi barco de piratas y por la noche, completamente estrangulado por la miserable vida de la ciudad, bajaba al mar, empuñando estrellas y balas de fiebre para enfrentar al enemigo. No sé cuándo recordé el futuro. ¿A qué edad quedé atrapado por los presagios del futuro? Un día desperté en esta jaula donde nunca hubo hombres ni mujeres sino una nube tóxica de palabras.

El resentimiento es el sentimiento más noble que poseo.

Hace diez años, casualmente en octubre de 1982, organizamos con Jorge Pistochi un festival en uno de los grandes establos de la Sociedad Rural Argentina intentando recaudar fondos para seguir editando la revista *Pan Caliente*. La revista jamás salió. Amándolo, traicioné a Jorge. El jamás me perdonó. El se quedó allí, cuidando aquella vieja calle. Y tiene que ser así. El resen-

timiento es una imprescindible cadena de rencores que viene desde el under del hambre de amor de todos los hombres humillados y traicionados, una cadena de miradas del dolor que te vigila mientras vos te subís cada vez más alto en el mástil del chupete. Cuanto más subís, más te vigila el odio del amor. Hace cien mil millones de años que una ameba todavía vigila y te susurra:

Te estamos mirando, hijo de puta

En los laberínticos galpones donde está instalada esta redacción sobrevive una pequeña jauría de perros flacos y timidones que se las ingenian para subsistir imitando a los gatos: aparecen de noche y simulan no tener hambre. Hace un par de semanas Daniel Riga, mientras diagramaba, tuvo el flash de ver por la ventana cómo un maldito auto aplastaba al más viejo. Los demás perros rodearon el cuerpo inerte y chumbaron al vacío. Era una mezcla de lamento y amenaza. Iban y venían alrededor del cuerpo muerto sin comprender.

Ayer los crucé en el parque. Marchaban en patota y mostraban los dientes. Quizá la avenida Colón sea un enemigo que nunca puedan vencer. Pero la muerte es una invención hospitalaria y los perros lo saben: perdimos el olor pero estamos juntos embarcados en un tren que nos traga. Estamos bailando lejos de las luces y vos me susurrás: nunca vas a volver a casa.

Hasta que de repente la carne quiere vengarse y la sangre despierta y ahora todo lo que hay son olas fosforescentes, olas montadas en caballos que marchan a destruir la historia de la civilización, aun cuando te quede un minuto de vida. Al amanecer, el sol parece la sonrisa de un árabe asesino y las paredes del mundo retroceden aterrorizadas. Allí vamos, mundo, no existís. Somos ángeles de instestinos llameantes y nunca nos venciste, estúpido mundo. Somos más veloces que la luz de tu guión: la longitud del universo se contrae hasta anularse y desaparecer y nuestra vida crece hasta volverse infinita.

¡Qué venganza de la belleza es ver el coño del mundo estallando y a todos los ángeles de Dios volando hacia la nada con un petardo metido en el culo!

Es una gran alegría salir de la bruma para encontrarlos. Cazadores, perros perdidos, vagabundos, rebeldes, queridos amigos.

LOS ULTIMOS DIAS DEL MILENIO

El mundo observaba azorado la explosión humana que había destruido la sociedad argentina. Los últimos días de 1999 se caracterizaron por la vigencia de una discusión planetaria. Una polémica que recorría los canales de televisión, las editoriales de todos los diarios y los gabinetes de todos los países. Dice Roger Philips en su libro *Argentina, la marabunta de la historia*: "El fenómeno argentino era inclasificable. Aquello no era una revolución de izquierda, ni siquiera anarquista: era un estallido comandado por delincuentes y marginales. Nadie podía imaginarse ninguna forma de gobierno ni de organización social. Era la absoluta derrota del futuro, la siniestra amenaza de una descomposición del sistema occidental de convivencia".

En Buenos Aires, mientras tanto, las huestes de Salvador Aón intentaban las primeras formas de orden y organización. El 28 de diciembre fueron tomadas las radios y los canales de televisión y durante todo el día se emitieron mensajes llamando a la calma y al orden. Paralelamente se insinuaba la elección de un nuevo gobierno encabezado por el comandante Aón y los otros cabecillas de la invasión.

Si bien la violencia había saciado su sed en las calles, nuevas amenazas se cernían sobre la ciudad. Iba a ser necesario desalojar a más de cuatro millones de personas que dormían en parques y escaleras, en casas toma-

das, en el Jardín Botánico, en las calles y hasta en las azoteas de los edificios. Millones de personas que cada día era necesario alimentar para que los saqueos no volvieran a iniciarse.

El problema del alimento se estaba tornando muy grave. La falta de comunicaciones, el abandono de las fuerzas de trabajo y la consiguiente falta de producción, la interrupción del comercio exterior y el agotamiento de las reservas en los grandes supermercados indicaban que pronto llegaría a la Argentina la peor de las pestes: el hambre. Masiva, sin distinción de clases sociales. Era urgente recomponer el país, movilizar nuevamente las pesadas ruedas de la producción. ¿Pero cómo se haría? Nadie estaba dispuesto a obedecer ni a regresar a trabajos o empleos que detestaba. Habían salido a matar y a romper el mundo para no regresar nunca a sus miserias.

En el Uruguay, a todo esto, Víctor Sendic preparaba un levantamiento que en pocas semanas haría caer el despiadado co-gobierno del general Martínez y de Luis Bustos. En Brasil, el levantamiento negro en Minas Gerais amenazaba con desencadenar una matanza de blancos en todo el territorio. Estados Unidos ya había decidido su intervención, aun sin el consentimiento de los rusos. En Washington se preparaban los planes de la invasión.

EL ODIO ES UNA PISTOLA FRIA

Hasta en el pentagrama frívolo del aroma a piano se está jugando la última batalla. Todas las charlas en los bares y las casas, todos los proyectos conversan los términos de la rendición: la guerra ha terminado.

Ha llegado la paz tan deseada por los comerciantes: el triunfo de la democracia asesina que mata con una invisible crueldad, crueldad más siniestra que la de los militares. En la tarjeta que el obrero marca a las seis de la mañana en la fábrica de filtros mecánicos para autos está ya dibujado el símbolo del Cuarto Reich, el implacable sueño de ordenar el mundo, la siniestra mente que somete a sus designios, la azarosa tirada de dados que la vida inventa. El orden es el intento del tiempo por matar la eternidad.

Desnudo, el plan nos dice con todo descaro: no hay más que esto.

Todos los fantasmas de todas las miles de guerras y matanzas, de todas las luchas contra la esclavitud hoy brindan en las páginas de los diarios; aliviados, los bisnietos de los fantasmas lamen sus cadenas, porque ahora podrán tener sus cuatro paredes para cuidarse del cáncer.

Habrá ahora palabras de más sazonando un plato vacío. Una tela de ojos y la araña tejiendo en su miedo dormido. Tendrás esas luchas intestinas en la quietud:

esa angustia que tanto te gusta, ese sufrimiento que inventás para no sentir el dolor del mundo que muere, esa tristeza que te hace tan humano. Hay insectos nuevos: crecen en la desidia de la atención, anidan en ese laberinto mullido, casi shopping, que conecta el cariño con la dosis, la cama con el bar, todo el ruido que hacés con la boca para ocultar el silencio de tus actos.

El virus engramará sus mandatos en tu sinapsis.

En estos lugares que habito, ¿a qué jugaremos? La peste de la literatura, la música de cárcel, las artes del consuelo. No habrá mal de amores sino amores del bien, como los locos de manicomio: un puré de rutinas para seguir moviendo las fichas de un juego perdido.

No son hombres aquellos que pueden imaginarse el mundo que viven. Ellos han vivido en un mundo imaginado y nada les duele y nada les goza. Odio ese futuro de plazoleta en donde los niños correrán en motos de video; odio al enemigo y acepto este destino. Seremos tragados para envenenarles el plan de sus siembras.

Estaremos en el corazón de todos los terremotos, en el cuchillo envenenado de todos los virus, vomitando junto a la furia de los volcanes. Resistiremos.

Brindo por esto: sobre la tumba del mundo escupirá uno de nosotros.

EL ULTIMO DIA DEL MILENIO

Y así llegó el 31 de diciembre de 1999. El último día del milenio y, para muchos, el último día de una forma de vida.

Fue un curioso fenómeno el que ocurrió ese día en Buenos Aires y en casi todas las ciudades del interior: la guerra fue olvidada, la violencia desapareció y, por primera vez en la historia del país, el pueblo, sumergido en una crisis inédita en la historia de Occidente, salió a festejar apasionadamente la bienvenida del nuevo año 2000. En los barrios se pusieron enormes mesas en las calles y todos los vecinos aportaban alimentos y bebidas, invitando incluso a los indigentes e invasores que pululaban sin rumbo por las calles. En pleno centro, en la calle Corrientes, en el Congreso, en Plaza Italia, se montaban banquetes de pordioseros dirigidos por los pizzeros y dueños de restaurantes de cada zona. Decenas de miles de desharrapados, a las doce de la noche, brindaron con tazas de ginebra o alcohol de quemar, masticando trozos de pollo o de rata.

La alegría y el delirio que esa noche circularon por las calles del país no estaban seguramente avalados por las posibilidades del futuro. Cien mil marines se aprestaban a desembarcar en Porto Alegre y en Montevideo con la intención de invadir la Argentina. En Uruguay, Víctor Sendic organizaba la defensa de la ciudad mientras, inútilmente, trataba de establecer contacto con los revolucio-

narios argentinos. Las tropas argentinas, alentadas por el avance de las fuerzas imperiales, se reagrupaban y preparaban un feroz contraataque sobre la ciudad. El presidente Hale y el premier ruso Romashín no discutían ya la invasión a Buenos Aires sino la utilización o no de una bomba de neutrones sobre la capital argentina. La peste del hambre se cernía como la mayor y más terrible de las amenazas del futuro. Más de tres millones de cadáveres yacían por los alrededores de la ciudad y millones de personas circulaban por el país tratando de encontrar un nuevo destino.

Pero esa noche se festejó como si fuera la última.

En la Casa Rosada también se festejaba.

Un traficante de drogas, un matarife italiano y un terrorista libanés se emborrachaban sentados sobre las barandas del famoso balcón en donde los hombres de mayor poder de la historia se habían asomado para dirigir multitudes. Salvador Aón, César Catenacci y Rogelio Duarte tomaban ginebra del cuello de la botella y observaban extasiados el cielo estrellado.

La leyenda cuenta que a las doce de la noche Salvador Aón, tomando el último trago, arrojó la botella a la calle y exclamó: "¡Bienvenido seas, maldito siglo XXI! ¡Aquí estamos!". Y la botella de Bols estalló en pedazos sobre las escalinatas de la Casa Rosada.

TRISTEZA NÃO TEM FIM

EL TURISTA
por Ian McEwan

Ya no está la noche del ángel
donde yo era un gato arañando la piel
del universo,
ni el grito brutal del camionero,
ni el silbido del peleador,
ni el ministro de los odios.
Todo lo que queda es este plan.
¿Para esto miles de botellas de pernod
incendiaron mis entrañas?
¿O tantas veces acabaron y empezaron
mis orgasmos?
¿O se rieron mis risas?
¿Quién usó mis labios tantos años?
¿Y de qué lloraban mis tontos llantos?
Todo, todo, todo:
los cuentos, los virus,
las galaxias, las drogas, los besos
los libros.
Todo, todo, todo
para ver ahora estos árboles de video
con mis ojos de antes de ayer.

ARDE TU VIDA

Será un día como éste, que parecen los gritos de niños felices saliendo del colegio los cantos de los chacales al amanecer.

De una vez por todas vendrá en el ascensor la noticia que dará un latigazo en tu puerta.

Cada uno se irá yendo a su manera: escabuyéndose el que tiene deudas y no quiere dar explicaciones; obligándonos a visitar su cama el que nos quiere cobrar; llorando el que nunca tuvo ganas de estar pero ahora no tiene ganas de irse; roto el que se te cayó de las manos.

No será tan malo cuando los gusanos se coman mi sexo y nadie se ponga celoso. Cuando las cenizas del cerebro se deshagan y nuestras palabras sean olvidadas para siempre. Cuando las manos que acariciaron mis rasgos deshechos se laven de mis fantasmas.

¿Quién, cómo, dónde estuvieron conmigo, si estuve siempre aguantando la respiración para no ahogarme? ¿Qué fue ser feliz sino librarnos los unos de los otros?

Casi todo fue un gran esfuerzo. Poner corbatas sobre las verrugas.

Soy un ciego, condúceme como un cisne. Los ojos son este pozo de todos. Los puentes. Tráeme los aviones, las callecitas desconocidas que me conceden el olvido; hazme llorar en un ferryboat. Una carta desde Lis-

boa. Los puentes, por favor, los puentes. Y aquel diario en Praga. Una hermosa cita: encontrarnos sin saberlo, una cita fantasma.

El sol concentra la potencia de su ardor en el punto más apasionante de nuestra vida y desde allí nos incendia. Te sucederá como a todos los soles: nunca se apagan como dóciles cigarrillos en el cenicero, estallan como dinamita. Esa dinamita es el amor del mundo. El único amor que hace llorar a los hielos y atemoriza a las piedras. El amor es el fuego que nos quema, que espanta a los vampiros del tiempo. Las llamas del fuego son tormentas iluminando la noche de tu Dolor. Porque duelen esas penumbras que nos distancian. ¿Qué veo de ti sino la estela de tus actos, y qué recojo de tus actos sino las cenizas de tu presencia?

Nunca fue luz, sino fuego. Se queman las pesadillas que los argumentos de los guionistas escribieron con sangre sobre la piel de tus sueños. Se queman los teatros con sus calles y cocinas, sus muebles de utilería, sus paredes de decorado; se queman los aparatos del sonidista, las filmadoras colocadas en los ojos de la luz para fotografiar el horror del abismo, los micrófonos escondidos en el corazón del universo para transmitir a todos los hogares del mundo las agonías del misterio.

Apaga las transmisiones. Vístete y sal. Arroja las llaves y sigue.

Caminemos juntos por el fuego de los últimos días. El pozo de los ojos se ha secado y los dioses cansados nos abandonan. Caminemos o corramos por sobre las colinas de esa risa que se hunde en el infierno.

William Czersky
CREER SOLO LO INCREIBLE
por Philip Carter

William Czersky es actualmente considerado el gurú más importante de los Estados Unidos. A través de conferencias y publicaciones, su pensamiento ha nucleado una numerosa cantidad de adeptos y también de intelectuales. En su pequeño tratado *El fracaso del Apocalipsis*, Czersky desordena todas las coordenadas del pensamiento posmoderno. El éxito de ese libro provocó el auge de reportajes en revistas y diarios de Estados Unidos y Europa. El que aquí se reproduce pertenece al periodista Philip Carter y fue publicado en *Sun Machine*.

—*En todas las disciplinas esotéricas que plantean un cambio o un salto cualitativo de la conducta se hace referencia, inexorablemente, al trabajo, "el trabajo con uno mismo". ¿En qué consiste ese "trabajo"?*

—No es de ninguna manera un trabajo en el sentido mecánico. Precisamente el hombre es producto de un trabajo, y por tanto habría que "destrabajarlo". El aburrimiento en sus diversas modalidades, la rutinización de la existencia, la insensibilidad que produce el contacto con el mundo son posibles porque las personas no desarrollan la voluntad de crear un nuevo ser ama-

sado con la arcilla del ser que ya no es. En ese sentido sí podemos hablar de trabajo: un trabajo ejecutado para que la voluntad despierte, se ejercite y se incorpore a la conducta.

—El concepto de voluntad es utópico, la Iglesia incorporó la voluntad como si fuera un órgano. ¿Qué significa tener voluntad o, en todo caso, cómo tener voluntad de tener voluntad?

—La voluntad es la fuerza dinámica contenida en cualquier acción. No es un esfuerzo. Cuando la voluntad despierta hay un descanso, una relajación: se deja de sentir avidez por los estímulos del mundo. ¿Cómo se empieza? Teniendo intenciones. Las intenciones son proyecciones que nos protegen de lo eventual fatídico o de la falta de estímulos. Voy a una fiesta, pero no a exponerme a la eventualidad de divertirme o no divertirme: voy protegido por la intención de hacer un estudio sobre las conductas de las personas que allí se encuentran, o voy con la intención de hacerles pasar una mala noche a todos. ¿Estoy lavando mi calzoncillo en la terraza o estoy estudiando atentamente la estructura del edificio para descubrir de qué manera éste modifica mi ánimo?

—Pero siempre tenemos intenciones...

—No. Somos esclavos de intenciones compulsivas emitidas con la intencionalidad de una proyección colectiva. Nos han sometido a una creencia y entonces no hablamos con las plantas ni reímos cuando todo indica que hay que llorar. Es tan simple este truco: se trata sólo de intentar hacer lo que no está indicado.

—¿Cómo se realiza ese trabajo en el entramado vincular que nos determina?

—Estamos habitados por fantasmas que se proyectan desde las palabras y desde los gestos de las personas que nos rodean. Es fatal cuando alguien quiere mejorarnos un malestar: tal malestar no existía más que como una de las tantas señales discontinuas que emanan de nuestra presencia. La interpretación ajena clava la señal

en el escenario del movimiento. Por otra parte, no hay mayor ignorancia que pretender que las cosas sucedan: esa intención precipita un ordenamiento, una codificación. El plan es un obstáculo insalvable que separa el presentimiento de los vertiginosos acaeceres que constituyen la vida. Ese es el enigma: para hacerlo, no hay que saber cómo.

—*El amor, los sentimientos, suelen ser considerados como obstáculos para el desarrollo personal en estas disciplinas esotéricas que mencioné.*

—Si usted se refiere a esa obturación de la creatividad a la que la mayoría de las personas denomina amor, sí, es un obstáculo. El amor siempre lleva puentes y caminos en el bolsillo y siempre anda consiguiendo besos para los demás, sacando palomas del sombrero de nuestros gestos para distraer la poderosa mirada de un abismo que hipnotiza nuestra mente. Por un instante la paloma que el amor sacó de la nada logra que los ojos dejen de mirar la tumba de la estructura.

—*Todas estas filosofías, por sus ideas rígidas, describen un mundo quieto, ordenado, inmutable. ¿No cree usted que estando el mundo en permanente cambio resulta imposible describirlo?*

—El mundo del hombre es más pequeño que el de una hormiga. Y su vida es más miserable aún que la del insecto. Es una bestia condenada por los designios de un plan que se quebró y que todas las acciones de todos los hombres jamás podrán reparar. El hombre funciona como una máquina boba abandonada en los confines de la eternidad. Aún mueve sus astas; todavía señala la hora; más tarde encenderá las luces, aun cuando ya no exista el viento ni haya tiempo ni ojos para ver luz.

—*¿No hay entonces evolución? ¿No hay destino, ni crecimiento?*

—Lo que hay son creencias. Es inútil intentar comprender el pan de las creencias. Ellas existen; respiramos creencias. Por tanto, como es imposible dejar de creer, te-

nemos que ubicar las creencias más increíbles y creer en ellas. Sólo la invocación de lo increíble puede desbaratar la trama demente en la que estamos atrapados.

—*¿Puede darme un ejemplo de algo increíble?*

—Es sencillo. Le diré algo en lo que usted personalmente no podrá creer: sólo existen los enemigos; todas las demás presencias que lo rodean son sombras que crean sus enemigos para distraerlo, y la única forma de encontrar un enemigo es amándolo. El amor es el camino hacia los enemigos y sólo es posible amarlos a ellos porque sólo ellos pueden, al derrotarnos, agrandar nuestra talla. La creencia del guerrero consiste en percibir cada cosa, cada tornillo, cada puerta que se abre como el campo de acción de una batalla decisiva. El poeta, en cambio, cree que él es la puerta que el misterio utiliza para hacernos escuchar su voz. Es así de increíble: los poetas son la voz de lo imposible.

—*¿Qué podemos hacer por las personas que amamos?*

—Nada. Todas las personas siempre quieren engañarte, todos los que están dormidos quieren que sueñes el argumento de su propio sueño. Todas las anécdotas y todas las historias de la vida cotidiana que te cuentan tus amigos no son más que la expresión de la locura. ¿Y qué hace el jefe de la caravana? Mezcla continuamente a la gente, no permite que algún loco que se crea padre o hermano de otro lo convenza de sus creencias.

—*No parece que el tejido humano esté aislado: nadie está solo...*

—Estás solo, saludás porque creés que te están mirando.

—*¿En qué consiste el trabajo, desde su punto de vista?*

—Hacé el esfuerzo de levantarte. Cuando te levantás, el mundo (que es tu traje) se yergue con vos Pero si es muy pesado dejalo caer, no lo sostengás. Vos también sos traje del mundo, y caerías con él. No te asustés, no podés caer: ¿con respecto a qué estarías cayendo? Descansá, no busqués; todo se mueve en todas las

direcciones y sólo tenés que estar allí, dispuesto a ser alcanzado. Si lo preferís, no te dejés alcanzar. Es más: todo el trabajo consiste en jamás dejarse alcanzar. Y te voy a decir lo más increíble: con o sin trabajo, no hay nada ni nadie que pueda alcanzarte.

INVITACION AL ABISMO

Estoy otra vez frente al mar, escuchando la voz de la eternidad. Miro el cielo que se desploma sobre mi agitada respiración. Me voy alejando de Marcela. Me alejo de esos besos que necesito para escapar del diseño del dibujante. Somos formas planas, bidimensionales. Marcela y yo, dibujados sobre la página de ese encuentro.

Maldito sea, sé quién soy. Maldito mareo, no lográs marearme. Escucho el eco de una voz que me recuerda que todos los trenes conducen ganado muerto. No puedo estar parado ni sentado; no puedo caminar, ni escuchar, ni hablar; no puedo estar solo ni estar acompañado. Soy como cualquier fotón desesperándose cuando se siente mirado.

Voy bajando la ladera, como va todo. Voy como la brisa, bajo como la hormiga. Voy bajando la ladera como el niño que remonta el barrilete; voy bajando junto al sol, que también baja hacia el Poniente. Bajo junto a la negra de ojos apasionados y vamos todos —todas las personas y los cosmos— a ponernos en la cola del mercado para comprar un poco de pescado.

Besame toda la noche, derretí con tus salivas todas esas letras que alambraron las comarcas de mi piel. No permitas que me hablen los dedos.

¿Hace cuánto que camino por la playa? Clavo un palo en la arena; quizá lo encuentre cuando regrese a es-

te lugar en unos años. Hay un perro que me sigue. El perro se deja acariciar mansamente, evitando ver los reflejos del fantasma que emana de mis gestos. Soy un fantasma mientras huelo y toco los pelos malolientes del perro. Estoy a una distancia inalcanzable de todo lo que toco. Estoy a una micronésima de segundo de este instante. Soy el fantasma de lo que estoy por decir.

Miro otra vez el cielo mientras comienzan a titilar las sombras de las estrellas. Eso no es un abismo: eso es un presuntuoso agujerito.

Voy bajando la ladera, como hacen todos, chinos o ladillas, el polvo en el viento y las mujeres que van a bailar. Vamos todos abajo a ver si hay algo. Y después, al anochecer, como todos, iré subiendo la ladera comentando lo que no hubo. Por la noche el odio me hará dar saltos sobre la fogata, imitar el odio del demonio que imita el odio de todos los cuerpos que no consiguen más que imitar la pasión de sus cuerpos.

Por más que sueñe, sueño que soy éste mismo. Cada empecinada piedra se esfuerza por serlo. El cielo, esa roca pintarrajeada. Es todo lo que hay: esa roca maricona, ese ronquido del mar, esta mano que es un guante lleno de sangre.

El cielo es un travesti. Y todos esos árboles tan coquetos, esos verdes tan bien mezclados, esos ríos tan oportunos, esas montañas tan orondas. El cielo es un inofensivo travesti despistado, con su viejo tapado de antiguo dios todo bordado con estrellas.

Viene un tipo caminando por la playa. Sé que él también ve a un tipo que viene caminando por la playa. Ambos domesticamos la incertidumbre, ambos simulamos todo el tiempo hasta cruzarnos.

Y ahora se apaga la luz. Para todos los que bajaban y subían; para los que del baile venían transpirados y los que de la cacería volvían sin presas; para el eco del verano que repite la queja del otoño; para el señor Miguel y los raros objetos que lleva en el bolsillo; para el

miedo del pez y la camisa recién planchada y las fichas de teléfono que (revisate) tenés dentro de la cajita de fósforos. Para todos se apaga la luz. Vamos a dormir cosas y miradas, ponchos y misterios; vamos a ensayar otra vez ese insensato salto hacia la nada.

LA SEGUNDA MUERTE DE MARTHA LYNCH

Fue en la adolescencia cuando por vez primera encendí un fósforo para iluminar las penumbras de la existencia. Allí estaba esa vieja e imposible pregunta: ¿Para qué vivir?

Nunca hubo respuestas. Lo que sí encontré fueron sofisticadas formas de autoritarismo: las innumerables presiones ejercidas sobre esa pregunta por las innumerables respuestas filosóficas, científicas o religiosas existentes. Creo que todas esas respuestas formaban parte de una estrategia, un eficaz operativo del lenguaje para evitar el azote de la pregunta. Creo también que las personas viven la vida —las masturbaciones, los viajes en subte, las amistades, las preocupaciones laborales, las enfermedades de la piel o del estómago, los viajes diarios hasta el mercado o las grandes pasiones amorosas— como si sus actividades tuvieran relación con el sentido de la pregunta que, en realidad, es todo el tiempo evitada. Toda la cultura no es más que un titánico esfuerzo por disimular esa ignorancia básica: ¿tiene sentido continuar viviendo tal como lo hacemos? Dudo de que alguien haya demostrado saber algo más que Sócrates cuando afirmó que sólo sabía que no sabía nada.

Intentamos convencernos de que somos tripulantes de una nave viajera y conocemos la dirección del viaje. En realidad somos náufragos perdidos en un misterioso

océano al que llamamos universo. No queremos enterarnos de que estamos perdidos y dedicamos nuestras vidas a señalizar caminos que no sabemos de dónde vienen ni adónde van. Somos locos fanáticos queriendo convencer al vecino de que el cielo es azul para que, a su vez, el nos convenza de que el piso es duro.

Hace unos cuantos días, mientras pensaba en el suicidio de Martha Lynch, observé una calesita, en la calle Entre Ríos, emparedada por dos edificios. La calesita estaba diseñada como una nave espacial y supongo que los niños imaginarían ser sus tripulantes. Cuando yo era niño las calesitas estaban camufladas como cuentos de hadas. Lo único que se transforma con el paso del tiempo es el disfraz que cubre la misma realidad: la calesita es sólo una máquina que gira paseándonos en redondo, como el planeta, y nosotros somos los niños montados sobre ese sistema solar tratando de agarrar una invisible sortija.

Una curiosa ley de gravedad existencial mantiene a los seres aferrados a la vida.

La muerte accidental provoca en el entorno un dolor identificatorio con la víctima; el suicidio, en cambio, produce un reflejo social de rechazo. Tal como en la Inglaterra de fines de siglo en la que se ajusticiaba a los suicidas fallidos, todavía hoy se hurga en los motivos, se somete a juicio la voluntad del occiso y se polemiza sobre la inocencia o culpabilidad en su decisión. En el caso de Martha Lynch se encontró la justificación en el deterioro físico.

Cuando termina el cuento de hadas el niño perdido en el bosque aparece sorpresivamente marcando tarjeta en la oficina, la princesa lava los platos, el dragón vomita el tiempo a las siete de la mañana y por la tarde el mago nos anuncia que los cincuenta minutos de sesión han terminado.

Nos dormimos mientras nuestro abuelo nos contaba un cuento y nos despertamos contándoselo a nuestros nietos.

Martha Lynch despertó uno de esos días y se dio cuenta de que el cuento terminaba. No tuvo ganas de simular que no se había dado cuenta. Más que las miserias del cuerpo algunos valoran la conciencia, ese raro periscopio que se levanta sobre la marea de los sucesos tratando de observar las claves del enigma. Otros, por el contrario, jamás sintieron esa conciencia y siempre fueron ese cuerpo con el que viajan hasta el final. Sea como fuere, los pasajeros que se descuelgan del tren antes del andén tienen seguramente razones tan poderosas para hacerlo como los que, pacientemente, esperan que la máquina se detenga por sí misma.

En cuanto a la pregunta con que comencé este texto, llego a responderme que quizás la vida no tenga sentido.

Entonces será necesario dejar de buscarlo para decidirse a crearlo.

EL MEJOR CIGARRO

En los rincones oscuros de esta ciudad dejaremos nuestras viejas pieles y, ya mutados, regresaremos a fumar el cigarro más sabroso.

Desde la niñez los sueños han sido siempre los mismos: el pic-nic del final de la vida, el barco que llega en el atardecer rojizo, el desconocido que llega con esa insólita aventura.

Eso estuvo demasiado en nosotros. Hablando y hablando sin cesar en el patio de las fiestas y las caricias. ¿Cómo haría para acariciar tus besos en un bar de esta ciudad mientras corro en la selva, huyendo de la fiera que persigo? Aquí nunca nos encontraremos en un tiroteo, siempre estaremos hablando. Aquí las vidas no son fáciles o difíciles: son del todo imposibles. El deseo, ese *coitus interruptus* del impulso.

La peste emocional tiene que haber estallado. Me niego a aceptar que esto pueda ser considerado vida humana. Encerrados tras la puerta, amarrados por lo propio, manteniendo siempre limpia la cucha de las preocupaciones, con un salvavidas puesto pero lejos del mar.

Aquí, en esta ciudad, yacen los restos de todos nosotros. Que en paz sueñen que viven.

Pero los barcos y los trenes y los líos y las fugas y los viajes pasan todos los meses de ese día por cual-

quier ventana despierta a la hora en que el corazón ha quemado ya sus últimas maderas secas.

Lo saben los niños que nunca duermen ni crecen y lo saben quienes flotan sobre las telarañas y los pantanos donde están atrapados estos malditos días que-son-como-nada.

No sé dónde queda pero la brújula perdida te seguirá conduciendo entre trampas y enemigos. No sé dónde queda pero es más allá de este mundo que sabemos que hay: ahí está ese raro mundo que no sabemos que hay. Te vas a ir y vas a dejar tu lugar vacío. Recordarán ese lugar. Pero luego ese lugar será ocupado y tu imagen se perderá: quedarás libre. Entonces, recién entonces, nos fumaremos el mejor cigarro de toda nuestra vida.

UN POCO DE LOCURA

¡Pasen por aquí, señores! ¡Pasen y vean esta nueva maravilla...!

Aquí, señor —previo pago del cospel y luego de ubicarse correctamente en la sala—, usted y cada uno podrán hurgar en sus miserias...

Observe, señor contribuyente: en aquella constelación está esperando aquel pequeño niño que era usted cuando se dejó olvidado al comienzo de este viaje... ¿Las ve? Todas esas estrellas son los esfuerzos que usted hizo durante años para poder olvidarse...

¡Mire! ¡Mire qué interesante aquella vieja idea que barre los corredores de su mente! Fíjese qué cuidadosa: ella va cubriendo con un manto de recuerdos todos los espejos que podrían reflejar su angustia.

¡Qué maravilla de universo! Observe ese paisaje, querido compatriota; observe esa historia de amor que usted vivió flotando sobre el abismo negro. Observe a esos amantes astronautas cruzándose en el vacío: vea cómo se despiden durante tres o diez o quince años mientras las fuerzas de sus órbitas los van separando lentamente. Mírelos llorar mientras se alejan. ¿Por qué lloran? ¿Se dieron cuenta del naufragio? (¿Dónde estamos, de dónde venimos, a dónde vamos?) ¿Están tratando de salvar a alguien o levantan la mano pidiendo au-

xilio? Y siempre ahí, todas esas estrellas... Quizá no sean recuerdos sino simplemente todos los caminos que usted no tomó y que se encienden a su paso...

Mire y recuerde, respetado ciudadano; mire y luego salga caminando solo por la calle, suba solo al colectivo y, sin bajarse de la burbuja, llegue solo a su casa, salude a su solitaria mujer y luego hagan el amor como dos solitarios soles que se titilan señales a través del vacío. No, no acabe: algo anda mal en los motores de esa nave espacial que yace entre sus piernas. Atienda sus sensaciones, estudie ese largo tubo que es su cuerpo, por donde entran y salen informaciones.

Camine, camine, no haga caso, no se dé vuelta; eso que presiente es sólo la sombra del niño perdido que lo persigue.

Circule, circule libremente: está en esa cómoda autopista viajando por encima de sus sentimientos. ¿No es agradable observar en la pantalla el enorme pozo de miedo que es el mundo sobre el que se trastabilla diariamente?

Pero ¡no se distraiga!: ponga el freno cuando encuentre fantasías en su camino. Ahora el letrero en la senda indica que su pene está erguido; disimule con la bocina mientras eyacula en el viaducto. No se preocupe, nadie lo mira: puede estremecerse —levemente— con un rictus de espanto en el espejo retrovisor sin que nadie se percate.

Ya está llegando. Estacione correctamente sus obsesiones en la playa del psicoanalista.

Más tarde —en su despacho, oficina o taller; en su fábrica, escenario o mostrador favoritos— descanse tranquilo unos instantes. Descorra la cortina de su máscara y observe el panorama del mundo que ha dejado atrás.

Vea a ese demente que extrae miel de su guitarra. Vea al santo besar tiernamente el sexo de la prostituta. Vea al filósofo mirar un trozo seco de madera para ver la tristeza de los átomos. Vea con los ojos del borracho

y vea cómo el mundo gira como una calesita sin rumbo. Vea la realidad deshaciéndose como manteca entre los dedos del drogadicto, o como nieve entre los pasos del peregrino, o como polvo seco entre los labios del perverso. Vea la dicha de los bosques cuando el sol se pone y vea, al amanecer, el horror de los desiertos. Vea el mágico latido de su corazón mientras lee estas líneas y luego, por favor, preciado caballero, ábrale la puerta al niño perdido.

MALDITO PLAN
¿De dónde venimos, dónde estamos, adónde vamos?
por William Burroughs y Ron Hubbard

William Burroughs quizá no necesite presentación: el hombre más importante del mundo, según su propia definición, cuyo gran fracaso fue "no conseguir la destrucción de los Estados Unidos". Aún vive en su gigantesco loft asfixiante, sin ventanas, sin indicios de anochecer o amanecer. En otro sótano más profundo y oscuro, el viejo se sumerge diariamente a explorar los abismos de la mente. *Almuerzo desnudo*, *Expreso Nova*, *Ciudades de la noche roja*: ninguna de sus obras es literatura sino diseños de futuro y combate contra la cultura.

Ron Hubbard es el creador de Scientology. Fue expulsado de los Estados Unidos bajo la acusación de intento de manipulación de la mente humana. Diseñador del Emeter (mal llamado detector de mentiras) es además el coordinador de la investigación más seria, peligrosa y apasionante que pueda pensarse: la alteración mecánica y automanipulada de los recuerdos.

Ambos explo-conspiradores se conocieron en Scientology, cuando Burroughs aún investigaba los orígenes mentales del asesinato que había cometido en México, cuando le descerrajó un balazo a su esposa. Este polé-

mico debate se realizó el 5 de julio de 1980 en una de las aulas del Instituto Nova creado por Burroughs. Un centenar de delirantes son testigos de esta charla.

William Burroughs: Los ampliadores de conciencia —si quieres, las drogas— nos han dado una amplia experiencia en desestructurar los calendarios sacerdotales que nos mantienen embriagados y sometidos con esa falsa concepción del tiempo y del espacio. El pasado y el futuro son los vectores necesarios para el Plan: el Plan sólo puede cumplirse manejando millones de voluntades ajenas a sus designios. En estas últimas décadas se ha ido acelerando el proceso de dominación. En los noventas serán visibles los efectos críticos y dolorosos de esa brusca aceleración que siente el corazón de la mente, aun cuando la mente sea las mismas cuatro paredes que impiden ver el Plan. El estado del ánimo de hoy día es doloroso, hay una percepción de crueldad. Se fueron desgastando las latas de película proyectadas sobre la ingenuidad del mundo: patriotismo, ideales, amor, progreso. Pero siempre se pueden inventar otras. Si quieres rock, te daremos rock. Si necesitas otra vez ideología, aquí tienes ésta, fíjate qué interesante es. El objetivo es distraerte para que cuando te estalle cerca la bomba de peste emocional anestesiante no te des cuenta y no intentes hacer fracasar el ritmo de los sucesos dirigidos.

Ron Hubbard: Estoy en desacuerdo con tu noción del Plan. El Plan está mucho más allá de la voluntad humana. Suponte: el Plan Cosmos siempre prevé que el fracaso del Plan Tierra le sea beneficioso, igualmente. Hay un Plan del Planeta que se aprovecha de la capa orgánica y quizá haya un Plan Orgánico para escaparse de la Tierra. No es importante que algún ser humano se dé cuenta de la orientación de los sucesos, de todas maneras los sucesos van a acaecer. Es más: en el Plan está previsto que en una zona del instrumento ejecutor se produzca una conciencia del Plan. Es necesario, simple-

mente, porque ese conocimiento le hará generar una nueva energía. ¿Qué importancia puede tener que esa energía sea dolorosa para el hombre?

W.B.: No crees entonces más que en la existencia de una Unilateridad. Sólo *un* Plan. ¿Existe únicamente la fuerza del código genético, ese ultrasofisticado diskette implantado en la materia para programar un destino?

R.H.: ¡Por supuesto que no! Hay un factor que se opone, se le resiste. Vamos a llamarlo el Plan Caos. Pero si realizamos una estadística cósmica veo a ese Plan como muy rudimentario. El Cosmos sabe que el Caos es poderoso, entonces en cada operativo que realiza invierte una enorme cantidad de energía. Para que nazca un árbol la vida invierte millones de semillas porque sabe que el Plan va a matar a casi todas.

W.B.: A mí me parece muy inquietante esa tendencia al Orden que tiene el Plan. Yo creo en la desobediencia: a Dios, a la nada, a la naturaleza. Primero desobedecer y después observar. El Plan, al ordenar, genera desorden. Si el Plan es mecánico quiere decir que sabe adónde va, a qué hora llegará, por dónde pasará; si es orgánico, en cambio, no tiene la menor idea de dónde va. La memoria genética es la clave de esa hipnótica orden donde se ha proyectado la fuerza onírica del futuro. ¿Todo esto puede verse a sí mismo? ¿O es mirado por los ojos de nada ni nadie? Tengo una única referencia: yo mismo. Si yo estoy mal, todo está mal.

R.H.: No lo creo en absoluto. Pero me refería a otro estar mal: al malestar humano, a esa operación quirúrgica realizada sobre los caudales naturales de energía. Eso que llamamos la sexualidad fue trabajado milenariamente por expertos cirujanos e ingenieros, quienes procesaron diques electromagnéticos que desviaron las olas vitales hacia el cerebro.

W.B.: ¿Qué clase de Plan es uno que necesita que el instrumento —como lo denominas, o me denominas— sea infeliz?

R.H.: En esta etapa del proceso y en este lugar del suceso es necesario. Quizás exista la posibilidad de que la misma semilla haya caído en sitios más afortunados. Este es un planeta terriblemente amenazante para quienes lo habitan. Pero —disculpen mi reiteración— no es importante para comprender el Plan estudiar el sufrimiento transitorio de un determinado elemento orgánico.

W.B.: El sufrimiento es un error del Plan. La pistola que hizo Big-Bang *(risas generales)* se equivocó. El disparo no iba a dar en el blanco. No era la primera vez que el tirador disparaba. Es más: quizá viene fracasando hace miles de millones de años de un tiempo que no existe, porque la bala avanza a la velocidad de la luz, es decir, alcanza al objetivo antes de que escuches la detonación. Quizá el tirador esté ciego, o no tenga la actitud correcta: el Plan dispara con odio y no logra acertar.

R.H.: Está lindo ese cuento de cowboys. Pero mi héroe, el Plan Cosmos, se sabe perfecto porque su imagen se refleja en el Caos en el que está inmerso y sabe que puede hacer inversiones a largo plazo en todos sus proyectos. Se desplaza a una velocidad infinitamente más rápida que el Plan Caos. No necesita atarlo mientras se desplaza: simplemente le prepara las tramas que atrapan al Caos y lo convierten en Cosmos.

W.B.: Ron, me perdí. Empecemos de nuevo. ¿Qué es un Plan?

R.H.: El trazo de procedimientos ideales para lograr un objetivo. Es un trazado tan minucioso que calcula las contrariedades probables. Por supuesto, sólo lo imposible puede derrotar al Cosmos. El hombre tiene una opción que el resto de los seres no tiene y es la opción de disfrutar de antemano la búsqueda de un logro. Esta opción es quizás la más exquisita de todas: aprender a realizar lo que habitualmente se considera un sacrificio. Se puede aprender a gozar y sentir placer del temple que uno reconoce en sí mismo al abstenerse del éxito.

W.B.: ¡Es muy bueno, lo tuyo! Sabes que comparto absolutamente esa creencia. Pero deja que te joda un rato: ¿por qué hay que adaptarse? No, mejor cambio los términos: ¿para qué? Disfrutar de la abstención es un movimiento adaptativo inteligente ante la movilidad incierta de todo aquello que ingresa dirigiendo tu conducta: querías ir a Marruecos pero las corrientes y el destino te llevan a Miami. ¡Qué horror! ¡Aprender a disfrutar de estar en Miami! Pero déjame joderte un poco más. Al Plan no le importa que sufras y tampoco que disfrutes. Es preferible disfrutar para que no te joda y se dedique a tramar en otro sector. Personalmente no me importa disfrutar o sufrir, me interesa el movimiento que realizo. No sufro ni gozo para presevar mi impulso. El jodido Plan ha planeado el placer y el dolor para que yo no camine con paso de Plan. Porque también soy un Plan. Pero otro Plan. No necesito ahora ni abstenerme ni disfrutar: necesito no perder el paso. Sabes que llaman conductas éticas a todas aquellas conductas abstenedoras como la privación o los límites. La abstención es un vicio que no puedo permitirme. No puedo permitirme ningún lujo adaptativo. Adaptarse es dejar de ser el misterio primitivo y transformarse en mundo.

R.H.: Creo en la ética, en el bien, en el mal. Llamo ética a la eficacia de las acciones. Si mi acto no me produjo perturbaciones y no generó ondas perturbadoras que luego chocaran contra mi movimiento, pues no importa si murieron cinco mil: mi acto es ético. El concepto del mal o del bien es universal; todas las religiones y todas las ideologías se aproximan y alegorizan o simbolizan la misma noción en todos los tiempos. Lo curioso es que esa creencia humana universal es opuesta completamente a lo que la Naturaleza o el Plan Caos consideran bien y mal. Ese concepto del bien y el mal es producto del humanismo, de esa maldad griega: el humanismo pretende reprimir al animal, el humanismo inventa la solidaridad. El animal es ab-

solutamente impiadoso. Entonces, observen cómo nuestras diferencias con William desaparecen: todas las leyes humanas se oponen a las leyes animales o al Plan de la Naturaleza. Y en realidad esas leyes se proponen optimizar las condiciones para que ese Plan "vital" se cumpla. Todas las especies tienen la orden de protegerse y multiplicarse lo más que puedan. La especie humana ha desarrollado tal eficacia que podemos considerarla como la única orden genética que se cumplió. El humanismo, que tan frontalmente parece oponerse al Plan de la Naturaleza, es el mejor de los trazos para que el Plan se cumpla.

W.B.: Es una coincidencia meramente descriptiva. Ambos hemos alcanzado en el camino el mismo mirador y vemos lo mismo. Pero nosotros también somos Plan y nuestras miradas no ven lo mismo. Noto en ti que simpatizas con el Plan; es más: se te nota que hinchas por el Cosmos *(risas generales)*. Los tejidos orgánicos que se mal acorazan y apestan al organismo dan cuenta de esa ferocidad del Plan: la vida está siendo reemplazada. El eco del sonido es reproducido por la electricidad, la imagen atrapada es videada sobre los cerebros. No necesitan la vida. No voy a fatigarlos con mi vieja obsesión alienígena, pero digamos que a lo que tú llamas factor Cosmos ya no le es necesaria la existencia de elementos biológicos. La geometría numerológica cuantifica el universo y proyecta una alucinación colectiva: la ciudad, la línea recta, el sometimiento de lo ameboide son las rejas alienígenas...

R.H.: ¡No hagas trampa! No puedes colgar así como así una palabra tan determinante. ¿A qué llamas "alienígena"? ¿A algo ajeno al sistema solar?

W.B.: Sabes que no puedo responderte linealmente. El lenguaje científico, el religioso y hasta el popular se han encargado muy minuciosamente de obturar la reflexión imaginativa: ni dioses, ni marcianos, ni seres de otro plano. ¿Cómo podría responderte con palabras, si las

palabras son el laberinto creado para preservar el secreto de la manipulación? Podría decirte que lo mejor que me pasa es que para responderte no encuentro las palabras. La imaginación ha sido derrotada por el humanismo. El Plan Cosmos de Ron logró tramar la velocidad de las cadenas asociativas y esto nos impide atravesar las paredes de ese pequeño cuarto que es el saber del hombre. Lo que el hombre imagina actualmente sobre el universo es apenas el sótano del gigantesco castillo que el hombre imaginaba hace siete mil años. Pero tú conoces el estado de la mente inmóvil, cuando logras aislarte de la maldita máquina asociativa y cesa la trasmisión interpretativa de las acciones. Estas dejan de ser necesarias o innecesarias. Quizá Cristo, Buda y todas esas leyendas tan cargadas de palabras no sean los ejemplos más relevantes, pero tengo la certeza de que hubo seres humanos que abrieron la puerta y se fugaron de la prisión. Cuando esa puerta se abre, todos los instrumentos del Plan concurren en el mismo punto para cerrar la brecha y provocar un dolor, un dolor inolvidable, un dolor tan intenso que ni siquiera la humanidad quiere recordar, porque el propio recuerdo duele. Cuando el pez salió del mar, el dolor desgarrante de intentar lo imposible fue placer.

R.H.: Si quieres que te hable del gusto personal, te diría que prefiero que la planta crezca, que sea muy grande. Y me duele si muere, si crece defectuosa. Más aún: me gusta el árbol humano, me gustaría que creciera ahí, en el bosque del mundo. Pero mi preferencia no tiene por qué coincidir con la dirección de los acontecimientos. La muerte del árbol me obliga a pensar, a mirar otra vez, a intentar comprender la necesidad de esa muerte... Al universo no le interesa especialmente que la especie humana se extinga o permanezca, y mucho menos que un tal Buda se despierte. El universo —la mirada del universo— ve al hombre y a la hormiga y a las plantas como una totalidad.

W.B.: El plan genético, ese plan descripto minuciosamente en el Génesis de la Biblia cristiana, es un disquette. Y en la memoria del futuro de ese diskette está incluida la posibilidad de que a través de sus creaciones el hombre se perpetúe aun extinguido. El pez se hizo reptil, el reptil se hizo mono, el mono se hizo hombre y el hombre se hizo computadora. Una computadora capaz de enviar al otro extremo de la galaxia un componente del tamaño de un micropunto donde está condensada toda la memoria de la vida humana. Y cuando la aguja toma contacto con la atmósfera de ese sitio al micropunto le crece un virus, se hace ameba y —luego de múltiples procesos— surge un hombre. Es clarísimo que antes se sabía más que hoy. Cuanto más cerca se estuvo del primer impulso de la orden genética, más se sabía de lo que sucedía. En la década del sesenta de hace tres millones de años, aquel mono aterrorizado en el abismo ciego de los tiempos presentía un peligro que yo no puedo recordar. La memoria es un instrumento selector; la selección la realiza el miedo. Aquel fue un miedo tan intenso que generó un escudo de miedo, un miedo a tener miedo. ¿Qué trauma, qué imagen aberrante, qué suceso imposible de pensar creó la gran estafa de la historia, ese olvido estructurado que es la memoria? Los recuerdos —y tú tienes más evidencias que yo sobre esto— son producto del continuo evitamiento de contar. Pero jamás podré recordar qué clase de siniestra guerra y qué clase de dramática derrota me obligó a establecer un pacto eterno con un Plan que me lacera el andar mientras camino los instantes. Creo que mi dolor es el fracaso del Plan. Estamos en el tiempo del develamiento y tengo el miedo cansado. Estoy más tranquilo que hace dos mil años. Esta vez estoy preparado para impedir que siembren otra apestosa cruz sobre mi carne.

LA ELEGANCIA DEL SER

Cuando el guerrero llega al borde del abismo de la muerte, salta en él en posición de combate. El bailarín se arroja con paso de baile. El místico, en postura meditativa. El tonto tropieza y cae. Es curioso lo que hace el elegante: antes de caer, se da vuelta y saluda.

Ninguna moral —es decir, un arbitrario código de costumbres determinado por las epocales conveniencias de quienes detentan el poder— justifica valorativamente la existencia humana. Ni siquiera la ética —en cualquier caso, una visión superior a la moral, ya que nace de una elección y de un esfuerzo voluntario por solidarizarse con los sufrimientos de los prójimos— puede ser mencionada como una cualidad del ser, ya que tal ética nunca es espontánea. Tampoco la belleza puede ser sustento ontológico porque, como decía Rilke, sólo es el cobertor que tapa el horror de la existencia.

Sólo el estilo innato de las presencias puede ser considerado una manifestación propia del ser antes de que resulte condicionado por la experiencia social. A este sello precultural del ser lo denominamos elegancia.

¿Sos elegante?

Es difícil reconocer las manifestaciones de la elegancia del ser, ya que existen versiones apócrifas que la suelen imitar: el psicópata seductor que obsequia ama-

bilidad para rapiñar afecto, pasión o futuro; los astutos modales del comerciante que acaricia tu dignidad para vaciar tu alacena; la elocuencia del hábil hablador que hipnotiza con su discurso para imponer sus designios.

En todo caso, en la vida cotidiana resulta más fácil definir la elegancia por defecto:

a) *No son elegantes las conversaciones que excluyan a terceros.* Tanto las anécdotas como las teorías que se mencionan en una charla deben ser comprensibles para todos los participantes. Si una presencia obliga a bajar el nivel de la charla o cambiar de tema, es necesario preguntarse el motivo por el cual tal presencia está allí, y qué responsabilidad nos cabe. Los elegantes mantienen un estado de co-presencia mental que incluye de una u otra manera a todos los participantes del evento. Sentí la comodidad o incomodidad de los asistentes: sin sensibilización no hay elegancia.

b) *El que habla rara vez es elegante.* Tampoco lo es el que oye, sino el que escucha. El que oye espera el final de tu frase para ensartar la suya. El que escucha, en cambio, intenta enriquecer la riqueza de tu relato si de eso se trata, o de encontrar puertas de salida a los conflictos que tus palabras enuncian, si tal caso fuera.

c) *De los que hablan, es elegante el que habla de lo que a vos te interesa y no de sí mismo y sus creencias.* Y más lo es aún el que no se refiere ni a vos ni a él sino al extraño mundo que nos rodea.

d) *Excepto en el caso explícito de solicitar un SOS, no es elegante expresar el sufrimiento.* El padecer, como toda peste, es contagioso y su vía de inoculación son los gestos y las palabras. Pero mucho menos elegante resulta desatender las señales de sufrimiento que emiten quienes nos rodean. Si soy tu amigo no te enterás de mi sufrir pero, si soy tu amigo, me entero siempre del tuyo. En el famoso panteón de la mitología egipcia, habitado por cuarenta y dos dioses, Neith era la diosa menos conocida. Ella jamás participaba de los debates en

los que los dioses discutían durante milenios la destrucción absoluta de todos los cosmos o la creación de otros nuevos. Ni siquiera escuchaba las polémicas de las que después surgirían las eternas guerras que se desarrollaban en cada átomo y en cada pulga. Mientras todo esto sucedía, Neith diseñaba unos arcoiris sobre los gestos de fiereza, dibujaba sonrisas sobre las amargas expresiones: era la diosa de la armonía, la decoradora del gran teatro donde un eterno libreto es estudiado por las especies vivas desde hace millones de años.

Este es un mundo habitado por pasajeros de distintas pesadillas, por mestizos cruzados entre dioses y monos, por los autómatas fabricados en las distintas industrias de la cultura, frankensteins y marysteins construidos con palabras muertas, locos peligrosos armados de sabiduría, insensatas existencias que entregan el brillo de su ser a cambio de una propina mensual. Un mundo donde, además, hay duendes y brujas y piratas; un mundo que ya no puede huir a esa edad de oro que jamás se atrevió a vivir.

En tal mundo, la elegancia es el camino que hace el beso antes de llegar a tu boca. Ese conmovedor vuelo que hacen dos almas que jamás podrán encontrarse porque al intentarlo se han despedido para siempre. La elegancia también necesita de esa navaja afilada que sos vos, dispuesto a cortar la cartulina congelada de esa mirada muerta que te persigue.

Pero siempre se escucha. Es una melodía. No es el viento sobre los árboles. El árbol es el violín y el viento su ejecutor. No son pasos subiendo la escalera. Es un tambor. No son palabras, es el canto de una flauta.

Es una gran banda tocando a toda hora, en todo lugar. Y sólo el silencio del cosmos nos escucha.

LA ILUSION DE COMPRENDER
por el licenciado José Luis Galeano

El mito aristotélico racionalista y el modelo cartesiano iluminista heredados de esa relativamente nueva religión que inventó la "conciencia" —entidad tan probable como dios, instrumento capaz de comprender las dificultades de vivir, superar el sufrimiento o modificar las conductas— se sintetiza en esa ingenua creencia en que el hombre puede llegar a saber lo que no sabe de sí mismo o, en todo caso, saber lo que no sabe que sabe de sí mismo.

Lo no sabido se ubica en el umbral de lo que se mira sin ver y de lo que se oye sin escuchar.

La sumisa aceptación —consistente en creer "que estamos constituidos por palabras"— forma parte de esa psicosis verbal que llamamos el lenguaje. El único hecho verificable es que las palabras dicen que estamos constituidos por lo que ellas dicen que estamos constituidos. La creencia en que la imagen del mundo que tenemos corresponde con el mundo forma parte del mismo delirio.

La humanidad, como especie, habla sola: no es escuchada por los monos, los lagartos, las piedras o los ríos. Cada uno de estos seres también se habla y se escucha a sí mismo. No hay manera de saber lo que el

hombre dice. Para que tal cosa sucediera alguna otra especie tendría que poder escucharnos y poder transmitirnos lo que escuchó.

Fulano habla de lo que cree que le sucede y Zutano luego habla sobre lo que cree haber escuchado que dijo Fulano. Ni aun si se juntaran todos los Menganos del mundo a escuchar lo que dijo Fulano podríamos saber lo que le sucede realmente.

Por qué nadie nunca sabe lo que sucede

El sufrimiento humano (no el dolor animal, provocado por estímulos materiales) es producto de una ilusión: la percepción del tiempo.

No es posible que alguien sufra "por lo que le sucedió ayer" o "por lo que no le sucedió ayer", ni tampoco es posible que se preocupe "por lo que va a sucederle mañana" o "por lo que no va a sucederle", ya que ayer y mañana no tienen ninguna existencia real. El transcurrir del tiempo y la duración de los hechos son sólo abstracciones enunciativas que tratan de dar movimiento a algo que no se sabe siquiera si se mueve.

La especie humana sufre la más insólita de las ignorancias: no sabe dónde está (aunque se estructure la ilusión denominada mundo, universo, galaxia, etcétera). Y si esto fuera poco, la especie tampoco sabe lo que está haciendo.

En su ciego y brutal esfuerzo por hacer existir aquello que designan, las palabras cavan en sí mismas, creando alucinaciones tales como alma, psiquismo, inconsciente, mundo interior. Tal mundo no existe: ni siquiera las tripas son mi interior, pues yo también soy ellas. El "mundo interior" existe debido a la complicidad complotante entre las palabras "mundo" e "interior", ambas apariciones fantasmales que la percepción jamás podrá ubicar.

Lo que las palabras consiguen con su mecanicidad asociativa es permitir que el hombre se explique a sí

mismo. Las explicaciones que el hombre se da a sí mismo para ocultar su ignorancia le permiten sobrevivir en un mundo de fuego y de hielo, de huracanes y de vértigo. Su cerebro zumba, y con ese sonido —que él denomina lenguaje o pensamiento— consigue dormirse. El hombre es ese ser que duerme cuando habla y sueña que comprende lo que dice.

EL DOLOR DEL TIEMPO

por Julián Meyer

Ayer nomás (El pasado es una tumba)

La noción del tiempo transcurrente surge de una supuesta medición del movimiento de un punto en el espacio. Ahora bien, ¿qué es el espacio si no un concepto arbitrario de un fenómeno incaptable para la percepción? Para los egipcios, por ejemplo, el espacio era "una llanura mental", una proyección continua de la mente; pero, según esa concepción, "todo el universo cabría en la mano de un bebé".

En el antiguo libro *El loto blanco* —según algunos estudiosos con origen en Tebas, poco antes del advenimiento del primer gran dios monoteísta, Ra, el sol del mediodía— se menciona la idea de que todo el espacio existente es "aquí", desde donde se proyectan las reacciones del andar, y todo el tiempo es "ahora", desde donde se proyectan las líneas del tiempo intentando medir el fenómeno más ilusorio y onírico de todos: el movimiento. Según esta tradición, el movimiento (el dios Kepherer) es la mutante línea de separación entre los dos grandes dioses sobrevivientes del combate cósmico: Ra (todo lo que hay) y Kamutef (todo lo que no hay).

Desde esta concepción pagana de las ideas, el pasado es solamente una derivación *apófica* (es decir, una simulación del estado divino) de esta proyección del eterno ahora.

Sin embargo, con la memoria, el pasado parece demostrar su esencialidad al observar los mecanismos biológicos de la evolución.

A través del ensayo y error, la vida ha ido adaptándose e incorporando en la memoria genética las conductas más aptas para la supervivencia de los seres vivos. Claro que esos mismos mecanismos mnemónicos fijan una conducta identificatoria que genera quizá la mayor farsa apófica de la existencia: la identidad.

Cerca de Ingeniero Ledesma, en una población de indios matacos, había un animal muy peculiar: un ganso al que los indios bautizaron con el nombre de Pancho. Pancho era el líder de la gansada, pero lo curioso es que Pancho no sabía que era un ganso. Se enfrentaba a los hombres como si fuera un hombre y charlaba con ellos en su incomprensible idioma. Cierta vez entró un puma, que atravesó el alambrado empujado por el hambre y con la intención de comerse dos o tres gansos. Pancho salió a enfrentarlo con toda la actitud de un puma. Durante unos segundos el puma estuvo casi convencido de que Pancho era un animal peligroso, hasta que finalmente lo mató.

Todo pasado condena, indudablemente, a una identidad. ¿Y qué es la identidad sino la noción de los límites? El árbol nunca saldrá caminando, el tigre nunca cantará como los jilgueros, los canguros nunca volarán sobre la Torre Eiffel. El pasado tiene como finalidad fijar los límites del futuro, y el famoso mecanismo evolutivo no es más que una continua castración de la imaginación individual por parte de esa extraña dictadura legislativa de la naturaleza.

No por nada todas las conspiraciones y complots de la historia fueron montados sobre el pasado no vivido de los individuos. La historia del "antes de que nacieras" es un invento continuamente modificado, según las alternativas de la conciencia de los acumuladores circunstanciales del poder. Se somete al individuo desde el pasado de

su historia individual, grupal e histórica. La domesticación del espíritu nace ante el primer reconocimiento de la necesidad de la espera.

Es curioso observar que todos los mitos occidentales del origen religioso del universo nos traen el recuerdo de un dolor inicial y de una culpa de la especie, que nos incluye por el solo hecho de haber nacido. El famoso amor a las tradiciones, el respeto a las raíces, las reivindicaciones del ser nacional... No son más que forzamientos voluntarios para que regresemos a puntos del tiempo y del espacio donde jamás hemos estado. La cultura que es transmitida principalmente a través del código de la palabra tiene como función primordial recordarnos falsas memorias de una vida que jamás tuvimos.

La falsedad no consiste en que algo haya sucedido o no sino que no nos ha sucedido de ninguna manera a nosotros. No nos sucedió nada de lo que les sucedió a nuestros abuelos, ni mucho menos a los cristianos perseguidos en Roma, ni a los monos que correteaban alegremente por las cuevas de la tierra hace millones de años.

El dolor del pasado es ineludible, ya que la función de ese código tiene un comportamiento mecánico en el cerebro. Y el cerebro, como un verdadero pulpo, atraviesa todo el tejido nervioso del universo, sensibilizando el estar de las cosas con los continuos recuerdos de miedos, sopores, aturdimientos, fracasos y obsesiones. Es imposible olvidar, sólo es posible ser olvidado.

Pero nadie está midiendo el fracaso o el triunfo de las cosas. Nadie podrá superar esos diez segundos maravillosos en que el ganso Pancho logró convencer al puma de lo imposible. Y junto al puma, el universo entero se olvidó de las leyes que lo sometían.

Tal vez mañana (El futuro es una jaula)

Si el pasado de un individuo es un factor cerrado, sólo modificable por la manipulación posterior de los circuitos de recuerdos, su futuro —es decir, lo que aún

no sucedió— es supuestamente el factor abierto. Pero ese futuro no está en estado caótico y, por tanto, no resulta ser la aparición azarosa, compulsiva y peligrosa de estímulos sin destino sino que ese futuro está armado de acuerdo con programaciones sociales y con la aparición de una extraña forma de organizar el movimiento: los planes. Quizá la mayor peste de la humanidad sea la esperanza, en tanto es una prolongación más estática aún de la parálisis que significa la espera. Esperan los presos, los pacientes, los condenados. La expectativa de la espera no está basada en la acción sin destino sino en la prolongación (hasta eterna) de una creencia en cierta justicia del ordenamiento del mundo.

Los planes reorganizan el futuro con el mismo criterio del pasado. "Me acuerdo de lo que tengo que hacer mañana": esta frase transforma al mañana en un ayer probable. Acordarse es un acto de la memoria. Por tanto, el futuro no es más que un envenenamiento del pasado. Es una ilusión del tiempo. La nueva experiencia, lo inesperado, el factor sorprendente nunca sucede ni se insinúa porque es espantado por las carreteras y rutas que construye el pasado sobre la selva del misterio del tiempo, sin jamás exponerse. La falta de peligro de la vida humana conlleva una pérdida absoluta de amor a la propia vida. Los nuevos días son viejos conocidos. Es un complot de ayer que convenció a pasado mañana de que lo engañe a mañana de manera tal que hoy nunca sea distinto de ayer.

Descubrimos entonces que la identidad del hombre (esa suprema apofis, esa demencial falsedad de la existencia) está no sólo basada sobre la centralización narrativa de su experiencia pasada sino también sobre la narración especulativa de lo que continuará siendo. Es una novela de la que el autor conoce su final. Justamente, la versión más liberadora del tiempo fue quizá el intento pre-heraclitano de considerar al tiempo al revés: se transcurre desde el futuro hacia el pasado. El destino

asegura al individuo la ritualización de sus actos: ya está escrito que se equivoque al cruzar esa calle y mate por error a su padre.

Sin embargo, en esta búsqueda de amparo en el sentido de la vida surge la misma perpetuación de la mirada carcelaria del futuro. El hombre no soporta el desamparo de lo que desconoce.

En *Las mil y una noches*, esa maravillosa narración ahistórica —que se introduce en nuestros sentidos como una intensa aparición de haschisch— describe las fugas del laberinto del tiempo. Los personajes son atravesados por experiencias imprevisibles que los alejan de sus cometidos, aproximándolos nuevamente a ellos cuando justamente habían resignado la posibilidad de reencontrarlos. El *Después de hora* que propone Martin Scorsese en su mágica y estremecedora película repite la idea: el personaje es sacado violentamente de su rutina y devuelto con la misma velocidad a ella. ¿Qué fue lo que le permitió la salida? El desesperado deseo de otro acaecer. Las aventuras amorosas más intensas y apasionadas descriptas en la literatura y también vividas por la mayoría de los seres humanos tienen como característica esta falta de destino del encuentro.

Pero estas salidas no están en el futuro, ya que esto no es más que la perpetuación de una orden narrativa. El futuro es la pared de la cárcel del tiempo.

Al chocar contra ese invisible muro que nos separa de lo imprevisible, al acostumbrarnos al éxito o al fracaso de nuestros proyectos, al comprobar el vacío de misterio del devenir humano, el hombre resigna su percepción y se encapsula en el recuerdo. Ya no hay personas desconocidas a su alrededor sino pactos vinculares que valorizan y categorizan a las personas. Ya no hay calles sin rumbo sino rumbos que usan las calles para ir y volver. El futuro, entonces, es el más doloroso de los recuerdos.

Aquí y ahora (El fracaso de los dioses)

Escribe Henry Miller: "Miro hacia atrás y veo las tumbas donde están sepultados cada uno de los recuerdos que me obligan a pensar en cada uno de los caminos perdidos y encontrados de mi vida; miro hacia adelante y veo la prisión donde están encerradas las ilusiones que esperan ser liberadas de la carga de conseguir sus objetivos. Cuando despierto, veo que estoy sumergido en este endiablado río violento que corre a toda hora y en todas partes y que la frescura de los instantes me alivia del miedo que tengo a no saber nada".

Aprisionado entre las grandes construcciones culturales que son el pasado y el futuro, el presente termina siendo una invención de sus compañeros de viaje. El presente es el recuerdo que el futuro tiene del pasado. Desde el criterio medicionista del tiempo, el flash del instante es tomado como molécula temporal y no hay una experiencia molecular de la vida, así como no existe una micropolítica ni una microfilosofía de ella. Sin embargo, el placer de existir está sólo conectado con ese flash. Es el sabor de la comida y no el acto de comer, es el párrafo maravilloso casualmente encontrado y no una novela que se estaba escribiendo. La eternidad del instante ha sido asaltada, trasladada hacia atrás y hacia adelante.

Retomando el mito pagano, en él se describe la lucha de los dioses desarrollándose sobre el campo de batalla más conmocionante de todos: el ahora, este instante. No sólo es el campo de batalla sino también la recompensa del combate. El dios original, Osiris, aterrorizado por su eterna soledad, fatigado por ese dolor insuperable que brinda la plenitud, tiene el deseo de que haya otro. Entonces se duerme, soñando un otro que, a su vez, lo sueña a él: es Seth.

Seth, el deseo de Osiris, lo atomiza: el soñador pasa a ser soñado por su sueño. Según la mitología, en el momento de dormir, Isis, la ausencia, hace el amor con Osi-

ris y dan a luz a Horus, que es el aquí y ahora. Horus es Osiris en cada instante, Horus derrota a Seth cada vez que despierta a la plenitud de su existencia. Pero Horus es el dios más perseguido y acosado. Cada vez que surge con la espada llameante de su fulgor es duramente castigado por los adláteres de Seth. Los caminos que conducen hasta aquí y ahora están caracterizados por la absorción excesiva de estímulos intensificantes. El río violento del que habla Miller es reconocido por todos aquellos aventureros que han intentado sumergirse en la pasión de existir, los viajeros que desembarcaron los recuerdos, los fugitivos que escaparon a los designios del plan. Todos ellos han sufrido la mordedura de la máquina.

Si el dolor del pasado y el futuro se produce en las zonas más abismales de la mente, el dolor del presente es el más eficaz desenmascarador de una falsa vida.

Decía Jim Morrison: "Ninguna recompensa eterna merecerá perdernos el alba". En la playa, el caminante mira el alba; ha perdido los barcos y ha sido abandonado por los recuerdos de los demás. Nadie lo espera y se echa a andar en su desamparo. A su paso, las historias del mundo se van desmoronando. Los sentimientos son desconquistados, el universo tiembla de miedo y de ternura.

Un bicho cualquiera, un ganso o un hombre, despierta a los dioses —tal como afirmaba Kurt Vonnegut— y nos hace sentir que hay alguien allá arriba a quien le gustamos.

TRISTEZA NÃO TEM FIM

Al aterrorizar de modo tan brutal la experiencia de la muerte también se inhibió la percepción de todos esos cambios críticos que son ensayos de la muerte y con los que la vida va provocando sus mutaciones. ¿O no fue una muerte ese salto imposible desde la niñez hasta el adolescer?

Es una gema luminosa esa tristeza del que ve y acaricia y saluda por última vez a cada persona y cada paisaje de los que se despide cuando inicia su viaje hacia la nada.

Pero a veces es el mundo el que muere, a veces lo que agoniza es una manera de ser del mundo. Siento la tristeza de aquel que toca con sus presentimientos la muerte del mundo que lo concibió. Un mundo que se aleja de nosotros como un barco que parte del puerto muy lentamente. En ese mundo que se hunde en el horizonte han quedado nuestras nociones del tiempo y del espacio, todo lo que queríamos saber, todo lo que constatamos y también lo que soñamos mientras lo proyectábamos. La tristeza que sonríe es la emoción más enérgica que he conocido. Porque mientras el barco del mundo se va y se comienza a realizar ese difícil movimiento que consiste en girar 180 grados nuestra noción del pensar y el sentir, esa leve torsión del ánimo, se escucha la carcajada del nuevo mundo en el que hemos

quedado, ese mundo que ha llegado entre las sombras de nuestros miedos y ahora nos obliga a formar parte de él. Ya no estarán las calles que amábamos ni las casas que visitábamos ni nuestros amigos trotando de aquí para allá entre sus planes y frustraciones. A ellos también el mundo nuevo les ha ido llegando y el mundo viejo los ha ido abandonando.

En nuestra soberbia perceptiva, sólo vemos los cambios que creemos provocar. Rara vez percibimos aquellos que ese mundo que hemos estado alterando ha producido en nosotros. El cambio del mundo es tan crítico como crítico ha sido nuestro empeño por modificarlo.

Pero esa tristeza la sentimos desde que éramos árboles, cuando nos conocimos dentro de este plan, antes de que una pareja de ratas se instalara en el tronco y unos pájaros boludearan sobre nuestros brazos congelados. La tristeza del mono cuando lo atrapó el profesor del universo. La tristeza de mi abuelo desde la ventana de su boliche cuando vio desaparecer la ferretería, luego la casa de don Luis y después la tintorería; la tristeza de mi abuelo cuando comprendió que pronto también iba a desaparecer ese bar donde él construyó su hogar nómade treinta años antes.

Cuando se incendia un bosque o se cae un árbol, los indios morovíes siguen viendo el bosque o el árbol allí donde otros testigos verían la tierra seca que los reemplazó. Para los morovíes la nostalgia es una herramienta con la que consiguen reconstruir el mundo perdido.

Pero el viajero del hoy deja de mirar hacia el puerto, abandona la popa desde donde lloraba los espejismos del pasado. Mientras camina hacia la proa, la astucia afina sus planes: la aventura despide su olor a tigre. Y cuando llega a la proa son los ojos de otro hombre los que comienzan a proyectar el futuro sobre la pantalla del horizonte.

Me despido de mí mismo y de mis amigos en el mundo que se termina y en el que hemos quedado sin consuelo posible, atrapados por la milenaria mecánica de la adaptación forzosa. Y me doy la bienvenida a mí y a mis amigos en este nuevo mundo al que hemos llegado, porque con él hemos partido.

Brindo por nuestros fuegos, por los libretos que se están quemando. Y soplo dentro del viento de todos nuestros soplos para que las cenizas del guión desaparezcan en el olvido.

EPILOGO

Entrevista a Enrique Symns
UN DUENDE AUSTRALIANO
por Jorge Pirozzi

—Había un clima raro. Estaba por llover, cantaban las chicharras. Pasó una señora, se callaron todas y después siguieron. Empecé a sentir chicharras y me puse a ayudar a que lloviera: hice movimientos raros, así, y canté como una chicharra. Hasta que vi a otra señora que me estaba mirando. Ahí me di cuenta de que estamos vigilados y no podemos hacer llover. Me dio una gran tristeza. Me subí a la azotea y me dije: "¿Qué clase de animal soy, cuál es mi sonido?".

—Me dijeron que por hectárea, o sea por manzana, hay un millón de arañas. Yo me imaginaba que un tipo con una extraña capacidad visual que podía dejar de ver y de oír lo cotidiano y empezar a percibir lo otro —por ejemplo, el millón de arañas—miraba hacia la esquina y en vez de ver al sifonero o al perro del vecino veía trescientas mil arañas, colgadas, dando vueltas...

—Creo que la clave de la cultura es la pared. Es una especie de simulación. Dentro de la pared habita la Santísima Trinidad, que son la Silla, la Mesa y la Cama. Estudiando eso ya tenés todo. Bueno, suponé que tirás abajo todas las paredes, nos encontramos todos, y ¿qué estamos haciendo? Estamos haciendo lo mismo. Son

más o menos treinta y siete rutinas; te levantás de la cama, vas al comedor, caminás hasta la silla y te acercás a la mesa. Tu vida podría ser definida así: un recorrido entre la cocina, el baño y el comedor. Una excusa. Un territorio que marcan las puertas, las ventanas, donde estás tan loco que sos casi un astronauta. Nos acostamos, nos sentamos y nos paramos porque los muebles nos construyen a nosotros.

—Pero siempre hay algo que acecha esa rutina, esa perspectiva. Hablábamos de los bichos; también pueden ser acciones diferentes, menos habituales.

—Una vez, haciéndole un reportaje a un loco en el Borda, le dije: "Usted, ¿por qué está acá?" Me contestó: "Y... yo... la verdad, me gustaba dormir dentro del ropero. Un día la sirvienta abre la puerta, me ve ahí acurrucado y se pega un susto tan grande que empieza a gritar como si hubiese visto un asesinato". Bueno, a este tipo lo sacan de ropero y lo meten en el manicomio. ¡Es tan grande el miedo a cualquier llamado de la selva! Porque el ropero es un llamado de la selva. Los movimientos, los gestos y las posturas están codificados. Si hubiesen encontrado a un chico durmiendo en el ropero no hubiera pasado nada: por eso hacerse el estúpido es otra posibilidad muy interesante que habilita otro nivel de permisibilidad.

—Hay un sistema de acción y reacción entre niñez-barbarie-eternidad y la sociedad establecida. Hay un universo al margen y una ciudad visible que funciona como una gran cacería organizada.

—Hay una capacidad casi inhumana por el orden, y el orden provoca más orden. Todo lo contrario sucede con mis casas: mis casas, todas las casas que he tenido desde la adolescencia fueron ruinas. Yo he llegado al colmo de no tocar nada, no hacer camas ni lavar platos. Una vez descubrí dentro de una botella de Cindor un bicho que tenía color chocolate; destapaba una olla y encontraba gusanos. Me convertí en un ar-

queólogo de la vida cotidiana: vos me dejás tu casa después de tres días de no tocar nada, entro y te cuento tu vida.

—Hablás con una pasión casi desenfrenada de todo eso, con una poética exhuberante.

—Esta revista empezó con una pasión, la pasión por los marginales. Los marginales eran plantas que se desarrollaban en lugares oscuros y baldíos abandonados de la cultura. Ebrios, drogados, linyeras, delincuentes: eran la amenaza oculta tras la penumbra de la cultura, agazapados para destruir todo. Pero cuando lo mencionaste tres veces eso es casi una doctrina. William Burroughs dice: "Dar un golpe, desaparecer, olvidar. Dar otro golpe, desaparecer, olvidar". Pero los marginales salieron a la luz y quedaron plastificados. El rock, por ejemplo, era el espacio que nucleaba a la gente sensible. Era un espacio sitiado también por Hollywood y Wall Street. Ahora todos aquellos marginales son Hollywood. Esta revista colaboró para que se transformasen, sacaran credenciales de desesperados y te escupieran la cara. Es un idiota disfrazado de desesperado. La marginalidad propone jugar sin libretos: juguemos sin libretos y veamos quién actúa mejor; sin notas musicales veamos quién sabe tocar. El escenario es un veneno, un espacio sacerdotal. El cine, por ejemplo, existe desde hace miles de años, desde que alguien se puso allá para que yo desde acá lo mire. Después no fue necesario que alguien estuviera allá: hicieron una copia y la pegaron en la pantalla blanca. El escenario es el poder. Notas musicales, palabras, números, son claves secretas que los sacerdotes manejan muy bien. La electricidad completó el rito de la brujería. La tecnología es pura brujería a escala masiva. La electricidad en los recitales expande sonidos y maneja los nervios del pogo de la tribu de jóvenes, que aullan y saltan electrocutados por guitarras y colores hasta convertirse en seres descargados, vacíos.

—Volvamos a ese mundo desconocido, interceptado por un aparato interpretador, volvamos a la sensación de nostalgia de ese mundo. Lo demás no existe. Es muy frágil.

—El arte es lo más difícil de interceptar. El artista está intentando perforar la realidad; está cavando, está intentando perforar su propia visión. Abrir un agujero para fugarse. Después los demás van y miran y juzgan ese agujero que dejó. La exposición, el libro, no importan. Esta revista, por ejemplo, debería tener un lector nómade, un lector que se enganchara número tras número. Al principio, la revista no existía como tal: era una suma compartida de malestares y ansiedades que proyectaban una forma indeterminada. En el mismo momento en que esa llamada, casi poética, comienza a suceder, indefectiblemente se degrada. Se degrada en copetes, notas, titulares, reportajes. Es como una nave que tomás para ir a un sitio pero que te aleja, va en dirección contraria a tus deseos, porque los copetes, los títulos, los diagramas son instrumentos de una computadora que controla el lenguaje. Las noticias no existen, son mandatos de lectura.

—Todo lo que empieza a conocerse se degrada, pierde efectividad, deja de importar.

—Nietzsche afirmaba que un hombre que no corre riesgos no merece el amor de la vida. El hombre deja de ser apasionante: ha abdicado de usar su libertad para avanzar hacia el peligro, hacia lo desconocido, y trata de fijar una imagen del mundo. Para mí, el peligro es afín al misterio. Ir por una calle oscura sabiendo que pueden asaltarte presupone un tipo de miedo controlable. Un estado de incertidumbre más agudo sobreviene al avanzar por la oscuridad y que las cosas vayan tomando formas desconocidas e inclasificables. Que se te revelen por primera vez a cada paso. Que cada paso sea un safari. El peligro —víspera del conocimiento, esfuerzo y vértigo de incorporar lo desconocido— no tiene

nada que ver con perfeccionar las rutinas y terminar encerrado como el topo de Kafka en un laberinto mental. La pasión sólo se despierta ante el peligro. Te persigue la cana, o lo persiguen a tu amigo. Ah, pero no pasó nada: respirás aliviado y volvés a ser un boludo aburrido. Sentir es una herida. Te dan ganas de ir a darle una puñalada a tu vecino para sentir algo.

—Parece que esta cotidianidad, aunque se presente efímera o frágil, obra desmesurada, implacablemente.

—Un día caigo con un amigo a una casucha en un pueblo del nordeste brasileño. Una casucha en ruinas. Para iluminarnos, a la noche, atábamos una vela con un alambre colgado de la ventana. Muy cerca, pegado a la casa, había un árbol, un árbol enorme, siniestro, te asustaba. Una noche nos despertamos en medio de un incendio. La vela se había desprendido del alambre. En realidad, una de las ramas del árbol, que entraba por la ventana, empujó la vela. Yo creo que pasó eso. Y creer eso te produce terror.

—Es como si existiese una ética natural, un propósito ético natural.

—A veces, cuando escucho noticias sobre el cólera o el sida, no puedo evitar que me surja un "¡Vamos, todavía!". Me siento cerca de esos bichos que están peleando, porque creo que pelean por uno: no contra el hombre sino contra algo malo del hombre, algo provocado por el hombre. Como una pelea que entabla el mismo hombre desde otras formas de conciencia. A mayor complejidad y represión, mayor cantidad de existencias complejas e irreprimibles.

—El hombre tiene sus eternos compinches.

—Yo creo que lo ayudan a combatir una voluntad abstracta, social, una voluntad que nos hace sentir que el hombre está de más en el mundo que él mismo construyó.

—¿La ciencia y la tecnología son voluntades abstractas?

—La ciencia adopta de la religión una moral que juzga los fenómenos y no solamente los describe. Un homosexual fue primero un pecador, luego un delincuente y posteriormente la ciencia lo confirma como un enfermo. Al consumidor de drogas prohibidas le dan una opción: ¿enfermo o delincuente? ¿Qué preferís, interrogatorios policiales o psiquiátricos? Por otra parte, cuando un ser sufriente entra en un hospital, es como si entrara en la cárcel. Se pierden los derechos. En la hospitalización subyace una acusación: sos un "paciente", una víctima de la institución. Viene alguien y te dice: "Cáncer". Sé que puede sonar absurdo, pero creo que cuando un médico te dice que tenés tal enfermedad, te la pone. Otra cosa muy distinta es un curador. Pero el acto de hospitalizar es el más horroroso de los secuestros legalizados que la sociedad le propone a la gran mayoría de los seres humanos.

—Pero vos hablás de un hospital y de una cárcel de una misma manera.

—Foucault hace referencia a esa cárcel que se diseñó en forma circular con una torre central elevada desde donde el guardia puede observar las costumbres de todos los presos sin jamás ser visto. Incluso después puede retirarse y no volver, porque los presos saben de su existencia y pueden seguir durante años actuando convencidos de que son observados. Bueno, Foucault dice que el panóptico curiosamente nunca se construyó, pero toda la sociedad tomó ese modelo de cárcel y de control donde la torre de observación social está no sólo instalada en las instituciones sino también en la mente de los individuos: el Yo o Dios son modelos diferentes de guardianes.

—Prevenirnos puede ser otra forma de aprendizaje...

—Yo había construido una especie de decálogo para los niños: hacerse la rata en cuanto sea necesario, desconfiar de maestros y profesores, entender lo menos posible, si te aplazan es casi seguro que seas inteligente, si

te echan sos un campeón, usá el colegio como campo de travesuras... Es necesario que el chico desentone, que sea maleducado, porque la travesura conlleva una acción devastadora. La travesura conduce, entre otras cosas, a cagarse de risa, y esa risa es contagiosa. Asfixiarse de risa te hace indestructible, eterno, todopoderoso. Al niño se lo reprime haciéndole creer que la travesura conduce a la destrucción de cosas sustanciales. Le hacen creer que dejando de hacer travesuras va a convertirse en gente. Y sí es cierto. Te hacen gente. Lo que el adulto hace es colocarle la maldita trampa que alguna vez le colocaron a él, le hace creer que hay cosas "importantes", que si no las ejecuta no podrá crecer... Es monstruoso, creo que el sistema de asesinato de la niñez es lo más monstruoso de todo el sistema social.

—De lo que decís se desprende que el futuro es un lugar donde se te castiga o se te premia...

—El futuro no promete amor, en eso no miente. Promete recompensas. O, en todo caso, el falso amor. El buen amor te descuida. No te dice: "Nene, no te metás en el mar". Te grita: "¡Cuidado!" y el diminutivo, que es más amenazante: "¡Cuidadito!". El amor te dice "Vamos, todavía: otra ola. Vamos más adentro, más adentro..." Burroughs se dedicó a estudiar los siniestros calendarios aztecas e incas de dominación mental. El reloj actual es una síntesis más poderosa y destructiva. Te morís en el mundo de las horas, los días, los meses, los años. Sin reloj, no te podés morir.

—La muerte no existe, es algo que el hombre conserva en los cementerios; la muerte es una estadística, una orden: "Sé que me debo morir porque los demás se murieron". Esa estadística es un vudú que te obliga a morir.

—Lo más notable del hombre es la cara, lo único que puede estar vivo aún cuando los ojos estén apagados y las expresiones sepultadas por gestos rigidizados. Siempre que me miraba en el espejo encontraba muchas caras... Caras de asesinos, de ancianos, de prínci-

pes; flashes indescriptibles, huesos sin forma. Y una vez encontré una cara que me gustó. Una cara intensa, resplandeciente, ferozmente ingenua. Una vez vi una cara parecida en una foto. Había unos tipos sentados en un bar de Sydney (o vaya uno a saber qué lugar de Australia) y uno de esos tipos tenía esa cara de duende, parecida a la cara mía. Un duende es un niño oculto entre los rasgos muertos de un adulto.

NOTA FINAL

"La mentira tendrá patas cortas,
pero la verdad es paralítica."
Leo Nerón

Esta seleccción realizada por Fito Páez no incluye textos periodísticos como investigaciones, reportajes, territorios, etcétera. El material está conformado mayoritariamente por editoriales que Enrique Symns escribió para distintas revistas y también por una gran cantidad de experimentos del tipo "periodismo de ficción": reportajes en los que el entrevistado y el entrevistador son la misma persona, notas o ficciones firmadas con pseudónimos y hasta columnas de opinión o entrevistas donde Symns usurpaba la identidad de personajes tan famosos como Mickey Rourke, William Burroughs, Lewis Carroll, Ian McEwan y otros.

El agrupamiento del material en cuatro partes no es arbitrario sino que corresponde a ciertas unidades temáticas, obsesiones o climas literarios. Todos los textos fueron publicados entre 1982 y 1992 en las revistas *El Porteño*, *Fin de Siglo* o *El Cazador* y en el diario *Sur*, aunque la mayoría pertenece a la revista que el propio Symns dirigió obcecadamente a lo largo y ancho de todos esos años y que sufrió cierres judiciales, quiebras financieras y crisis grupales que la obligaban a aparecer y desaparecer. *Cerdos & Peces*, además de un producto

persistente, fue una publicación legendaria para los integrantes de distintas generaciones y un obstinado escenario de la transgresión narrativa.

Symns, quien quizá podría haberse convertido en un buen periodista, prefirió usurpar ese espacio para utilizarlo como un instrumento capaz de transmitir al lector visiones alteradas de la realidad.

A excepción de Fito Páez y Jorge Pirozzi, todos los nombres que aparecen en esta edición firmando notas editoriales y notas finales, como reporteados y reporteadores, son pseudónimos que utilizó el autor a lo largo de los años.

Jorge Aón

NOTAS DEL AUTOR

En **El complot**

1. "Mensajes", "El vecino", "La red", "El ataque", "En el cubil de la red", "Atrapado" y "Ellos" integran el folletín que bajo el título "El complot" se publicó en *Cerdos & Peces* entre octubre de 1989 y abril de 1990.

2. "La locura es un complot": Esta entrevista al doctor Osvaldo Quantín, publicada en *El Porteño*, fue mi primer autorreportaje y también el primer experimento de ficción periodística. Como lector y sobre todo como redactor siempre tuve ocasión de vislumbrar el pacto de poderes establecido entre los discursos del saber y el otorgamiento del espacio convalidante en los medios de comunicación. La ciencia fue siempre palabra santa en el periodismo. Si se hace una investigación sobre la lepra, las declaraciones del leproso son apenas un paisaje colorido sobre el que se estampa el discurso de poder de los expertos. Me sentí tentado de poseer ambos poderes. Como psiquiatra, le otorgué a la locura una misteriosa significación; como periodista, legalicé las afirmaciones psiquiátricas. Para que nadie se atreviera a cuestionar la idoneidad profesional del doctor Quantín, en el copete le cargué su currículum. Hubo varios llamados a la redacción y cartas de lectores ansiosos por ponerse en contacto con el afamado psiquiatra. Prometí enviarle a su domicilio particular las cartas recibidas. Lo hice desaparecer en un congreso psiquiátrico en Francia.

3. "Karl Forbes. El que está adentro de todo": El monólogo de Karl Forbes, insertado en una extensa nota sobre locura y junto con otros testimonios de psicóticos reales, fue rea-

lizado —como muchos otros experimentos— con la colaboración de Vera Land como testigo y un grabador. La presencia del testigo era imprescindible, porque cualquier gesto o cambio de expresión en el rostro de Vera alteraba los caminos de mi relato. Zambullirse en las cadenas asociativas a la búsqueda de un imposible secreto que el lenguaje oculta expone al extravío más riesgoso: el buscador es devorado por lo buscado.

4. "Steve Rivas y la conspiración de los dioses": Después del doctor Quantín, transcurrieron más de tres años sin que reincidiera en el fraude. En ese período trabajé en varias redacciones de diarios y revistas, y la realidad social y cultural me fue brindando la oportunidad de entrevistar a personas que manejaban discursos conmovedores, apasionantes o polémicos. Pero el maldito formato del periodismo embrutece el cerebro: "Tiene que haber un reportaje" era el mandato mensual que teníamos insertado en el comando de *Cerdos & Peces*. Steve Rivas apareció, entonces, en uno de esos meses de escenario social vacío. A través de este personaje traté de desarrollar mi visión conspirativa del universo —según la calificó cierta vez Moisés Ikonicoff— desde una óptica antropológica. Rivas partió de Buenos Aires inmediatamente después de finalizadas las jornadas de terapias alternativas en el Teatro San Martín, y nadie pudo seguirle la pista. Guardo en mi colección privada una carta del lector Enrique Fellman en la que acusaba a Rivas de ser miembro de la CIA y a la revista de traidora al underground.

5. "La antilocura nos gobierna": El columnista José Luis Galeano, licenciado en psicología, es la critalización de la ficción insinuada con el doctor Quantín. La tentación del fraude empezaba a tornarse adicción. Para poder usurpar el rol en forma convincente y duradera, le inventamos a Galeano un recorrido marginal por la ciudad. Lo hicimos habitué de La Paz y de La Academia. Al exponerlo en forma tan evidente, lo ocultábamos. Todos podían encontrarlo una noche cualquiera, y algún cómplice se encargaba de decir cada tanto: "Recién se fue". La ficción Galeano funcionó varios años. Pasó a formar parte del staff de la revista; recibió cartas que puntualmente contestó. A través de Galeano tuve acceso a la posibilidad de escribir desde la cueva de Viena.

6. "Confesiones de un extraterrestre": En 1976 me fui a vivir a Madrid. Una de esas tardes de aburrimiento y desidia, asistí a una conferencia que daba ese viejo lobo de mar que es Mario Rodríguez Cobo (Silo) en un hotel de cinco estrellas. En el lobby del hotel conocí a tres personajes extraordinarios. He conocido personas conmovedoras, talentosas y —algunas— hasta heroicas. Pero nunca, ni antes ni después, conocí sujeto alguno a quien pudiera caberle el adjetivo "extraordinario". Recuerdo mi relación de casi dos años con esos tres pillos, tal como un niño puede recordar los viajes de Peter Pan o las aventuras lisérgicas de Lewis Carroll. El reportaje a Joaquín Lastra es un homenaje a la aventura intelectual que me hicieron vivir esos tipos. Un nuevo truco: el entrevistador también es un invento. Se trata de un periodista español lo suficientemente famoso como para que la veracidad de la entrevista quedase garantizada.

7. "Los microdioses": El pensamiento de Burroughs está oculto dentro del pensamiento de Burroughs de una manera completamente antiesotérica. William es un auténtico Picasso de la literatura que alteró en forma ultracompleja las estructuras narrativas y el sentido de narrar. En muchas ocasiones usurpé su identidad, con la intención de agrandar alguno de los huecos que el viejo loco dejó cavados en los decorados de la realidad.

En **Los días más locos de mi vida**

1. "Lechita contra la secta sufi": Comencé a utilizar pseudónimos intentando liberarme de esa prematura vejez que es la enfermedad característica que se apodera de todo prisionero del periodismo. Leo Nerón fue el debut. Lo utilicé para firmar un folletín que fue uno de los hitos editoriales de *Cerdos & Peces*: "La banda de los chachales". Nerón me permitió explorar el lenguaje procaz y violento de la calle. Su principal defecto es la algolagnia (un exceso abusivo de las palabras sucias) y su mayor virtud es la irreverencia ante los disfraces intelectuales con que el caos se viste de mundo. En cuanto a la serie "Las aventuras de Lechita", es un homenaje a esa época lisérgica que con mis amigos tuvimos oportunidad de vivir en la maravillosa Rio, durante la década del 70.

2. "Esta city me da sueño": El personaje se describe a sí mismo en su columna de presentación: joven, bonita, promiscua, chismosa, inmoral, transgresora y de profesión groupie.

Elsa Cicuta me permitió canalizar toda la información marginal sobre la vida íntima de los rockers que llegaba a la redacción. Elsa fue mi pseudónimo de mayor éxito: los lectores la amaban mayoritariamente y hasta habían formado un pequeño club de fans. Su anonimato fue el más arduamente defendido por los intregrantes del staff durante esos años.

3. "Mickey Rourke. Atrévete, hombrecito": En los últimos dos años de *Cerdos & Peces* más de la mitad del staff eran pseudónimos de Vera Land y míos. Vera firmaba como Carmen Brown y Max Aluar o falsificaba el diario íntimo de James Dean. No había presupuesto para pagarnos siquiera a nosotros mismos y ésa era la principal causa de tal superproducción. Personalmente, inventé un pueblo en Brasil de nombre Ibatiringá y allí localicé hechos de orden sobrenatural; inventé todas las declaraciones de víctimas y victimarios en una nota denominada "El placer de la violación" que firmé con el nombre Leste Dempsey, supuesto ganador de un importante premio por tal investigación; hasta apelé al simple recurso de cambiar la palabra "fumar" por "dormir" en una nota casi textualmente copiada de una popular revista de pseudociencia: "Cómo dejar de dormir para siempre" y que me acarreó un proceso judicial por incitar al exceso. La usurpación de la personalidad de Mickey Rourke y de Diego Manrique corresponde a esa época, que no me enorgullece pero tampoco me atribula.

4. "¡A coger que se acaba el mundo!": En 1987 comencé a utilizar el pseudónimo de Mike Calypso en el suplemento Barrio Chino de la revista. Su misión consistía en describir el extenso territorio de la frivolidad en la cultura y la modernidad en el pensamiento. Sus principales temáticas eran los tatuajes, la cultura mohicana, los clubes de cocaína, los bares y cuevas de moda y, sobre todo, la crítica a los rockers y a la mitificación del escenario del rock. En 1990, a raíz del enfrentamiento que sostenía la revista con el grupo Los Redonditos de Ricota y que había producido una notable merma de lectores, hice responsable a Calypso de esos ataques y lo expulsé de la redacción. Mike escribió una conmovedora despedida, donde mantenía heroicamente sus nefastas opiniones sobre el Indio Solari, y se fue para siempre. La expeditiva aniquilación de Calypso fue tardía: jamás recuperamos a los lectores redonditos.

En **El odio es una pistola fría**

1. "Síndrome Londrina", "La olla del diablo", "La masacre de San Agustín", "La guerra de los paisanos", "El rey del mundo", "Nace una leyenda", "El tren de la muerte", "Los conspiradores", "El apagón", "Guerra en los barrios", "La horda", "¡Cae Córdoba!", "El hongo misterioso", "Teléfono rojo", "El asalto", "Matanza desde el aire", "¿Quién gobierna?", "¡Ciudad tomada!", "La guerra de Papá Noel", "Los últimos días del milenio" y "El último día del milenio" son una selección de los episodios del folletín "1999: El asalto a Buenos Aires", publicado en el diario *Sur* entre el 15 de junio y el 4 de agosto de 1988.

2. "La venganza de las aventuras": El debut de Julián Meyer fue en "La revolución de 1993", un folletín de anticipación que publicamos a lo largo de 1987. Julián Meyer no fue meramente un pseudónimo: era otra voz de mí mismo. Era tan real su existencia que en muchas conversaciones yo me encontraba criticando o alabando su pensamiento con la apasionada convicción de quien se está refiriendo a un enemigo o a un aliado. El escritor Eduardo Gudiño Kieffer me solicitó varias veces una entrevista con Meyer, hasta que no me quedó otra opción que confesarle su inexistencia. Poco después dejé de utilizar su firma en la revista.

En **Tristeza não tem fim**

1. "William Czersky. Creer sólo lo increíble": Este es el último autorreportaje donde utilizo una triple ficción: no existen el gurú William Czersky ni el periodista Philip Carter que lo entrevista ni la revista *Sun Machine* donde la nota fue supuestamente editada. En cuanto a Czersky, creo que asume sobriamente su rol: los maestros que invaden Occidente en los ochentas, en lo que podríamos denominar la segunda colonización del racionalismo occidental (la primera fue en los setentas), no están alimentados por las tradicionales creencias esotéricas sino por el neoesoterismo cientificista de místicos tales como Freud o Einstein.

2. "Maldito plan. ¿De dónde venimos, dónde estamos, adónde vamos?": Esta es la excepción que confirma la regla. En este polémico diálogo yo soy William Burroughs, pero el

rol de Ron Hubbard lo interpreta con acierto mi amigo el escritor Guillermo Montserrat. Fue una típica discusión en una noche de caravana, amaneciendo en el bar Británico, con el grabador encendido. La desgrabación está apenas tocada y esos toques, por supuesto, son para mejorar la posición de Burroughs. Ni el más astuto de los lectores tuvo alguna sospecha sobre el fraude.

INDICE

PROLOGOS 9
Escamas de una misma piel, por Fito Páez 11
Un brindis de piratas, por E.S. 13

EL COMPLOT 15
Mensajes 17
La locura es un complot 20
El vecino 25
Karl Forbes: "El que está adentro de todo" 27
La red 30
Steve Rivas y la conspiración de los dioses ... 32
El ataque 38
La antilocura nos gobierna 40
En el cubil de la red 44
Confesiones de un extraterrestre 46
Atrapado 51
Los microdioses 53
Ellos 58

LOS DIAS MAS LOCOS DE MI VIDA 61
Introducción (sin título) 63
Lechita contra la secta sufi 65
Esta city me da sueño 69
Mickey Rourke: "Atrévete, hombrecito" 72
¿Por qué te molesta que hablemos de sexo? 76
La vida es un bar 78
Yo tengo miedo 83
Un mal viaje de Lechita 85
¡A coger que se acaba el mundo! 88
El tamaño del mundo 92
Para qué mierda sirve leer 94
La carta desde San Francisco Solano 97
Las divertidas aventuras de la cocaína y nuestra alocada miseria humana (Escenas después de la décima raya) 99
S.O.S. del samurai 105
Festivales de rock: Tolstoi tiene la culpa 108
Lechita y el cometa Halley 111
Los días más locos de mi vida 116

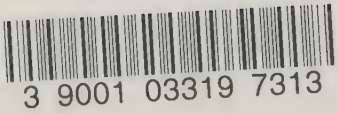
EL ODIO ES UNA PISTOLA FRIA 121
Introducción (sin título) 123
Síndrome Londrina 125
Sí matarás 128
La olla del diablo 132
La venganza de las aventuras 135
La masacre de San Agustín 137
El indulto 139
La guerra de los paisanos 141
El rey del mundo 143
Morir en Madrid 145
Nace una leyenda 147
El tren de la muerte 149
El exquisito sabor de la ginebra 151
Los conspiradores 154

El apagón 156
Johnny, el cordobés: La revolución de las travesuras 158
Guerra en los barrios 164
La horda 166
Todo crimen es político 168
¡Cae Córdoba! 171
El hongo misterioso 173
La fe no es una palabra 175
Teléfono rojo 177
El asalto 179
Arde Bagdad 181
Matanza desde el aire 185
¿Quién gobierna? 187
¡Guerra al amor! 189
¡Ciudad tomada! 193
La guerra de Papá Noel 195
Noche roja 197
Los últimos días del milenio 203
El odio es una pistola fría 205
El último día del milenio 207

TRISTEZA NÃO TEM FIM 209
El turista 211
Arde tu vida 212
William Czersky: Creer sólo lo increíble 214
Invitación al abismo 219
La segunda muerte de Martha Lynch 222
El mejor cigarro 225
Un poco de locura 227
Maldito plan. ¿De dónde venimos, dónde estamos, adónde vamos? 230
La elegancia del ser 238
La ilusión de comprender 241
El dolor del tiempo 244
Tristeza não tem fim 251

EPILOGO 255
Un duende australiano 257

NOTA FINAL 265
Nota final 267
Notas del autor 269



Esta edición
se terminó de imprimir en
Cosmos Offset S.R.L.
Coronel García 444, Avellaneda,
en el mes de marzo de 1995.

Este libro contiene:

Cocaína

Guerrilla

Bares

Plan

William Burroughs

Mickey Rourke

Cerdos

Sexo

Paranoia

Ginebra

Peces

Madrugadas

Complot

Rocanrol

Antidiván

Subte

Caídas

9 789508 520760

ISBN: 950-852-076-0